

JUAN MIGUEL  
ZUNZUNEGUI

PAZ  
*en la*  
GUERRA  
*de los*  
SEXOS

Grijalbo

JUAN MIGUEL  
ZUNZUNEGUI

PAZ  
*en la*  
GUERRA  
*de los*  
SEXOS

Grijalbo

JUAN MIGUEL ZUNZUNEGUI

Paz en la guerra  
de los sexos

Grijalbo

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## ROMANCE DE LA TIERRA Y EL SOL

*Yo soy tu sol y tú mi tierra  
Siempre distantes pero nunca separados  
Los dos aspectos de la divina esencia  
Eres mi noche y soy tu estrella  
Soy los sonidos bailando en tu silencio  
Eres la oscuridad inmensa del espacio  
Y yo la luz que ilumina tus tinieblas  
Juntos somos el viaje de regreso  
El misterio insondable del origen  
Somos la eterna danza de la existencia  
Y eres la nada de la que emerge el universo  
Eres la potencia de que todo exista  
Y yo soy el todo que está existiendo  
Somos la gran explosión, sinfonía eterna  
Somos totalidad, potencia y acto  
Somos fuerza y complemento.*

*Eres la noche donde nace el día  
Quetzal que remonta entre mi viento  
La tierra donde mi alma se transforma  
La luna que me da descanso  
La eternidad donde transcurro como tiempo  
Las notas que se forjan en la pauta  
Los trazos plasmados en el lienzo  
Soy el espíritu que insufla vida  
Y tú la mente donde ocurren los pensamientos  
Somos el insoluble milagro de la conciencia  
Acto y potencia, sol y luna, blanco y negro  
La solución al misterio del origen  
Somos el beso sempiterno  
La causa de todo lo inconmensurable  
Y la razón de que exista el universo  
Fusión perfecta de contrarios que se funden  
Los dioses que abrazaron a la humanidad desde el inicio de los tiempos.*

Cantaré a la tierra, madre de todas las cosas, bien cimentada, Antiquísima diosa que nutre sobre la tierra a todos los seres que existen.

*Canto homérico a Gea*

Creó Dios al hombre. A su imagen y semejanza lo creó; varón y hembra los creó.

*Génesis*

No es saludable estar adaptado a una sociedad profundamente enferma.

JIDDU KRISHNAMURTI

Con el amor auestas, dormidos y despiertos, seguiremos besándonos en el hijo profundo. Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos, se besan los primeros pobladores del mundo.

MIGUEL HERNÁNDEZ

## LA GUERRA Y LA PAZ

**E**l miedo es la causa de todos los conflictos y el origen de todas las guerras. Ése es el ingrediente fundamental en la guerra de los sexos, el de una sociedad donde ambos géneros temen el uno al otro, guardan diversos rencores, y en lo profundo de su mente inconsciente llegan al odio, un odio hacia el hombre o la mujer, el mismo que siempre es la generalización de los odios más profundos, íntimos y personales.

Yo no entendía que una mujer pudiera tenerme miedo, hasta que comprendí que la mujer que me teme no me ve a mí, ve a los hombres y a su historia personal con los hombres. Lo mismo pasa con muchos hombres que sienten miedo o rencor hacia las mujeres. En cada una las ven a todas, a su idea generalizada y ficticia de todas, basada en su historia íntima y personal. En ambos géneros, dicha historia siempre involucra al padre y a la madre, a los arquetipos de la civilización y a los dogmas religiosos. Es decir, a la estructura social y cultural.

Experimenté el miedo que las mujeres pueden sentir ante un hombre, un día mientras caminaba por la calle. Deambulaba sin rumbo en particular, al atardecer, por una banqueta poco transitada. Algunos metros delante de mí, una mujer se acercaba caminando en sentido contrario. Me miró de reojo, muy sutilmente y, como algo absolutamente casual, se cambió al otro lado de la calle para continuar su camino por la otra acera. Entonces fue cuando descubrí que esa mujer me tenía miedo.

Nunca nos habíamos visto, nunca le había hecho nada, no tenía miedo de mí en particular. Pero evidentemente cargaba una historia acerca de los hombres, varias historias en realidad: la personal, la de su familia y su entorno, la de su país, su cultura y su civilización y, desde luego, la de su religión.

Comencé a poner más atención y descubrí que en otras ocasiones me ocurrió lo mismo. Una mujer o grupo de mujeres prefieren cambiarse de lado, a esperar que ese hombre en particular no sea “como todos”. Con más atención y tiempo de observación noté que lo mismo les pasaba también a otros hombres, y la mayor parte de las veces no se daban cuenta de ello.

Hay temor ante la violencia de cualquier tipo: directa o indirecta, física, verbal, psicológica o económica. Hay rencores por las experiencias personales y las de otras mujeres, hay odios escondidos, hay historias con mamá y papá, con parejas, con jefes, con ministros de culto, con maestros.

“La culpa es del patriarcado.” Ésa es una frase que no he dejado de escuchar desde que el tema de la guerra de los sexos se clavó en mi mente. Hombres y mujeres la repiten mucho, pero muy pocos la comprenden. Limita el concepto de cultura

patriarcal al hecho de que exista el dominio del hombre. Es mucho menos simplista y más complejo.

Pero veo también hombres temerosos y por lo tanto violentos. Violentos porque la cultura patriarcal, que también somete al hombre, le ha negado tajantemente al varón cualquier tipo de expresión de sentimientos y contacto con sus emociones. Es así como el miedo reprimido y negado se transforma en violencia.

Veo hombres temerosos, con miedo a perder el poder que muchos piensan que tienen, temor de sentir que se les arrebatara el único rol social que se les ha enseñado, y el único por el que se les debería respetar: ser proveedor. Veo a un hombre completamente atemorizado de no saber cómo mantener a su lado a una pareja una vez que el sostén económico deja de ser necesario.

Hombres que aprendieron el machismo, en todas sus diversas y sutiles expresiones, como la forma de ser hombre, y que ahora no saben cómo deben ser. Hombres que solucionaban problemas que hoy ya no requieren su atención, e incluso miedo y enojo porque con el desarrollo de la ciencia y la tecnología el hombre ya ni siquiera es necesario para que la mujer se reproduzca.

Con la píldora anticonceptiva la mujer obtuvo la libertad de tener sexo sin reproducirse; ahora tiene la opción de reproducirse sin tener sexo. Extraños parámetros de libertad los que hemos desarrollado en nuestra sociedad. Se entienden, desde luego, si comprendemos que el origen de todo es el miedo, y los odios y rencores que siempre se derivan de él.

La historia que hoy se cuenta tiene un pasado. Todo conflicto que hoy se vive representa una historia. La guerra de los sexos posee mucho de ambos y el conflicto personal que tienen muchos hombres y mujeres entre sí, está totalmente contaminado por el pasado. El miedo de la mujer al hombre y la reacción del hombre frente a la mujer tienen un pasado. Toda historia, por más que parezca individual, debe ser entendida en un contexto histórico.

Si se encuentra un judío con un musulmán, un musulmán con un cristiano o un cristiano con un judío, su encuentro nunca parte de cero. Por muy individuales que sean y por mucho que vivan en este tiempo presente, cada uno arrastra el pasado que asumen como parte de una cultura o religión. Su encuentro parte desde ahí. No puede ser de otra forma. Ocurre lo mismo en la guerra de los sexos, miles y miles de años de historia se esconden tras el encuentro de cada hombre y cada mujer.

Nací con una historia de guerra sexual como herencia. Nací en una civilización patriarcal. Esto es, en una civilización basada en estructuras y jerarquías, donde uno manda y los demás obedecen sin cuestionar, en una pirámide con muy pocos arriba al mando y muchos abajo obedeciendo. Una estructura donde se ejerce control, poder y dominio, o por lo menos se vive bajo esa ilusión. Toda civilización depende del poder y toda civilización de poder es necesariamente promotora de guerra y conflicto, de división, desigualdad y competencia.

Nací en la civilización occidental, la herencia grecorromana y judeocristiana, la

imposición del hombre por encima de todo; sobre la polis, como en Grecia; sobre la familia, como en Roma, y sobre todo el universo, como en la gran cadena religiosa de judaísmo, cristianismo, islam, en la que Dios es Él, y la mujer fue responsable del pecado original.

Nací y crecí en una civilización absolutamente enferma en torno al tema del sexo, una cultura esquizofrénica cuya religión nos enseñó a tener miedo, vergüenza e incluso asco del más poderoso de nuestros instintos y el más hermoso de nuestros regalos: la sexualidad.

Soy hijo de una tradición social, cultural y religiosa en la que Dios pide aquello de “creced y multiplicaos”, pero condena el sexo; en la que el hombre busca eternamente obtener los “favores” de la mujer, pero la condena en cuanto los obtiene; en la que la mujer desea el sexo tanto como el hombre, pero está socialmente obligada a rechazarlo como algo sucio. Una cultura que empantanó tanto el sexo a lo largo de milenios, que generó tal represión y negación, que es la campeona de la pornografía y la violencia sexual.

Eso somos todos, hijos de una civilización occidental, grecorromana, judeocristiana, que está completamente sumergida en patologías sexuales, que piensa que el sexo es correcto en algunos momentos e incorrecto en casi todos los demás, que regula los gustos y las posiciones, que decide por dónde sí y por dónde no, que hace de la actividad sexual una lucha de poder, un mercado dentro de la pareja, una forma de engaño y manipulación.

Una tradición socio religiosa en la que un dios, que es amor absoluto, todopoderoso, y sumo creador de un universo infinito, está muy al pendiente de quién tiene sexo con quién, de qué forma y en qué lugar, respetando o no los rituales, si lo hace por procreación o por diversión, si lo disfruta o no... y de alguna manera será condenado casi irremediabilmente.

Nací, crecí, aprendí y absorbí una civilización occidental patriarcal y machista, y aprendí esos valores como correctos, como todos los hombres y mujeres de la misma civilización. Todos somos una inconsciente esponja que absorbe el pasado sin cuestionarlo.

Durante mucho tiempo fui macho, porque lo aprendí. Nunca fui violento contra una mujer... por lo menos no conscientemente, no deliberadamente, no con el afán de serlo. Aunque tiempo después, con conciencia, descubrí que prácticamente todas las estructuras de la civilización y la cultura en la que nací y crecí son intrínsecamente violentas contra la mujer. Después comprendí que esas estructuras son violentas en general, contra hombres y contra mujeres.

Fueron mis padres, los dos, al igual que mis maestros en la escuela, mi familia extensa, los políticos, los ministros de culto, de manera repetitiva e inconsciente, los que me enseñaron el machismo. No fue deliberado, no eran malas personas. Sólo me repitieron a mí lo que ellos aprendieron de sus padres y éstos a su vez de los suyos. Hombres y mujeres venimos aprendiendo, repitiendo y padeciendo esos valores.

A mí me colgaba entre las piernas algo que no le colgaba a la otra mitad de la humanidad, y aprendí que eso me hacía especial, diferente... superior.

También padecí de muchas formas los traumas y complejos que una tradición machista deja tanto en hombres como en mujeres. Crecí en una cultura patriarcal y machista que hace que cada matrimonio sea un campo de batalla, una lucha de poder, un conflicto de egos. Crecí en una estructura cultural que mata el amor, atiza el odio y promueve la guerra. Crecí viendo cómo todos los que dicen amarse también se odian. Eso afecta a hombres y a mujeres.

Durante mucho tiempo fui hombre y macho porque lo aprendí, lo vi en todas las películas y telenovelas, lo leí en escrituras sagradas, lo viví en la escuela y en cada estructura familiar.

Y también durante mucho tiempo me sentí culpable de ser hombre, porque lo aprendí de las mujeres a mi alrededor. Aprendí que ser hombre, que ese azar cromosómico, era la primera afrenta que yo cometía contra todas las mujeres. Descubrí que todos los hombres son iguales, todos cabrones, todos malévolos, y, por lo tanto, yo era todo eso.

Aprendí la guerra de los sexos.

Después aprendí a desaprender. Desaprendí mi religión hasta que finalmente encontré a Dios; desaprendí mi nacionalismo, mis identidades y etiquetas hasta que encontré mi verdadero ser. Desaprendí los paradigmas machistas y encontré a un hombre de verdad, uno que llora y que tiene emociones, uno que no necesita poder, un hombre que ama, que abraza y besa a sus amigos, un hombre feliz con su género y en paz con el otro.

Desaprendí los traumas de la cultura patriarcal y encontré el amor por mí, por las mujeres y por todos mis hermanos humanos. También descubrí lo difícil que es desaprender, porque finalmente significa cuestionar todo aquello que te fue programado por tu sociedad, tu entorno y tu cultura.

Desaprender es quedarte completamente solo, y todos temen a la soledad. Pero necesitamos esa soledad mental, ese silencio, ese alejamiento de nuestra cultura y costumbres para poder ver el mundo desde una mente que no esté programada ni limitada.

En el mundo exterior, en mi mente llena de prejuicios, ideas y valores inculcados por ese mundo, aprendí la guerra. En el mundo interior, en una mente pura y en blanco, sin trazos del pasado, descubrí la paz.

## MÁS ALLÁ DE HOMBRES Y MUJERES

Sólo un hombre y una mujer desnudos pueden encontrar la paz en la lenta y silenciosa guerra que destruye el mundo, la constante lid que nos divide y arrebatada nuestra humanidad, y por tanto nos despoja de nuestro legado divino. Hay una guerra que día con día enfrenta a toda la especie humana y cuyo inicio nadie conoce. Se cuentan leyendas, se elucubran conspiraciones, se crean, relatan y tergiversan mitos, se establecen dogmas sobre su origen. Nadie la inició, pero nos envuelve, se transmite de unos a otros y no deja de lucharse.

Una batalla ancestral nos divide en dos mitades excluyentes. Como si fuesen dos especies diferentes luchando por el dominio del planeta, mujeres y hombres buscan y construyen por separado. Se necesitan, pero desconfían; se atraen, pero se repelen; intentan amarse, pero temen el uno al otro. Hombres y mujeres por separado hacen que la paz sea inalcanzable.

El miedo es la negación del amor, incluso de su posibilidad. El miedo crea egos que viven a la defensiva, con lo que se atacan a sí mismos. El miedo siempre conduce a la guerra y la guerra siempre está al servicio e interés de alguien. La guerra es por lo tanto un plan, cualquier guerra, un plan para que muy pocos ganen y muchos pierdan.

La guerra es siempre planeada. Toda guerra. La planean, espolean y dirigen muy pocos que nunca la sufren. El combate se da entre las masas contagiadas con el miedo. El miedo es hoy, más que nunca, la principal herramienta para moldear y controlar sociedades.

La guerra de los sexos es en el fondo tan ficticia como todas, es creada y vendida como todas, comprada por muchos y luchada por otros tantos. La guerra, en todos sus aspectos, más allá del militar, es el pilar del mundo moderno, su legitimidad y sostén, su motor económico, su herramienta de control.

La humanidad dividida en dos mitades en guerra perpetua entre sí, es la guerra de división perfecta, la más estratégica, la más avasalladora y represora. Por eso es la más mediática y popularizada en la industria cultural, y la más promovida por instituciones de la sociedad.

Sólo un hombre y una mujer desnudos pueden encontrar la paz, sólo desnudos podrán volver al paraíso del que se exiliaron a sí mismos al principio de los tiempos. Desnudos vivían en el Edén y sólo así podrán regresar a casa. Únicamente en la total inocencia original podrán superar la dualidad que los divide y fundirse en la unidad de absolutamente todo.

La paz y la unidad, la felicidad y la plenitud, sólo pueden lograrlas una mujer y un

hombre completamente despojados de toda la carga histórica, religiosa y cultural que llevan pesada e inconscientemente sobre sus hombros. Mujeres y hombres capaces de destruir la férrea y anquilosada estructura que los condiciona y delimita.

Hay que destruir para poder comenzar desde cero. Un cero de inocencia, un cero de igualdad social, un cero necesario para que la nueva construcción sea un paraíso y no una prisión, para que no sea una reacción a lo anterior y, como toda reacción, llena de miedo y violencia.

En el mundo industrial en el que vivimos, todos somos engranes y producimos de manera irracional para poder después consumir de manera irracional. Esa misma irracionalidad invade todas las esferas de nuestra vida, una feroz competencia en lo económico, en lo social, en lo sentimental. Vivimos un mundo con una violencia nunca antes vista, una violencia a la que nos acostumbramos, una deshumanización a la que nos adaptamos cada vez más, una terrible desensibilización, la renuncia total a pensar por nosotros mismos para ser parte de una masa amorfa mientras coreamos masivamente ideas de individualismo y libertad.

El mundo es así precisamente por estar basado en estructuras patriarcales, esto es, civilizaciones basadas en el dominio, la jerarquía vertical y la guerra. Ese mundo no distingue entre hombres y mujeres, los somete y controla a ambos.

Hoy necesitamos hombres y mujeres conscientes, que ven el aquí y el ahora, y no milenios de pasado, que anhelan la paz, que son capaces de ver la invisible prisión de la mente, la cárcel de los roles sociales de género, sin importar cuáles sean. Hombres y mujeres que vean la construcción artificial de la sociedad, la historia, la cultura, la civilización, y que tengan el valor de derribarla sin buscar culpables. Todos somos responsables.

Hombres y mujeres libres de pasado. Libres de la historia de hombres y mujeres. Hombres y mujeres libres, conscientes de su naturaleza, de su psicología, de su ser, del peso del pasado, la familia, la sociedad y la religión. Con mentes libres del conflicto y la división que alimentan el mundo moderno. Seres humanos libres de constructos, desfragmentados, unificados, sin voces del pasado. Seres capaces de hacer de su vida una obra de arte.

Hombres y mujeres que vivan la mejor versión de sí mismos, en lugar de ser la versión programada por siglos y milenios de civilización y por las necesidades políticas de la actualidad. Mujeres y hombres que comprendan que la mejor versión de sí mismos es la que está llena de paz, de amor y de perdón, la que vive en el aquí y el ahora y no en las arenas del pasado. Individuos que no sean la marea de un océano sin gotas, humanos que no sean engranes de la terrible maquinaria que echamos a andar miles de años en el pasado. Sólo ellos lograrán la paz en la guerra de los sexos.

## LA LUZ QUE SÓLO SURGE EN LA OSCURIDAD

Yin y Yang, dos fuerzas formando una existencia infinita y eterna. Dos fuerzas contrarias igual de indispensables en el equilibrio del universo. Las dos caras de la misma moneda, como todo en el cosmos. La dualidad es la esencia misma de nuestro mundo.

Pero más allá del mundo dual que percibimos, todo es unidad y de la unidad sólo pueden surgir paz y amor. Sólo en la unidad está la plenitud, la felicidad absoluta que es el legado de cada ser humano, su derecho inalienable. A la unidad original, nuestro paraíso, sólo se llega fusionando la dualidad, comprendiéndola y experimentándola como una conciliación, un complemento, y no como un conflicto de opuestos.

El conflicto jamás unifica, siempre será causa de división y rencor, de miedo. En conflicto, los dos opuestos nunca se complementan, y así se quedan los dos: fragmentados y divididos, escindidos, alejados de su fuente, limitados; incompletos y por lo tanto vacíos, con miedo. Incompletos y por lo tanto eternamente buscando, sin saber qué, y condenados al fracaso.

En conflicto, los opuestos generan fragmentación. En conflicto, los opuestos son guerra. En comprensión, son fusión y complemento. Son paz. Yin y Yang, dos fuerzas que en armoniosa interacción dan forma al universo, a todo lo que existe. Dos fuerzas igual de necesarias, igual de absolutas, igual de perfectas; igual de complementarias e interdependientes. Cuando se fusionan, son paz. En oposición, son guerra y destrucción.

El sexo es la perfecta manifestación de la dualidad. Dos fuerzas opuestas y complementarias son necesarias para dar vida a toda la existencia. Desde el amor y la aceptación, el sexo es fusión de complementos. La fuente de la paz. Desde la división y el odio, producto del miedo, el sexo es la oposición total. La fuente de la guerra.

La existencia es una totalidad dinámica, una danza, una sinfonía, una constante y eterna transformación para que todo siga existiendo en un ciclo sin fin. Una transformación que necesita de los opuestos. Por eso la unidad se presenta como dualidad, pero no lo es en realidad.

Dos fuerzas que se complementan y se funden, se contienen una a la otra y se compenetran. El misterio del devenir para que todo fluya eternamente. La luz y la oscuridad, el cielo y la tierra, el día y la noche. Ninguno existe sin el otro, ninguno es una fuerza negativa. El espacio y el tiempo, la energía y la materia, la matriz donde ocurre todo. Gea y Urano, Psiquis y Eros, Eva y Adán, el caos y el orden.

Las mentes con miedo se aferran a ver en la dualidad un conflicto. Las mentes con

amor comprenden en la dualidad la armonía de los opuestos. Ésa es realmente la guerra de los sexos. Un producto más del miedo humano, de la ilusión de poder, de la obsesión por ejercer control y dominio.

Pero qué sería de la noche sin el día y de la luz sin la oscuridad. Dónde estaría el arriba sin el abajo y cómo podría existir el alba sin el ocaso. La eterna danza de la existencia se mueve fusionado los contrarios. Todo existe en una misteriosa y maravillosa interdependencia.

Yin es el principio femenino; el caos, la posibilidad absoluta de todo, la creatividad, la tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción. El Yang es el principio masculino, el cielo, la luz, la actividad y la penetración. Yin y Yang son fuerzas interdependientes, manifestaciones de la única realidad. La energía y la materia que hacen que todo exista.

El espacio femenino para crear y la fuerza masculina que lo hace, la mente y los pensamientos, el caos del que todo brota y el universo que no podría existir sin el caos. Femenino y masculino, Yin y Yang, son complementarios mucho más que opuestos. Son interdependientes, no puede existir uno sin otro, el día no puede existir sin la noche, y la muerte transformadora es la causa de que siempre exista la vida.

Lo femenino y lo masculino se consumen y nacen el uno del otro, y son los opuestos que permiten la eterna transformación de la existencia misma. La noche se transforma en día y muerte deviene en vida. El espacio aloja a la materia y la materia es el otro lado de la energía.

Yin y Yang nunca detienen su danza, no hay un solo momento estático en el glorioso dinamismo de la existencia. Siempre están los dos en todo, uno llegando y otro saliendo, uno tomando el espacio que deja el otro, fluyendo entre sí mismos con la más absoluta sutileza.

El perfecto mediodía dura un efímero instante, es el Yang total, un cenit al que llegó tomando el lugar que dejaba el Yin, que comienza a regresar desde ese mismo instante hasta que Yang le deje el dominio de la noche. Siempre están juntos. La media noche es el momento absoluto del Yin, que comienza a ceder su fuerza en ese mismo momento.

En el atardecer Yin y Yang danzan, lo femenino y masculino hacen una transición de fuerza, que genera un espectáculo. El sol comienza a retirarse para que llegue la luna, el Yang se transforma lentamente en Yin hasta ceder su lugar por completo, dejando sólo una esencia siempre presente en su opuesto para así volver a renacer.

Morir y renacer. Eso es lo que logra el perfecto equilibrio y fusión entre lo femenino y lo masculino. Al alba, el sol renace triunfante tras atravesar la oscuridad. Yin comienza a ceder. Es la danza del día con día y de todo el año. En el solsticio de verano el planeta está por completo en el Yang, pero ese planeta, siempre en movimiento, viene del Yin y hacia esa fuerza volverá, para volver también eternamente al Yang. Solsticio de invierno, el Yin en toda su gloria, llegando del Yang y regresando a él.

No hay guerra posible en todo esto. Los sonidos del Yang se mezclan y entrelazan perfectamente en el silencio del Yin para formar la más gloriosa sinfonía. No hay luchas de poder en el universo, pero la mente humana, tan necesitada de purificarse, está llena de esa obsesión. Ése es el origen de todas las guerras. Es el origen de la guerra de los sexos.

## LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Siempre cometemos el error de juzgar el pasado con los valores e ideas del presente, pues siempre cometemos el error de pensar que las situaciones e ideas que son normales hoy, lo han sido siempre. Pero si hacemos un viaje muy corto en el tiempo, apenas de medio siglo, llegaremos a un mundo donde, más allá de la arena política, no había ningún tipo de guerra de los sexos.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en 1945, y conforme Europa y Estados Unidos se reponían del conflicto, la vida de hombres y mujeres era muy sencilla en cuanto a roles y decisiones. Del hombre se esperaban ciertas cosas y de las mujeres otras, y el único camino para ambos géneros era muy poco cuestionado.

Pero es justo después de la guerra cuando la batalla de roles de género brota lentamente en la arena del hombre común. Durante la guerra, los hombres estaban en el frente, todo el poder laboral masculino estaba concentrado en la actividad y producción bélica, y fue necesario que la mujer ocupara los lugares tradicionalmente masculinos de la sociedad.

En aquel tiempo se le pidió a la mujer común algo que en términos generales no exigía ni buscaba. Se le pidió de hecho como labor patriótica: que ocupara el puesto del hombre, que trabajara como el hombre, que fuera a la fábrica y a la industria como el hombre.

La mujer respondió al llamado y salió al mundo. Vio el mundo de una manera como nunca antes, lo probó desde la visión de la independencia, pues no estaba sujeta al hombre, quien estaba en la guerra, y no tenía que competir con él, sino suplirlo.

La mujer probó el mundo, probó la industria, probó el trabajo y su principal fruto, el dinero, y probó con ello algo inusitado: la independencia económica. Le gustó y no quiso volver a su rol tradicional cuando los hombres volvieron de estarse matando en las trincheras. Nada volvería a ser igual.

El hombre volvió de la guerra a agradecerle a la mujer que hubiera ocupado su puesto y a regresarla a los confines del hogar. La mujer, evidentemente, no estuvo de acuerdo. Ahí comenzó la actual guerra de los sexos.

Antes de las guerras mundiales, la vida social y los papeles de hombres y mujeres ya estaban determinados por la estructura. Del hombre se esperaba que transitara cierto camino de la niñez a la hombría, de la inocencia a la experiencia, de la vulnerabilidad al poder. Se esperaba que cumpliera con ciertos rituales y protocolos masculinos, que eligiera a una buena mujer y se consolidara como el rey del castillo.

De la mujer se esperaba cierto camino de la infancia a la doncellidad, de la

inocencia a la defensa de su inocencia, de la vulnerabilidad a la fragilidad. Se esperaba de ella que cumpliera ciertos rituales, ciertas censuras, mucho recato, y que cultivara la virtud para poder ser esa buena mujer que fuese elegida por un buen hombre.

Cada género conocía perfectamente su papel y lo cumplía pero el mundo cambió y los roles siguieron siendo los mismos. Ambos sexos comenzaron a sentirse incómodos. El mundo cambiaba, toda la realidad se transformaba de manera acelerada, la novedad se convertía en el nuevo valor de un mundo que dependía cada vez más del consumismo, pero los papeles del hombre y la mujer en el teatro social seguían inalterados.

El mundo siempre se ha transformado, pero una era sucedía a la otra a lo largo de siglos. El mundo de la posguerra comenzó una transformación excesivamente atropellada, el planeta giraba más rápido que nunca. Nuevos productos, servicios e ideas entraron al mercado; nuevos métodos de producción y consumo cada vez más instantáneos, cosas cada vez más efímeras.

Ese mundo resultó absolutamente incómodo para hombres y mujeres aferrados a sus roles tradicionales, al único modo de ser que la sociedad había impuesto a lo largo de los últimos siglos, la división de roles que se ajustaba a las necesidades del poder.

Ha sido siempre el poder desde donde se moldea la sociedad y, como el mundo moderno no tiene mayor poder que el consumo, es para servir al consumo como se moldean los comportamientos de hoy. Obedecer y consumir es nuestra vida. Pobre hombre y pobre mujer, luchan por ser libres cuando la humanidad lleva miles de años esclavizada.

Vivir en una sociedad urbana, sobrepoblada e industrial del siglo XXI, con los esquemas, roles y valores de los beduinos del desierto de Medio Oriente, de hace tres mil años, sólo puede conducir a la neurosis. Y eso es justo lo que hacemos, nada determina más la mente humana, individual y colectivamente, que la religión, y los valores de la tradición judeocristiana islámica están sustentados en las necesidades y vicisitudes de las comunidades humanas que hace miles de años poblaban el hoy llamado Medio Oriente.

Siempre se nos ha educado en torno a la idea de que los valores son eternos, pero los valores siempre han caducado, siempre son sustituidos por nuevos valores eternos adaptados a las nuevas necesidades sociales.

Pero lo cierto es que muy poco y despacio cambió el mundo desde el origen de la civilización hasta la era industrial, y el cambio fue de pronto un estallido violento. Cambiaron las formas económicas, políticas, sociales y legales, pero la mente humana lleva milenios repitiendo la misma estructura de valores. Las ideas siempre tardan en cambiar, la mente humana se aferra al pasado, a lo único que conoce.

No debe haber sexo hasta el matrimonio, la virginidad es la virtud y el valor de la mujer. Este tipo de ideas de carácter completamente económicos, establecidas para asegurar el linaje masculino y la herencia, se le endilgaron a Dios como la única

forma de control social. Así es como las necesidades de una época del pasado marcan el comportamiento de cientos de generaciones. Es la tiranía de la tradición.

El sexo hasta que haya matrimonio, pero niños y niñas eran casados a los quince años. Hasta que la muerte los separe, bueno, quince años más. De pronto se pretende vivir ese esquema en el mundo de hoy. Sexo hasta el matrimonio, y hombres y mujeres siguen solteros llegando a los cuarenta; hasta que la muerte los separe... cuarenta más. Prometer que se amará por siempre... imposible. Toda promesa es media mentira, pues nadie puede saber el futuro.

Pero finalmente hablamos de estructuras creadas por el miedo. La virginidad es una imposición masculina a la mujer para que el hombre sienta seguridad sobre su descendencia y por lo tanto la herencia. La fidelidad monógama debió ser agregada al paquete para mayor certidumbre del hombre.

La promesa de amor eterno es otro producto del miedo. Invadido por el miedo a la incertidumbre y la soledad, se exige hoy la promesa de amor en el futuro, si no de amor por lo menos de compromiso, de que la otra persona estará ahí, aunque sea para cumplir el contrato... porque no hay que olvidar que eso es el matrimonio, un contrato, y es de hecho un contrato de transferencia de propiedad. La transacción es la mujer.

Construimos una sociedad donde la mujer crece y vive educada, programada, con la idea de conseguir un hombre, con el matrimonio como ideal y con la visión de la boda como el día más feliz de su vida. Es decir que la mujer crece anhelando el día en que deja de ser propiedad de un hombre, su padre, para serlo de otro, el marido.

En los rituales religiosos se puede ver dicho simbolismo mejor que en cualquier otro protocolo social. En el matrimonio católico, y cristiano en general, la mujer entra al templo y recorre el camino al altar del brazo de su actual propietario y de quien por eso porta el apellido; el padre, quien “la entrega” al nuevo propietario, el marido, con cuyo apellido sale del templo. Más interesante aún el ritual judío, donde el contrato matrimonial lo signan el novio y el padre de la novia. La mujer no firma porque ella es el objeto de la transacción en el contrato.

Ése es el origen del matrimonio. El valor de la virginidad, la monogamia y la sexualidad reprimida lo dejan claro; más en una tradición judeocristiana islámica en la que la mujer es inherentemente culpable, e intrínsecamente inferior. Ahí está el rol de género como prisión.

El matrimonio es una institución inventada por el hombre y desde sus orígenes tenía un solo objetivo: monopolizar a la mujer, convertirla en una propiedad privada, en algo que el hombre puede tener en exclusiva. El matrimonio es un ritual, un protocolo, un convencionalismo y un contrato que nada tiene que ver con el amor. Es una institución socioeconómica, como lo es de hecho la estructura familiar.

Los seres humanos olvidamos que nosotros hemos creado la vida social. Así inventamos ideas, dioses, rituales y dogmas, que nacen en el amanecer de la civilización por necesidades y circunstancias que hoy ya no existen. Pero nos

olvidamos de que nosotros creamos cada ritual y cada creencia, y con el paso del tiempo nos sometemos a nuestras creaciones.

El matrimonio involucra a la política, el dinero y las leyes con el amor. Es tratar de institucionalizar el amor, es un intento desesperado de control, un síntoma evidente de miedo al futuro y a la soledad. Siempre hay ego en la política, el dinero y las leyes, y nunca hay amor donde existe ego.

El amor es la unidad absoluta, la disolución total, la entrega sin medida, la fusión completa con el otro y con el todo, con el todo a través del otro y los otros. El ego sólo sabe verse a sí mismo, y el amor verdadero no conoce el concepto de sí mismo.

El amor existe en la absoluta libertad, y el matrimonio nunca se pensó para otorgar libertades, sino para establecer obligaciones y prerrogativas por contrato. El matrimonio surgió como el ritual que convierte en propiedad privada a la mujer, y no hay amor donde existe la propiedad. Dos egos que se unen por contrato, por tradición, por costumbre, por inercia o por miedo están forjando los cimientos de un campo de batalla.

En un matrimonio tradicional, con propiedad, control y dominio, no existen las condiciones necesarias para el amor. En un matrimonio moderno, libre e igualitario, donde dos se unen para cohabitar bajo un techo mientras persiguen por separado sus sueños y aspiraciones, mientras compiten contra los demás, contra el mundo y entre ellos, donde la obsesión individualista evita toda fusión... ese matrimonio tampoco es tierra fértil para el amor.

No puede existir amor donde existe miedo. En el miedo es imposible encontrar lo divino, y si no encuentras lo divino en lo más profundo de tu amante, no vas a encontrarlo en ningún lugar del mundo. Pero en este mundo los que dicen que se aman también se tienen miedo. Un contrato se firma sólo por miedo.

En la guerra de los sexos intervino también un fenómeno social nunca antes visto: la clase media. Una clase social no dominante, un proletariado especializado que no se siente proletario, una clase aspiracional que vive en la eterna ilusión de estar subiendo en una escala social, de ser mejor como ser humano y de ser libre, con base en el consumo desmedido de las cosas que esa misma clase produce.

Una clase social esencialmente aspiracional, como la clase media, imita los comportamientos, rituales, protocolos e ideas de la clase superior, de aquello que anhela ser. Así es como la sociedad, como estructura, es una pirámide donde cada nivel imita al de arriba. Al final todo termina siendo una caricatura de lo que se encuentra arriba, que siempre está guiado por la ambición de poder; es decir, por el miedo.

El burgués del siglo XVIII y XIX, el de la supuesta igualdad, libertad y fraternidad, que nunca llegaron, odiaba y envidiaba al aristócrata, al noble. Buscaba derrocarlo, pero aspiraba a ser como él. Con el avance de la economía industrializada, y después computarizada, viene un gran auge y crecimiento de esta clase media, que en su eterna aspiración se convierte en el motor económico de la estructura.

El burgués, plebeyo adinerado finalmente, imitó las formas aristócratas en el siglo XIX, y el proletario, obrero, trabajador, motor económico del siglo XX, imitó al burgués. La imitación se da particularmente en los rituales y protocolos. Así es como cada generación y cada clase social le transmite a la otra la estructura patriarcal.

La década de los cincuenta fue un difícil reacomodo de la vida social y familiar. La familia es la célula conservadora de la sociedad, es la familia donde se aprende la autoridad y la jerarquía del Estado, es de hecho una calca del Estado.

El Estado existe y se perpetúa gracias a la familia, pues ahí se aprende que hay una pirámide, que hay niveles, que hay uno que manda y muchos que obedecen. Y ahí en la familia se aprende la primera división de la humanidad: nosotros y ellos. Los Godínez y los Gutiérrez no somos iguales.

Si la mujer cuestionaba su lugar en la familia, lo cuestionaba en la sociedad y viceversa. Si la mujer cuestionaba ese papel lo cuestionaba todo, a la familia y a la sociedad, al orden que el hombre estableció como natural, a la autoridad.

Pero ese cuestionamiento, esa rebeldía de la mujer, podía ser usada en favor del poder. En un mundo fragmentado todo es ilusión, excepto el poder. Las guerras mundiales fueron el origen de un nuevo mundo, el mundo del empoderamiento de la clase media como motor de la economía mundial. Una clase social creciente que se dedicaba tan sólo a cuatro cosas, las cuatro fundamentales para mantener el orden político y jerárquico: producir, consumir, opinar y votar.

Al producir y consumir de manera irracional y desmedida, el ciudadano promedio alimenta la economía que da riqueza y poder a los ricos y poderosos, mientras que él vive en la eterna cárcel de aspiración de la clase media. Al opinar y votar legitima un sistema tan opresor como todos los sistemas.

Cuatro cosas que en realidad son dos: en la vertiente económica, producir y consumir son dos caras de la misma moneda, así como en la política, opinar y votar lo son también. Son los disfraces que la esclavitud adopta en este mundo donde el discurso de sometimiento es la libertad.

La mujer exigía salir a las calles y el sistema encontró beneficio en ello. Finalmente, la economía mantenía fuera de su engranaje a la mitad de la población, una mitad que no producía y cuyo consumo estaba supeditado a los deseos del marido proveedor. En el terreno político el voto femenino fue prácticamente lo mismo; la gran farsa de la democracia como poder del pueblo podía sostenerse mejor si esa mitad de la población también podía opinar y votar, y confundir eso con libertad.

La década de los cincuenta vio a la mujer en las calles en casi todo el mundo occidental, incluso en la siempre rezagada América Latina. La mujer comenzó a sentirse libre por el hecho de poder trabajar y consumir, una libertad relativa, desde luego, considerando que antes no podía hacerlo; y el hombre comenzó a sentirse liberal por permitirle a su mujer trabajar. Eso sí, la cena tenía que estar lista, los niños arreglados, y nunca dejó de pensar que él tenía que dar el permiso.

Dos productores son mejor que uno, y dos consumidores también. Así comenzó la

liberación. Con las mujeres en las calles comenzó a evidenciarse lo que ya habían señalado las precursoras del feminismo en el siglo XVIII: la mujer parecía inferior al hombre, tan sólo porque el sistema dominado por hombres las dejaba rezagadas en el sistema educativo y laboral, precisamente como una forma sutil de sometimiento.

También comenzó a verse la realidad ya descrita por Simone de Beauvoir en su obra de 1949, *El segundo sexo*; lo que se entiende por mujer, esto es, su rol, su comportamiento, sus características, son principalmente un constructo cultural. Las mujeres son como son porque no han tenido la libertad de definirse más allá de los roles asignados por la cultura patriarcal.

Lo que no señaló De Beauvoir es que al hombre le sucede exactamente lo mismo: nunca ha sido libre de definirse de manera individual, sino que también ha estado condicionado por la historia, la civilización, la cultura y las necesidades sociales que le han impuesto su rol de género.

En la década de los cincuenta y la primera mitad de los sesenta, la mujer exigió, y el hombre reaccionó. Toda reacción es negativa y violenta. Así como la mujer había estado acostumbrada por siglos a ser de una forma y no cuestionarlo, el hombre era prisionero mental de lo mismo: la poderosa fuerza de la costumbre, del patrón de conducta, el condicionamiento psicológico.

Lo que la mujer demandaba, al hombre no le parecía normal. No lo era. Normal es lo que se ciñe a la norma, y la norma la establece la sociedad. Lo normal había sido la marcada diferencia de roles de género pétreamente establecidos. Así pues, las mujeres encabezaban una revolución, una que eventualmente siempre ocurre en la historia de la civilización y que es el signo de nuestro tiempo: transformar el concepto de lo normal.

La segunda mitad de la década de los sesenta y la década de los setenta fueron aparentes tiempos de cambio. Fue la era de la revolución juvenil. Cabe señalar que a los jóvenes, independientemente de su sexo, les ocurría algo similar que a las mujeres: eran excluidos de casi todo el proceso social. Del joven sólo se esperaba que creciera y asumiera su rol, pero lo que hizo la juventud de aquel tiempo fue precisamente cuestionar el rol preestablecido.

Hombres y mujeres volvieron a hablar de igualdad intrínseca entre ellos. Más que una guerra de los sexos, vivieron una de edades. No confíes en nadie de más de treinta años, decían ellos. Así como en 1848 el grito de batalla era “proletarios del mundo, uníos”, aquí parecía ser “jóvenes del mundo, uníos”.

La juventud se unió contra el capitalismo, contra la voraz competencia, contra el sometimiento económico, contra ser visto como un engrane más de la inmensa maquinaria industrial en la que se estaba convirtiendo el mundo. Hombres y mujeres de menos de treinta años se unieron contra un modelo que definía al hombre y a la mujer.

Pero toda revolución ha implicado siempre la traición a la revolución. Los burgueses del siglo XVIII lucharon contra la monarquía en busca de libertad, igualdad

y fraternidad; para el siglo XIX ya eran aliados de la monarquía contra el proletariado que los había apoyado. En el siglo XIX los proletarios lucharon contra el veneno nacionalista que los oprimía como clase, y no por eso dejaron de ir a matarse contra otros proletarios cuando su propia burguesía opresora los lanzó a la guerra. Los *hippies* de los sesenta y los setenta fueron los *yuppies* de los ochenta, absolutamente asimilados al sistema que combatieron una década atrás.

Así pasa con la revolución femenina. Mucho más allá de la opresión de la mujer en una sociedad patriarcal dominada por hombres, vivimos en un mundo confrontado con algo mucho más terrible: la verdadera batalla no es entre mujeres y hombres, sino entre el aspecto femenino de la existencia misma contra el masculino. El Yin y el Yang hoy se oponen ferozmente en vez de ser la fusión complementaria que en esencia son.

La fuerza masculina ha aniquilado a la femenina y nos tiene en un desequilibrio atroz. La lucha de la mujer tendría que haber sido una reivindicación de lo femenino para equilibrar el mundo. Pero en vez de luchar contra la sociedad jerárquica y desigual, signo del patriarcado masculino, las mujeres lucharon por escalar en esa terrible pirámide tan masculina y patriarcal.

Hoy muchas mujeres son patriarcas, son opresoras, son violentas y, desde luego, son machistas, ya que el machismo no es la actitud de un género, es una actitud ante la vida que pueden tomar tanto hombres como mujeres.

Para la década de los noventa no había revolución alguna. El mundo seguía idéntico a como había sido siempre, sólo que con mujeres en la masculina y patriarcal competencia de dominación y poder. Jóvenes, mujeres, negros, homosexuales y otras minorías cada vez eran menos oprimidos y más aceptados, porque eso era agregar más engranes a la maquinaria industrial voraz e incontenible. Ningún logro de equidad o igualdad social se ha logrado por una evolución verdadera de la conciencia humana: ha sido para agregar más tuercas y tornillos a la maquinaria.

El año de 1989 le presentó al mundo otra aparente revolución, otro hito de esperanza. La noche del 9 al 10 de noviembre cayó el muro de Berlín y comenzó el desmoronamiento de la Unión Soviética y el bloque comunista; el lugar del mundo que, con todos sus defectos, era donde más equidad de género existía.

Para el occidente capitalista era el gran triunfo del bien contra las huestes del mal. El régimen de la libertad se alzaba victorioso contra el de la tiranía. El terrible mundo de hoy es resultado directo de aquel acontecimiento. A partir de la década de los noventa el mundo es, más que nunca, una enorme fábrica y un gigantesco mercado donde un montón de esclavos sublimados con poder adquisitivo confunden las compras con la libertad.

Padecemos un terrible desequilibrio entre el Yin y el Yang, entre lo femenino y lo masculino, y muchas mujeres supuestamente liberadas del mundo moderno han luchado en esta guerra del lado masculino. Integrar a la mujer, darle alas, sueños, aspiraciones y salarios, darles un placebo de libertad en un mundo donde los hombres

siguen al mando y, por encima de todo, en el que el patriarcado masculino está más empoderado que nunca. Poco importa si hay reinas, presidentas, ministras o mujeres en la cancillería alemana... siguen construyendo la peor versión posible de un mundo patriarcal.

Hoy las mujeres aspiran al poder político, es maravilloso. Aspiran al encumbramiento profesional, es fantástico. Buscan la libertad económica, es perfecto. Las mujeres aspiran a los puestos de poder político, económico y social pero asumen que sólo se puede llegar a esos niveles de la pirámide exacerbando sus cualidades masculinas. Nada mata más a lo femenino que la mujer que discrimina lo femenino.

La mujer se liberó del arquetipo y del rol asignado históricamente a las mujeres, tan sólo para asumir el arquetipo y el rol del hombre. No hay libertad en eso. Hoy, hombres y mujeres siguen sin ser libres de expresar su ser como les venga en gana. Hay más roles y arquetipos en el mercado de las formas de ser, pero todos esos comportamientos siguen siendo asignados por una estructura a la que ni siquiera es posible ver.

Mientras la mujer buscó una liberación que consistió en salir de casa, romper arquetipos, ingresar al mundo laboral, llegar a cimas antes imposibles, tener éxito profesional, triunfar... el hombre buscó una liberación sustentada en romper con el mito del macho alfa, abandonar la competencia, dejarse el cabello largo... algunos muy aventurados hasta tuvieron contacto con sus emociones. Para finales del siglo XX, el capitalismo liberal y sus beneficios económicos se comieron a los soñadores.

En el siglo XXI, tanto hombres como mujeres estamos atrapados. Nadie comprende la prisión, nadie está muy conforme, muy pocos son plenos y felices, casi todos están frustrados. La mujer se empoderó, el hombre se confundió, se dividieron en bandos y no dejan de buscar igualdad, por separado y con un género, y no el otro, al mando.

La paz sólo se obtiene perdonando, en la guerra que sea. Hoy sólo debemos perdonar, a hombres, a mujeres, al pasado, a la costumbre, al miedo que dejamos que nos domine. Hoy la estructura que hemos construido lentamente a lo largo de los últimos doce mil años, se vuelca violentamente contra ambos. Juntos la hemos construido en inconsciente complicidad. Sólo juntos podemos desmontarla, darnos verdadera libertad y declarar la paz.

En el siglo XX fue la mujer la que tomó las riendas de una sociedad que los hombres gobernaban por inercia. Fue la mujer la que tomó el derecho de hacer las nuevas redefiniciones sociales. Los hombres, en gran medida, han observado confundidos cómo se desvanece frente a ellos la ilusión de poder, y han respondido de diversas formas al intento femenino de ser parte equitativa de la sociedad.

El rey del castillo se niega a abdicar, y menos aún a favor de la reina. Lo que hay que hacer en realidad es destruir el castillo desde sus cimientos, acabar con reyes y reinas, príncipes y princesas, y con todo arquetipo construido e impuesto. Sólo en este terreno se puede erigir la libertad, sólo con verdadera libertad hay amor, y

únicamente con amor es posible la paz.

## LA ESTRUCTURA PATRIARCAL

Los hombres gobiernan y dominan el mundo, aunque no son capaces de gobernarse y dominarse a sí mismos, pues el dominio del hombre es sobre un mundo erigido sobre la fuerza bruta, la desigualdad, la jerarquía, la imposición y la violencia.

El hombre gobernó un mundo donde la fuerza física era fundamental para sobrevivir, de ahí se desarrollaron estructuras con el hombre a la cabeza, estructuras que quizá tuvieron sentido en el mundo de la fuerza y que a su vez son la adaptación de la pequeña división de roles producto de las decenas de milenios como cazadores y recolectores. En el mundo que depende de la inteligencia esa división no tiene sentido.

La estructura patriarcal y machista que nos domina y somete a hombres y mujeres, no fue producto de una conspiración masculina contra las mujeres. Fue, como todo en la historia humana, producto de ir construyendo lentamente estructuras sociales y mentales a lo largo de siglos y milenios.

Nunca en los últimos doce mil años se reunieron los hombres para urdir un plan de dominio sobre las mujeres. Las circunstancias vividas desde el final de la última glaciación hasta la agricultura, a las primeras civilizaciones, al surgimiento de los pensamientos religiosos y mitológicos que respondían a necesidades y circunstancias de aquellos lejanos tiempos, determinaron todo, marcaron un camino sobre el que se ha construido por milenios la llamada estructura patriarcal, construida siempre por los poderosos, secundada por las masas que asumen dogmas y repiten patrones.

Toda la estructura machista se construyó y normalizó en hombres y mujeres a lo largo del tiempo. Mujeres y hombres que construyeron, aceptaron e impusieron roles de género, roles de comportamiento que de pronto se ven como algo natural, en lugar de observar la absoluta construcción sociocultural que son. Pero rara es la mente que cuestiona las estructuras y construcciones en las que vive absorta, dando como normal y natural todo aquello que lo rodea. Lo correcto es lo que yo aprendo. Ése es el pensamiento de toda mente.

Surgió una estructura patriarcal. Eso es un hecho. Poco importa en realidad cómo y cuándo. El que esa estructura haya crecido y se haya desarrollado por milenios desde la revolución agrícola, poco importa también. Sólo importa una cosa: aún existe hoy en día. Y de formas diversas y diferentes en cada sexo, se ha volcado terrible, tiránica y violenta contra ambos.

Ambos géneros la construimos, ambos la aceptamos, ambos crecimos sin cuestionarla, ambos la normalizamos. Ambos debemos desmontarla por el bien de la

humanidad, de una humanidad más allá de géneros y roles.

Todos somos producto de la sociedad, la historia, la cultura y la civilización. Todos somos producto inconsciente del pasado. Todos somos una madeja de costumbres, tradiciones, patrones de conducta y condicionamientos psicológicos. Todos somos prisioneros de la prisión de nuestra mente mientras no superemos la idea de que cuanto nos enseña nuestro limitado entorno es la realidad.

El hecho ineludible e incuestionable es que, desde el descubrimiento de la agricultura hace unos doce mil años, se sembró inevitablemente, sin que nadie pudiese saberlo, el germen del patriarcado. Con la adopción de la agricultura como producción masiva en las primeras ciudades-Estado de Egipto y Oriente Medio, hace unos seis mil años, esa semilla germinó y dio fruto.

Ese fruto es lo que hoy en día llamamos civilización. Una civilización humana que, con todas las variantes de la diversidad mundial, siempre ha estado basada en el dominio de muchos en manos de muy pocos. Y sí, en términos generales, ese poder ha sido ejercido por hombres. Más importante aun, es la característica masculina de la competencia, y por lo tanto la jerarquía, la desigualdad y el dominio, la que domina la civilización. Eso es el patriarcado y ese patriarcado puede ser perfectamente comandado por una mujer.

Es decir que patriarcado no tiene que ver con que sea un hombre el que esté al mando de una estructura compleja que incluye lo político, lo económico, lo social, lo legal y lo religioso, y que tiene como objeto el dominio y el control. El patriarcado es esa estructura. En el mundo actual no hay ninguna victoria de lo femenino cuando una mujer se empodera en una estructura de ese tipo. Todo lo que tenemos es a una mujer al mando del patriarcado.

Patriarcado es entonces una organización social, una pirámide jerárquica donde se ejerce autoridad sobre niveles inferiores, y que por lo tanto promueve dos pensamientos contradictorios cuya tensión hace funcionar a la estructura patriarcal: el conformismo y la competencia.

Todas las civilizaciones jerárquicas, esto es, todas las civilizaciones, promueven de diversas formas el conformismo, el no cuestionar lo establecido. Siempre ha existido la idea de que la sobrevivencia de una sociedad depende de apegarse a los valores tradicionales establecidos en un pasado que nadie vivió. A menor cuestionamiento del funcionamiento de la estructura, mayor control.

Cuenta la leyenda que a Sócrates lo condenaron, entre otras cosas, por enseñar nuevas ideas a la juventud. Por desafiar el orden establecido murió Jesús y fue perseguido el profeta Muhammad. Por cuestionar la jerarquía y la estructura social, la enseñanza del Buda fue proscrita en el Indostán y, por rebelarse contra la tradición, Lao Tse vivía en las montañas mientras Confucio, amante y defensor de la tradición, vivía en los palacios.

El mandamiento bíblico de honrar a los padres significa principalmente una obediencia total, absoluta y sin cuestionamiento, como la que el creyente debe tener

ante Dios. Es una prohibición a cuestionar lo paterno, ya que hacerlo significaría cuestionar lo social.

La idea cristiana de soportar el sufrimiento en esta vida por la esperanza de una eternidad venidera de plenitud siempre ha sido una herramienta de control social a través del conformismo, de la resignación. La idea hindú de que el sufrimiento en esta vida fue causado en otras, y que soportarlo estoicamente limpiará el karma, es exactamente lo mismo. Toda sociedad necesita una fuerza de contención al cambio, y el conformismo, implantado de muchas maneras, siempre ha servido a ese propósito.

Pero al mismo tiempo que se tiene la necesidad de la contención, toda sociedad jerárquica ha dependido tradicionalmente de la competencia. Cada ciudad-Estado de la antigüedad debía inocular la competencia en las mentes de los ciudadanos desde muy jóvenes, para que siempre estuvieran prestos a luchar por los poderosos con algún pretexto heroico y abstracto: dioses, identidades, reyes, nacionalismos, libertad o democracia.

Las ciudades, reinos e imperios siempre han competido entre sí por territorio y supremacía, para ello es necesaria la constante exaltación de la competencia entre los individuos. Los griegos hicieron de la competencia el eje de su cultura. En cualquier aspecto de la vida social y artística había que competir; demostrar quién era el mejor poeta, el mejor lírico, el comediante o el trágico, el mejor orador, el más convincente, el escultor más laureado, el filósofo con más discípulos, el guerrero más victorioso, el que corre más rápido, el que brinca más alto, el que lanza más lejos.

Cuando los Estados, reinos y países viven en constante competencia, es decir, en el eterno estado de guerra, a veces declarada y a veces sutil, que es nuestro mundo, la competitividad entre los habitantes es necesaria. Deben ser más poderosos como colectivo; más inteligentes, más talentosos, más fuertes, más estrategas, más productivos. Esa maquinaria la mantiene una población programada para la eterna competencia.

Por eso es importante la fuerza de contención, porque una sociedad que estimula la competencia, lo hace siempre con el espejismo del éxito y de todos los bienestares que traerá; es decir, crea individuos aspiracionales, y demasiada aspiración puede desestabilizar el poder.

La Europa monárquica creció y conquistó el mundo estimulando la competencia. Cada reino europeo, España, Portugal, Francia, Inglaterra... competía y luchaba por el dominio del mundo. Entre más se estimule la competencia entre los individuos, más ferozmente competitivo será el colectivo. A lo largo de los siglos XV al XIX, grandes imperios como el español y el británico se enfrentaron encarnizadamente por el dominio del mundo. Fue Inglaterra, la gran impulsora del individualismo competitivo, la que se alzó con la victoria.

Victoria era precisamente la reina de Inglaterra, quien construyó el gran poderío del Imperio británico a lo largo de prácticamente todo el siglo XIX. Gobernó desde su coronación en 1836 hasta su muerte en 1901, y durante ese tiempo fue “el patriarca”

de Europa, la que ejerció todo el poder y el dominio, y la que consagró un imperio que sometía al treinta por ciento del planeta. La reina Elizabeth y Margaret Thatcher fueron las otras mujeres que ensancharon este imperio patriarcal.

El siglo XIX fue complicado para la sociedad patriarcal. El patriarcado es el dominio, la desigualdad; y el progreso, la ciencia y la tecnología de la era industrial, más el acceso al conocimiento para casi todos, hizo que la estructura de dominio y sus discursos legitimadores fuera muy cuestionada.

Fue cuando los Estados modernos implantaron a lo largo de todo el viejo mundo la idea de la educación gratuita, laica y obligatoria. Educación en la que se enseñaba a callar, obedecer y memorizar, a trabajar con las máquinas e ideas del nuevo mundo, a creer el mito del progreso y a aprender versiones históricas que justificaban a cada nación para participar en el saqueo del mundo. La educación siempre ha sido conservadora porque siempre ha estado del lado de las fuerzas de contención.

Pero al mismo tiempo, claro, hay que fomentar la competencia en todos los ámbitos económicos. Competir por la mejor escuela, por el mejor nivel en esa escuela, por la mejor empresa, por el mejor puesto en esa empresa, contra los demás que aspiran a la misma vacante de trabajo, contra los compañeros una vez que se ha ingresado, contra la empresa competidora.

Toda la vida social se convierte en competencia. Por los honores y reconocimientos, por los salarios, por las mujeres, por las ideas, por los equipos deportivos. Competencia política, que es lo que es la democracia, competencia en el mercado religioso como en tiempos paganos.

Pero esa competencia individual, ese aplastar y subir en la pirámide social, está contenida por una sociedad que ha encontrado medios de encauzar las aspiraciones. Contención y competencia rigen el mundo moderno, y las mujeres en el poder no lo han cambiado.

La mayor competencia del mundo moderno es la guerra de los sexos, es el nuevo motor. A lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX, fue el impulso de la burguesía y del proletariado lo que movió los engranes. Fue la eterna competencia del capitalismo liberal de los burgueses, con el eterno sueño aspiracional que se inculca a los de más abajo, lo que movió los engranes. Eso ha sido siempre la clase media, el motor aspiracional de la sociedad.

En la segunda mitad del siglo XX, el mundo después de las guerras, el auge del capitalismo y la nueva industrialización, el impulso de las decenas de naciones que surgieron con el proceso de descolonización, la tensión dinámica y el miedo a la Guerra Fría, hicieron del planeta el mayor campo de competencia de la historia. Capitalismo contra comunismo, monarquías contra repúblicas, obreros contra patronos, competencia entre clases, competencia entre la clase media, conflicto entre bloques de poder... y lentamente la guerra entre hombres y mujeres.

Mucho se había transformado el mundo con la caída de las monarquías, las revoluciones sociales, los movimientos comunistas, el surgimiento de los Estados

Nación, el nacimiento de las nuevas democracias. Pero en el fondo todo seguía igual a como ha sido desde el origen de la civilización hace unos seis mil años: muy pocos arriba sometiendo a muchos abajo; unos pocos privilegiados, junto con su casta sacerdotal y guerrera, que viven del trabajo de todos los demás. Eso es patriarcado, aunque una mujer esté al mando de la nación más poderosa o del Fondo Monetario Internacional.

Hombres y mujeres han luchado desde diferentes niveles a partir del surgimiento de las sociedades agrícolas hace miles de años; cuando el hombre perfeccionó el concepto de propiedad privada, que se aplica principalmente sobre la mujer, lo cual la convirtió en un objeto. Lo masculino y lo femenino están destinados a amarse, pero no puedes amar a un objeto ni a un propietario.

En la estructura familiar, que se gestó junto con el crecimiento de los imperios, y a la que tanto nos aferramos en nuestros días, la mujer se convirtió en moneda de cambio, mercancía negociable en pactos de riqueza y poder, objeto usado para las alianzas. Algo que aún subsiste en el siglo XXI.

Hablamos desde luego de las clases sociales superiores, los cercanos a la riqueza y el poder, los que tienen cosas que negociar y alianzas que establecer. En las clases sociales inferiores, y no hay que olvidar que hasta el siglo XVII eso incluía el noventa y cinco por ciento de la sociedad, hombre y mujer son igual de oprimidos por el patriarcado. Muy poco importaba al campesino la guerra de los sexos, y no existía el proletariado.

La sociedad tenía nobles y plebeyos, y eso era una cuestión de nacimiento. No existía una escala social ni la promesa o la ilusión de subir. Bien sabido era el papel de cada quién. Pero precisamente para el siglo XVII, el gran siglo de la ciencia, comienza el auge económico de la burguesía y de los plebeyos adinerados por el comercio, que aspiraban a nobles y copiaban sus modos. Ahí está el origen de la clase media, una clase aspiracional y por lo tanto imitadora.

Es decir que, en una sociedad de niveles, los de abajo terminan por creerse la intrínseca superioridad de los de arriba. Cuando en esta sociedad surge una clase económicamente dinámica, que aspira a subir, resulta lógico que copie los modos, protocolos, rituales y comportamiento del nivel superior al que aspira.

Es así como la burguesía, conforme más se acerca a la nobleza, más imita sus modos de vestir, de hablar, de comportarse, de relacionarse entre familias y entre sexos. Los rituales y protocolos machistas, siempre creados arriba, comienzan a bajar en la pirámide social. Si lo hace el noble, debe ser correcto, piensa el burgués del siglo XVI o XVII. Si lo hace el burgués, debe ser correcto, piensa el proletario en el XIX. Si lo hacen los ricos, así debe ser, piensa el pobre del XX. Por esta misma dinámica absurda es que muchas mujeres imitan al hombre en sus peores defectos.

Con una sociedad estática de estamentos inamovibles obtenidos por nacimiento y otorgados por Dios, había fronteras claras, eran mundos diferentes, y los mitos y ritos patriarcales permanecieron arriba. Con una sociedad dinámica de clases, donde se

aspira a ascender y la posición la otorga la capacidad de producción y consumo, las fronteras se difuminan, los de abajo imitan a los de arriba, y los mitos y ritos patriarcales comienzan a descender.

En el siglo XVIII los burgueses lucharon contra nobles y monarcas con ayuda del proletario; hombres y mujeres de la naciente clase obrera lucharon sin distinción de género en revoluciones como la francesa. En el XIX, el proletario luchó contra el burgués ya empoderado que se iba convirtiendo en capitalista; en esas revoluciones comunistas los camaradas tampoco hicieron distinciones de género.

En el siglo XX hubo dos mundos, el comunista y el capitalista. Hay que decir que fue el comunista el primero que llevó a niveles legales la equidad de género: hombres y mujeres trabajaban hombro con hombro por el ideal de la patria proletaria... o eso pensaban. Lo que finalmente hicieron fue empoderar a nuevos poderosos con nuevos discursos, y hombres y mujeres comunistas quedaron igualmente oprimidos por un sistema que resultó tan patriarcal, y por lo tanto inequitativo, como cualquier otro.

El otro mundo era el capitalista, en el que la burguesía, que se venía empoderando desde el siglo XVI, finalmente consolidó su dominio. Ahí los proletarios eran oprimidos sin distinción de género por un sistema vorazmente explotador, y la naciente, pujante y siempre aspiracional clase media, comenzó a imitar los mitos, ritos y protocolos que el capitalista a su vez había copiado de la nobleza. Cada clase se va haciendo una caricatura de la otra.

Después de las guerras mundiales, en la Guerra Fría, con la alternativa soviética siempre presente y el mundo en plena reindustrialización, la clase media creció y el proletariado recibió más beneficios económicos, con lo cual también se hizo aspiracional, y se asumió la idea del consumo como símbolo de un siempre ficticio ascenso. Como toda clase con aspiraciones, imitó los modos que la clase media había copiado a la burguesía capitalista que a su vez había imitado a la nobleza.

La competencia entre proletarios y burgueses fue terriblemente virulenta en el siglo XIX, el gran siglo de la revolución social; esa lucha de clases se apaciguó cuando el capitalista mandó al proletario y al clasemediero a los campos de batalla de las guerras mundiales. Ése fue el principal papel del hombre común en el moderno mundo patriarcal: ser carne de cañón y alimento de gusanos.

Fue ahí cuando, con el hombre común matándose entre sí por defender los intereses de los hombres del poder, siempre bajo el disfraz del nacionalismo, la mujer ocupó su lugar en la industria, en la fábrica, en la oficina y en cada aspecto de la sociedad. Ahí entró en juego la liberación de la mujer. Mujeres participando en el seductor mundo de la competencia, rivalizando con hombres, teniendo mucho que demostrar y mucho impulso. Mujeres compitiendo, mujeres produciendo, mujeres consumiendo. Las ruedas de la industria y la economía se movieron más rápido que nunca.

Hoy en día la mujer, arrojada como fue al mundo de la competencia, ha probado sus mieles, aunque también ha padecido el lado oscuro del progreso: el estrés

interminable, la escalera a ningún lado, la insatisfacción perpetua. La mujer se ha abierto paso en el mundo de la competencia, ha crecido en esa estructura, con mucho más esfuerzo que el hombre, y como siempre ocurre en esos casos, ahora cuestiona los mecanismos de contención de los que era prisionera; esto es, sus tradicionales roles de género como la gran mujer siempre detrás del gran hombre, nunca a un lado.

La mujer parecía incontenible y eso amenazaba el orden establecido. La mejor contención fue hacerla compartir con el hombre la rueda del hámster. Competir contra el hombre, contra otras mujeres y contra sí misma. Todo el tiempo. Tiene tiempo para ser, hacer y demostrar muchas cosas, pero nunca de ser ella misma, ni siquiera de poder reflexionar sobre eso de ser ella misma.

Nunca se es uno mismo cuando se trata de crecer, sobresalir, lucirse, dentro de los cauces que una sociedad ya ha establecido para ello. A la mujer se le dio libertad de competir en el mundo del hombre, en su estructura, contra él y con sus reglas, para lo cual debe igualarlo también en sus bajezas. Fue libre de competir contra el hombre y ha demostrado que puede ganarle... aunque en esa competencia nunca está claro si se gana algo real.

Patriarcado fue Egipto y el Imperio sumerio. Persia y Babilonia, los judíos, cristianos y musulmanes, las ciudades griegas y el Imperio romano. Patriarcal fue la Edad Media, con el poder ejercido en el nombre de un dios iracundo y masculino que odiaba a las mujeres; y patriarcal fue la era monárquica subsecuente en la que muchas mujeres llegaron a ser la máxima autoridad de Europa.

Patriarcal resultó ser la Revolución francesa, que se levantaba contra casi todos los órdenes establecidos excepto uno, el de que los hombres deberían estar al mando. Fue cuando los hombres inventaron el mito del voto democrático para legitimarse en el poder y cuando las mujeres comenzaron a exigir ese derecho.

Se tambalearon las monarquías, que podían tener hombres o mujeres a la cabeza, y surgieron las repúblicas y las democracias, dominadas por hombres, y con mujeres exigiendo que se cumplieran en ellas las promesas de la Revolución francesa.

La democracia, otro formato del patriarcado, pues es la exaltación y justificación de la competencia política, nació con hombres a la cabeza, hoy incluye a las mujeres en el derecho a votar y a ser electas, pero no por eso deja de ser patriarcal en toda su esencia.

Una vez más, el patriarcado no es el sexo del que está al mando de la estructura, es esa estructura vertical de sometimiento y dominio, con obsesión de poder y control, donde uno o muy pocos mandan de manera violenta e incuestionable, y la inmensa mayoría no tiene más opción que acatar.

## LA MENTE MACHISTA

Producto esencial del patriarcado es el machismo. Si finalmente el patriarcado es el dominio del poder y cualidades masculinas, aunque el poder lo ejerza una mujer, es evidente que hay que exaltar, promover e incluso premiar el comportamiento basado en dichas cualidades: luchar, competir, someter, dominar, conquistar, triunfar. Morir y matar por la polis, la república, el imperio, Dios, la nación, la democracia o la libertad. Ése es fundamentalmente el machismo.

El machismo es una enfermedad del ego que no respeta edad ni posición social, y por curioso que parezca, tampoco respeta género. Es la obsesión neurótica por demostrar poder, como sea que el poder se entienda, y a los niveles grandes o pequeños en que dicho poder se pueda ostentar. Desde conquistar el mundo hasta ejercer el control en el comité vecinal, desde mandar en la empresa hasta intentarlo en la casa, desde someter a un prisionero hasta controlar las tarjetas de crédito.

Es una enfermedad del ego porque su origen es el miedo, por eso el enfermo se deja dominar por la obsesión de dominio y queda absolutamente controlado por sus ansias de control.

El machismo es la necesidad de demostrar, en todo momento y en todo lugar, que se es muy fuerte, exitoso y dominante, que se es mejor que otros. Es buscar reconocimiento a través de demostraciones simbólicas de poder, que en general tienen que ver con tener algo más grande que otros; sea el coche, el cheque, la cartera, el escritorio o el mal carácter.

La mujer no vivía con esa necesidad hasta que comenzó a luchar contra el patriarcado y, como siempre pasa cuando luchas contra un monstruo, comenzó a convertirse en él. Culturalmente, el tan maldecido patriarcado no le ha impuesto a la mujer esa necesidad programada de ir por el mundo demostrando su feminidad, su ser mujer. Biológicamente no vive impulsada por la testosterona para hacerlo. En resumen, ni la biología ni la cultura han depositado esta carga en la mujer. Han depositado otras.

Al contrario, tanto la biología como la sociedad han ido imponiendo y reforzando en el hombre esa necesidad de estar demostrando el poder viril que su testosterona le impulsa a mostrar y que la sociedad le exige para ser valorado positivamente como hombre.

Eso es el machismo, la necesidad de mostrar el poder, la fuerza viril. El animal que somos trae ese impulso programado filogenéticamente, y la cultura que hemos construido se lo exige de manera apabullante. Se lo enseñan mamá y papá, lo

aprendió en la escuela y en las calles, es el contenido de series y películas, es el tema de canciones populares, es la narrativa de todas las mitologías, es lo que enseña el nacionalismo y lo que inculca la religión.

El hombre debe luchar por estar arriba, donde hay lugar para muy pocos, y por eso debe vivir en una eterna competencia contra el entorno, contra los otros hombres con las mismas necesidades y obsesiones, contra cualquiera que amenace su hegemonía, real o imaginaria, contra las mujeres porque evidencian su fragilidad, contra los homosexuales porque confrontan su virilidad, contra los que tienen otras ideas porque amenazan las convicciones propias en que se sustenta su ilusión de poder.

Y a pesar de la guerra contra el patriarcado, la mayor parte de las mujeres esperan que los hombres, de diversas formas, muestren su hombría. Las mujeres también están acostumbradas a ese rol impuesto al hombre, también están biológicamente impulsadas, y socialmente condicionadas y programadas, a esperar que su hombre sea muy hombre y lo demuestre.

Toda cultura programa ideas y valores en los aspirantes a individuo, toda sociedad impone roles y arquetipos, y la cultura y la sociedad en que vivimos ha venido imponiendo roles de comportamiento de género desde el inicio de la civilización, se los impone a hombres y a mujeres por igual.

Así pues, las mujeres también son parte de esta cadena de complicidades que son los roles. También han sido contagiadas por la esencia machista y patriarcal a la que se oponen, y a su modo, muy diferente del de los hombres, también compiten, también buscan un “mejor hombre”, también esperan demostraciones simbólicas de poder de parte del hombre.

Claro, no quieren que su hombre muy hombre sea muy macho. Pero nunca se le ha enseñado al hombre otra forma de ser hombre. Peor aún, no existe otro valor masculino que haya suplantado socialmente al que hoy tanto se ataca: el macho fuerte, poderoso y proveedor.

Muchos hombres de hoy comprenden que ser macho es la forma más estúpida y grotesca de ser hombre, pero no comprenden otras masculinidades y por eso no las desarrollan. Saben que otras formas de ser hombre siguen siendo atacadas por hombres y mujeres. Peor aún, la sociedad misma, patriarcal como sigue siendo, por más mujeres que se empoderen en ella, continúa exaltando y perpetuando el machismo como valor. Ésa es la neurosis de la sociedad moderna, rechazar en el discurso ideas que se viven en la práctica.

El machismo no beneficia a nadie y perjudica a todos. Esa enfermedad cultural es la prisión del hombre, que encuentra su ser y sus capacidades de realización férreamente limitadas. Los hombres no lloran, los hombres son competitivos, hay que comportarse como hombrecito, los hombres aguantan todo (no aguantan casi nada en realidad), son fríos, calculadores y estoicos, no muestran sus emociones ni manifiestan sus sentimientos.

Los hombres tienen que ser más poderosos que otros hombres, ser más importantes, tener más dinero, ser mejores amantes. Muy importante, desde luego, es que esa supremacía debe ser reconocida por otros hombres.

Los hombres tienen que saber todo sobre el sexo, aunque como siempre deben saberlo nunca deben preguntarlo, y como no pueden preguntarlo no tienen forma de saberlo. Los hombres deben ser un toro en la cama, el hombre debe ganar dinero, ser proveedor, mantener un hogar... y si no logra hacerlo no es muy hombre.

Los hombres no tienen miedo, deben tener muchas mujeres y que este hecho sea reconocido y aplaudido por otros hombres. El hombre pelea. El hombre tiene que escupir más lejos. El hombre debe tener un gran cinturón con cosas imponentes colgadas de él, pueden ser pistolas, pueden ser celulares, pero algo poderoso debe haber ahí en la cintura.

La mujer agresiva, fuerte, poderosa y competitiva, la que se empodera en el mundo moderno, es todo menos feminista, pues busca el poder, una tendencia muy masculina, y lo busca con los agresivos métodos masculinos. Esas mujeres atacan el lado femenino de la existencia tanto como los machos. Es lógico, las mujeres también son programadas por la estructura.

El machismo es una actitud ante la vida, el mundo y ante los demás. Una actitud mucho más cultural que biológica, dejemos de culpar a nuestra parte animal de las tonterías que inventamos con nuestra parte humana. Es una necesidad obsesiva y constante de demostrar poder, una exageración caricaturesca de las características masculinas de la existencia. Esa caricatura, ese teatro de botargas, lo pueden llevar a cabo hombres y mujeres. No hay que ser hombre para ser macho y machista.

Obsesionado por el control y el dominio, pero ante todo temeroso por no ser lo suficientemente hombre, el hombre ha buscado y encontrado muchas formas de dominar a la mujer, o de intentarlo.

Las formas fundamentales de control son siempre ideológicas y económicas. En el terreno económico es simple: se excluye a la mujer del proceso de generación de riqueza y se le hace dependiente del hombre; en el terreno ideológico se le convence, a través de la educación, los arquetipos sociales, las tradiciones, la familia, la industria cultural y la religión, de que esto es lo normal.

La mujer desde luego, luchando por sobrevivir en una sociedad de hombres, hecha por y para hombres, ha encontrado sus propias formas sutiles de dominio, la principal de ellas es quizá dejar que su hombre viva la ilusión del poder.

Según el esquema machista, perpetuado de generación en generación por las mujeres, como las hermanas, las amigas, las madres, las tías y demás, la mujer tiene una sola forma de realizarse y es reproduciéndose, lo cual desde luego implica que debe casarse, o el acto de reproducción pasa de ser una hermosa bendición a un terrible pecado.

Así pues, la mujer debe ser madre, por lo tanto, esposa, y el sostén silencioso e invisible de la familia. El valor machista por excelencia en el hombre es el

estoicismo; en la mujer, la abnegación. Los dos duelen.

El éxito humano de la mujer será medido por el éxito del matrimonio, que a su vez será medido como exitoso por su duración. No por su felicidad o plenitud, no por su compañerismo o por su labor de equipo, no por que haga felices a ambos... lo que importa es que dure, y eso es responsabilidad de la mujer, que básicamente debe aguantar en su hombre cosas que el hombre no debe aguantar en su mujer.

Claro que el mundo moderno ha liberado a la mujer, ahora puede estudiar, trabajar, realizarse profesionalmente. Es decir, realizarse en el único camino en el que puede realizarse el hombre, pero el hombre, desde luego, no puede realizarse siendo buen padre, buen esposo, buen amo de casa, quedarse a atender niños, aunque eso sea lo que le guste.

No, los roles ya fueron asignados por la cultura en los últimos milenios y nadie tiene derecho a cuestionarlos. La mujer se realiza casándose y reproduciéndose, y el hombre se realiza trabajando y siendo un exitoso proveedor. Las dos, desde luego, son una cárcel. La mujer salió de la cárcel de su realización para entrar voluntariamente a la cárcel de la realización masculina. Así, en esta cultura patriarcal de liberación femenina, no son realmente libres ni hombres ni mujeres.

## EL DOMINIO DE LOS HOMBRES

**E**l mundo está gobernado por los hombres. Esa parece ser la máxima que, de diversas formas, esgrimen cualquier cantidad de mujeres. Los hombres gobiernan, someten y dominan a las mujeres. ¿Pero será que en realidad cada hombre individual ejerce control y dominio sobre cada mujer individual? ¿Todos los hombres están arriba y todas las mujeres abajo? ¿Cada hombre es el explotador de la mujer? ¿Todas las mujeres son inocentes víctimas del patriarcado? ¿Sólo las mujeres padecen el patriarcado?

El patriarcado y los hombres en el poder dominando a las mujeres es la versión más simplista y quizá más difundida de uno de los conceptos más denostados, pero menos comprendidos en la guerra de los sexos. ¿Qué sería lo contrario? ¿Matriarcado? ¿Que las mujeres tomen el poder y dominen a los hombres? Ese sería sólo un patriarcado sin penes.

¿Es el feminismo la contraparte del machismo?, ¿qué es cada uno de ellos? Si el feminismo busca impulsar a las mujeres para ponerlas al mismo nivel social, económico y jurídico que los hombres, es la lucha más justa que necesita el mundo moderno. Pero basta que se cruce la sutil línea de buscar el empoderamiento agresivo para que eso sea “hembrismo”, la verdadera contraparte del machismo, y que son en realidad lo mismo. El simple hecho de buscar el poder es una actitud del patriarca, actitud que no reivindica la esencia femenina.

Si el feminismo busca dar ventaja a las mujeres no puede hablar de equidad de género, aunque la justicia social exige dar más ventaja a los que, por la razón que sea, han sido excluidos. Si busca empoderar a las mujeres en la estructura patriarcal por la que tanto se critica al hombre, es machismo con mujeres, hembrismo nuevamente.

Si busca rescatar las virtudes femeninas de la existencia, el lado Yin del universo, su lucha está muy equivocada, pues hace exactamente lo contrario. Y claro, si a la feminista le parece que las cualidades Yin —oscuridad, noche, pasividad, colaboración, intuición, compasión, receptividad, tierra, muerte y transformación— son, de alguna manera, inferiores a las atribuciones Yang, debería comprender que es ella misma quien denigra la feminidad.

La realidad no es machista, el Yin Yang no es machista. Machista es ver las cualidades femeninas y asumirlas inferiores o negativas, no importa si eso lo hace un hombre o una mujer. Si el feminismo busca la paz, la unidad, la concordia, una verdadera equidad que parta de aceptar nuestras diferencias, para poder juntos, hombres y mujeres, construir un mundo mejor, entonces debería de llamarse

humanismo.

¿El mundo de hoy está dominado por los hombres? No hay duda al respecto. Si hablamos de política, en el año 2015 sólo diecinueve países en un mundo, que está dividido en doscientos, eran gobernados por mujeres. Más allá de eso, la economía mundial, las grandes instituciones, y desde luego la cúpula del mundo empresarial, están bajo dominio de hombres.

Siempre hay mujeres, pero siempre son la excepción, todavía es una noticia cuando una mujer llega a ocupar un puesto de dominio tradicionalmente ocupado por hombres. Lo señaló Wangari Maathai, primera mujer africana en obtener un premio Nobel, el de la Paz en 2004: cuanto más arriba llegas, menos mujeres hay.

¿El mundo ha estado siempre dominado por hombres? Así ha sido en términos generales. Desde el nacimiento del primer imperio de la historia, el imperio sumerio de Sargón, hace poco más de cinco mil años, pasando por Egipto, India y China, las otras cunas de la civilización, a lo largo de todos los continentes del planeta y en todas las eras, incluyendo la era de la democracia, muy pocas mujeres han regido el destino de la humanidad.

¿Las mujeres han estado alejadas del poder todo este tiempo? Definitivamente no. Mujeres poderosas e influyentes, en puestos oficiales y no oficiales, han existido en toda la historia de la civilización, desde la reina Hatshepsut en el antiguo Egipto hasta Angela Merkel en el siglo XXI; aunque son, efectivamente, una excepción y no una regla. Hay que decir, no obstante, que dichas mujeres no han rescatado el lado femenino, sino que se han empoderado al estilo patriarcal en un mundo patriarcal.

¿Hubo alguna época en el pasado remoto en que las mujeres tuvieran el poder? Jamás ha ocurrido. Nunca ha dominado el poder femenino como fundamento de la civilización. En contraparte del poder patriarcal al que estamos acostumbrados por los últimos seis milenios, jamás existió tal cosa como el matriarcado, uno de los mitos más extendidos de la reivindicación femenina en el mundo actual.

Hubo un tiempo en que no existió patriarcado sino equilibrio. Hoy vivimos los tiempos en que Dios es hombre, y el hombre común, junto con la mujer común, es una morosa cósmica resultado del pecado femenino.

Hubo un tiempo en que la mujer fue Dios, fue lo divino, fue el origen, la madre, la protectora. No una divinidad femenina sino una feminidad divina. No había una diosa mujer única, sino que cada mujer era una diosa. Antes de la agricultura, antes de las sociedades jerárquicas, antes del dominio de la guerra y el miedo, antes de la competencia sin fin, de la agresividad como valor, del combate como heroísmo.

En las sociedades preagrícolas de cazadores y recolectores, en las aldeas pastorales, en las sociedades solidarias donde la obsesión de dominio no había obnubilado las mentes humanas. Ahí la mujer era diosa, tierra, luna, noche, muerte, transformación y renacimiento. El espacio pasivo donde ocurre la existencia.

No había propiedad ni familia, no había hombres dueños de hijos ni de mujeres. No había necesidad de conquistar el mundo. No es una era de poder femenino porque

lo que no existe es el concepto de poder. Ése es el gran valor femenino.

A raíz de la agricultura, para poder dominar la tierra y extraer sus frutos, es necesario el trabajo organizado, el orden jerárquico. Ese trabajo, ese orden, comenzó a ser más venerado que la tierra misma. Todas las mitologías de las civilizaciones originarias veneran el orden que derrota al caos.

Antes de la agricultura la que daba vida era la tierra, sin ejercer dominio sobre ella. El cazador recolector agradece a la tierra por obsequiarle sus frutos. La venera y agradece. También en la tierra sepulta a sus muertos y descubre cómo la vida y la muerte son la misma cosa.

Con el desarrollo de la agricultura y el conocimiento de los ciclos agrícolas que permiten tener grandes cosechas, la tierra no da lo que no otorga el sol. La tierra debe ser fertilizada por el sol para entregar sus bendiciones. Comienza la veneración al sol como principio masculino.

La vida es irónica, paradójica, contradictoria, azarosa. La mujer, mucho más que el hombre, fue quien, con el paso de siglos o quizá milenios, descubrió la agricultura, el descubrimiento creador de toda la estructura económica, política, social, legal, familiar y religiosa de hoy en día. Fue con el femenino descubrimiento de la agricultura que comenzó la era del patriarcado.

La agricultura nos hizo sedentarios, nos hizo depender de pocos cultivos y del capricho del clima. Como la esencia de la civilización agrícola es guardar excedentes para tener riqueza extra y prever el futuro, nos hizo sentir miedo, nos obligó a generar guerreros que debían ser pagados con producto agrícola sin dedicarse a la agricultura. Nos condujo a la división del trabajo y a una estructura más compleja. Nos hizo requerir una clase política que administra y tributa el trabajo de todos.

La agricultura provocó las estructuras jerárquicas de dominio y generó a la casta de los gobernantes, los sacerdotes que justifican y legitiman a los que gobiernan, y los guerreros que someten por la fuerza a los que no se someten voluntariamente a las historias de los sacerdotes. La agricultura dio origen a sociedades en guerra perpetua, y la dependencia al guerrero aseguró el dominio del hombre.

La tierra seguía siendo diosa y a ella seguía siendo la principal veneración. En el mundo de lo divino aún existía la primacía femenina, pero en la vida social comenzó la primacía masculina. Eso, evidentemente, comenzó a transformar la religión. La diosa pasó a segundo término, las diosas pasaron a ser simples consortes y las estatuillas de anchas caderas dedicadas a la fertilidad fueron lentamente sustituidas por falos de arcilla.

En torno a la agricultura, y bajo dominio del hombre, se formaron las primeras aldeas agrícolas que devinieron en ciudades. Algunas ciudades conquistaron a otras, o se unieron en redes comerciales y formaron reinos. Unos reinos sometieron a otros y crearon imperios.

De pronto, muy pocos hombres ejercían autoridad sobre todos, eso necesitaba una justificación y desde las primeras civilizaciones esta justificación siempre fue

religiosa. Los dioses ganaron, cada vez más, mayor supremacía sobre las diosas. Dioses e imperios nacieron juntos y avanzaron de la mano, pero ninguno hubiera podido subsistir sin la familia, el otro gran producto social nacido de la revolución agrícola.

La familia es la copia calca del poder del Estado, reproduce la estructura de dominio y así introyecta la sujeción a la autoridad desde la más tierna infancia. En familia se aprendía a callar y a obedecer a una autoridad masculina, a respetar una jerarquía incuestionable, a asumir el nivel jerárquico y el rol correspondiente. En la familia se enseñaba el respeto a la autoridad estatal, y ahí mismo se comenzaba a asumir la estructura religiosa, gran pilar de Estados e imperios, como una realidad incuestionable.

La familia es de hecho la piedra angular del patriarcado, transmitido por las grandes educadoras familiares: las madres. En este tipo de cultura, más notoria en pueblos latinos y árabes que en nórdicos y anglosajones, la autoridad del patriarca es absoluta. Sobre toda la población si es jefe de Estado, sobre todos los creyentes si es un jefe religioso, sobre toda la familia si es el padre quien, como emperador de su microestado, tenía derecho de decisión de vida y muerte sobre cada individuo.

La familia existía en torno a una propiedad privada, cuyos derechos totales descansaban en el paterfamilias, y la propiedad privada, como algo heredable, daba sentido a la familia como lo que finalmente era, al igual que el Estado, una estructura de producción que pasaría de generación a generación.

Con la agricultura, descubierta por la mujer, surge la propiedad privada, ejercida por el hombre. Un hombre que ejerce la propiedad sobre la tierra, sobre los hijos a los que heredará, y sobre la mujer, a la que tiene que imponerle tabúes como la virginidad y la monogamia para sentir asegurada su paternidad.

Desde entonces la familia es el soporte de la sociedad, por eso es inherentemente conservadora y excluyente. La familia se convierte en la fuente de todas las neurosis, es donde aprendemos a dividirnos, donde establecemos dogmas. Es en el seno de la estructura familiar donde se construyen la prisión de la mente en cada nuevo intento de individuo.

Es en la familia donde se introyectan las necesidades y requerimientos sociales, donde se enseña y aprende una identidad, una religión, un nacionalismo, una doctrina, las costumbres incuestionables, las verdades absolutas. Es en la familia donde se perpetúa el patriarcado.

La familia hace posible la religión y el Estado. Vivimos en el mundo que durante los últimos doce mil años han estado construyendo las familias. Nuestro triste mundo no es el resultado de la falta de familia, es el resultado directo de la acción de la familia. La familia patriarcal cuya esencia ideológica es transmitida en gran medida por la madre, no porque así lo decida la madre, sino porque la estructura decidió por ella y se lo enseñó.

Si contra el dominio del hombre se impone el dominio de la mujer, en la misma

estructura violenta, la guerra humana no terminará nunca. Si se llega a un empoderamiento de ambos sólo habremos logrado que un grupo selecto de hombres y mujeres sometan al resto de la humanidad. Ése es de hecho el camino que estamos tomando.

Si el lado femenino de la existencia equilibra al masculino, si el Yin y el Yang vuelven al equilibrio para crear la profunda armonía que son, veríamos entonces la competencia temperada por la colaboración, el juicio por la compasión, la razón por la intuición. Experimentaríamos una sociedad de búsqueda personal, pero con solidaridad colectiva; contra el individualismo recalcitrante veríamos conciencia de unidad, la culpa sería limpiada por la inocencia, y definitivamente la guerra cedería ante la paz.

Eso sólo puede lograrse con la verdadera fusión armónica de la dualidad del universo que se representa en los seres humanos: lo femenino y lo masculino. Dos fuerzas igual de importantes, pero absolutamente diferentes. Y claro, el inicio y único camino es que cada individuo femenino y masculino lo observe y lo practique dentro de sí mismo. La buena noticia es que todo depende de nosotros. Ésa es también la mala noticia, pues siempre esperamos que alguien o algo más sean los que cambien.

## LA ENCRUCIJADA DE LA INCOMPRENSIÓN

Mujeres y hombres no son iguales. Nunca lo han sido y nunca lo serán. Nada promueve más la guerra de los sexos que las teorías de la igualdad. Hombres y mujeres somos diferentes. Lo femenino y lo masculino es diferente, siempre lo ha sido y siempre lo será. Aceptar la verdad es lo único que nos puede conducir a la paz.

Como sujetos sociales, individuos sometidos al imperio de la ley, los hombres y las mujeres deben ser iguales. Esto es, gozar de los mismos derechos, tener las mismas posibilidades y aspiraciones, disfrutar las mismas remuneraciones por los mismos trabajos, tener abiertas las mismas puertas y no perder nunca el derecho a soñar sin límites. Esta igualdad social no puede lograrse bajo el mito de la igualdad.

Mujeres y hombres son diferentes en lo psicológico, en lo biológico y neurobiológico, en lo bioquímico y neuronal. Un hombre produce diez veces más testosterona que una mujer, quien a su vez genera diez veces más estrógeno que el hombre. En esta elemental diferencia hormonal reside el origen de las maravillosas diferencias que nos hacen el extraordinario complemento que somos. Cuando dos son iguales sólo hace falta uno.

El cerebro de hombres y mujeres funciona diferente. Hay quien dice que así es por naturaleza mientras otros arguyen que dichas diferencias responden a los condicionamientos de género que se han venido desarrollando en los últimos doce mil años, desde el establecimiento de una sociedad patriarcal. Ante la imposibilidad de estudiar el funcionamiento cerebral de hombres y mujeres de hace más de doce mil años, ésta es una discusión absolutamente baladí.

Hoy en día, derivado de lo que sea, el cerebro del hombre y la mujer son diferentes. Piensan diferente, reaccionan ante diferentes estímulos, privilegian actividades diferentes, responden de distintas maneras ante el estrés y la presión, perciben la realidad de forma diversa. Ninguno es superior al otro, sólo son diferentes.

El problema es que, tras vivir en una estructura patriarcal, esto es, una sociedad basada en la jerarquía, la desigualdad, el poder y el dominio, la guerra y el conflicto, la idea de ser diferentes parece suponer que hay uno mejor que otro, y en una sociedad machista queda claro quién es. Pero dos aspectos complementarios de la existencia no pueden ser superiores o inferiores.

Somos diferentes. Si fuéramos iguales, los hombres comprenderían a las mujeres y las mujeres a los hombres, y sin embargo casi siempre nos comportamos como si fuéramos especies diferentes.

El hombre se queja de la mujer y la mujer del hombre. Cuando uno mira de cerca y conscientemente estos lamentos, puede descubrir que lo que más les molesta a los hombres de las mujeres es que se comporten y piensen como mujeres, y lo que más molesta a las mujeres de los hombres es que piensen y se comporten como hombres. Este absurdo sólo es posible desde la falsa óptica de la igualdad.

Aceptar que somos diferentes es el primer y fundamental paso para comprendernos y respetarnos, más aún, para comenzar a construir juntos un mundo que siempre hemos construido por separado.

Es imposible para un hombre saber cómo siente y percibe una mujer. Más importante: un hombre es incapaz de saber qué se siente ser mujer en un mundo construido y dirigido por hombres; no puede comprender los rencores, manifiestos o sutiles, que pueda tener la mujer contra el hombre; es imposible para él entender el miedo que sienten tantas mujeres ante los hombres.

El hombre no puede comprender a la mujer porque no es mujer, menos podrá comprenderla si asume el absurdo mito de la igualdad, pues buscará comprenderla desde una óptica masculina y con parámetros masculinos.

Si acepta lo contrario, que no somos iguales, podrá dar pasos que lo acerquen a esa comprensión, aunque nunca pueda lograrla del todo, porque no es mujer. Más importante aún es advertir que no es necesario comprender para respetar, y eso, respeto mucho más que tolerancia, es lo que le urge al mundo actual en todos los niveles. Una vez asimilado que la mujer piensa y percibe diferente al hombre, puede nacer el respeto. Desde el respeto puede nacer la complicidad y el amor.

Es imposible para la mujer comprender cómo percibe y siente un hombre, por el simple hecho de que no es hombre. De diversas formas, el hombre también es víctima de la sociedad patriarcal. De maneras muy diferentes, el hombre también siente miedo hacia la mujer, y tristemente parece ser que sólo ha encontrado la opción de la violencia. El miedo, de hecho, siempre conduce hacia la violencia. Hombres y mujeres nos tememos mutuamente, por eso ambos géneros son violentos de formas diversas, burdas o sutiles, hacia el otro.

La mujer no puede comprender al hombre porque no es hombre, y si se compra el absurdo mito de la igualdad no podrá comprenderlo nunca, pues lo intentará siempre desde los parámetros femeninos. Los hombres piensan que lo normal es el comportamiento del hombre, las mujeres asumen que lo normal es el comportamiento de las mujeres. Somos diferentes. Si la mujer, al igual que el hombre, parte de esa realidad, podrá comenzar a comprender al hombre, y viceversa. De ahí podrá nacer el respeto, la complicidad y el amor. Sólo el amor pone fin a la guerra.

De la igualdad procede la guerra, escribió Thomas Hobbes en el siglo XVII. Si los países son iguales, decía el pensador inglés, siempre estará el conflicto derivado de buscar la supremacía. Entre los individuos es lo mismo, si todos son iguales siempre estarán los que buscan imponerse. Esto es así porque la estructura patriarcal es jerárquica y de dominio: necesariamente unos pretenden estar arriba de otros, siempre

es una lucha de poder.

La existencia de una estructura política, económica y social, jerárquica, basada en la fuerza, la imposición, y el dominio, obliga a los individuos a involucrarse en una terrible competencia de unos contra otros. Una competencia que necesariamente es voraz, porque entre más arriba hay espacio para menos, y al parecer cada humano será juzgado por los demás y por sí mismo según el nivel que alcance.

En eso se nos ha igualado socialmente a hombres y mujeres en el mundo moderno. Tenemos derechos iguales de ser parte de esa neurótica y voraz competencia sin fin y sin ganadores, en esa carrera constante a ningún lado, estamos subidos en la misma rueda de engranes, compitiendo, moviendo los engranes.

La competencia está en el lado masculino de la existencia; la colaboración, en el femenino. Cuando una mujer se empodera en la estructura jerárquica creada por el patriarcado, luchando contra hombres machos y patriarcas, con las reglas del mundo patriarcal, para ejercer el control y el poder de esa estructura patriarcal, no hay ninguna liberación de la mujer ni mucho menos un acto feminista. Lo femenino es aplastado por ese acto.

Si por feminismo o equidad de género o liberación femenina entendemos que las mujeres y los hombres compitan por igual para empoderarse de una estructura de dominio, no están proponiendo ninguna revolución, sino cayendo en el engaño de todas las revoluciones: un simple relevo en el mismo poder.

Hombres y mujeres no somos iguales. La terrible estructura patriarcal fue formada bajo el dominio de los hombres en los últimos doce mil años. Si el objetivo de la mujer es llegar hasta arriba de esa estructura para simplemente ejercer el poder como mujer, está siendo igual al hombre, en la parte más ruin del hombre, en la parte en la que el hombre debería de superarse a sí mismo y apelar a la colaboración y la compasión de su lado femenino.

Hombres y mujeres somos maravillosamente diferentes. Jugando el juego de la igualdad, confundiendo la libertad con libertinaje, y compitiendo por hacernos iguales en nuestros mutuos defectos y no en nuestras mutuas virtudes, nunca saldremos de la encrucijada de la incomprensión.

## UN VIAJE MÁS ALLÁ DE LOS MITOS

Viajemos a través de la ilusión hasta el inicio de los tiempos humanos, antes de la civilización y aún de la agricultura, a un pasado antes de la creación de los mitos, antes incluso que los dioses y la idea misma de Dios. Viajemos de hecho al momento preciso en que ocurrió el misterioso milagro de que comenzáramos a tener ideas.

Saltemos al momento en que nacieron, tomados de la mano, la palabra y el pensamiento. Ahí está el origen de todo lo que somos como especie. Somos lo que somos porque comenzamos a pensar, a interpretar y a simbolizar el mundo; a ser creativos, a inventar cosas, a descubrir ciclos, a contarnos historias. Es el momento en que nace lo que con el tiempo llamamos cultura.

Haremos un viaje al inicio de lo que somos, precisamente para intentar comprenderlo. El principal problema que hoy padecemos, tanto hombres como mujeres, es que no nos comprendemos a nosotros mismos como especie humana. No sabemos lo que somos ni lo que fuimos, menos aún podremos saber lo que seremos. No comprendemos lo más profundo de nuestra humanidad, con lo cual es literalmente imposible comprendernos por géneros.

El problema no radica en que los hombres no comprendan a las mujeres, y viceversa. El problema esencial es que no comprendemos nada. Nada del animal que fuimos y aún somos, nada del humano que vive en absurda lucha contra ese animal, y absolutamente nada de la divinidad intrínseca de nuestro ser, del dios que somos y estamos destinados a ser.

Los hombres no comprenden a los hombres, no saben nada de sí mismos, y las mujeres se enfrentan a la misma situación. No saben lo que son y se convierten en un enigma para sí mismas. Esto es así porque ambos géneros dejamos que siglos y milenios de historia hablen por nosotros. Sólo somos lo que socialmente se nos ha dicho que debemos ser.

Permitimos que nos definan tradiciones hoy vacías, tabúes milenarios, rituales, protocolos y mitologías, patrones de conducta; condicionamientos psicológicos, estereotipos descoloridos y estructuras desgastadas, imposiciones sociales y adoctrinamientos religiosos... dejamos que nos defina cualquier cosa excepto nosotros mismos.

Somos prisioneros del pasado, en una cadena de esclavitud cultural esbozada desde que esa especie que hoy somos, y de la cual desconocemos casi todo, comenzó su aventura por el mundo.

¿Qué nos hace humanos? Es lo primero que debemos saber y que ignoramos.

Damos por hecho todo y nos perdemos del maravilloso misterio de nuestra humanidad. Desde nuestra actual perspectiva pensamos que siempre hemos sido lo que somos. Asumimos, como absolutamente comunes, fenómenos tan maravillosos y complejos como hablar y pensar, como imaginar y narrar historias; producir arte y filosofía, crear mitologías y convertirlas en religiones. Crear ideas y someternos a ellas.

Por encima de cualquier otro elemento, lo que nos hace humanos es el pensamiento abstracto, esa enigmática capacidad de invención y de imaginar todo eso que no existe para darle vida al pensar en ello. Con su mente el ser humano crea, eso lo distingue de lo demás que existe. Inventamos y comunicamos lo que inventamos, contamos historias, otra forma de crear, y para hacerlo usamos la palabra, otra creación humana. Los humanos creamos, inventamos, narramos y hablamos. Eso nos hizo lo que somos.

Todo en la vida social humana es una ficción, una creación de nosotros mismos. Cada palabra de cada idioma, y por lo tanto cada pensamiento; cada concepto abstracto, cada sistema de pensamiento, cada forma de organización social, cada cuento, cada mito y cada fábula, cada idea de lo que son y deben ser mujeres y hombres. Toda ley y todo sistema legal, todo prejuicio, todo tabú y toda prohibición. Cada cosmovisión, cada sistema ético, cada mitología y todas las religiones. Todo es una creación humana derivada del gran misterio que nos hace lo que somos: el pensamiento.

¿Cuándo comenzamos a pensar? Pregunta de respuesta imposible, ya que depende de qué entendamos por pensar. La especie humana tiene un pasado de unos dos millones de años. Hemos detectado ancestros de hace unos seis millones de años, pero al parecer hace apenas unos dos millones de años que somos este simio erguido, este primate consciente, este *Homo habilis* que tiene la capacidad de diseñar herramientas para transformar el ambiente. Eso es ya una forma de pensamiento.

Pero hace apenas unos ciento cincuenta mil años tenemos plena certeza de que existe un humano idéntico al de hoy, al que arrogantemente llamamos en nuestros tiempos *Homo sapiens*. Si fuésemos tan sabios como presume nuestro nombre, definitivamente no tendríamos el mundo que tenemos y, en definitiva, no habría una guerra de los sexos.

Ese humano fue el que en aquel lejano ayer abandonó África, cuna de todos los humanos, y se propagó por el planeta a lo largo de unos mil siglos.

Todo esto ocurrió en el contexto de un mundo congelado. La especie humana se extendió por el globo a lo largo de la última glaciación, que se inició hace unos cien mil años y que terminó hace diez mil, para dar origen al actual periodo templado en el que nace la civilización. Ese *Homo sapiens* migró para sobrevivir, y probablemente lo hizo derivado mucho más del razonamiento que del instinto. Ahí está una forma de pensamiento.

Pero según se interpreta de pinturas rupestres, de herramientas complejas y de

evidencias de rituales funerarios, fue hace unos ochenta mil años cuando adquirimos la capacidad del pensamiento abstracto, precisamente ésa de creer en historias que no existen, en inventar; en ser conscientes del mundo y sorprendernos ante él, en ser conscientes de nosotros y comprender la muerte y la vida.

Es en esa revolución cognitiva cuando nos convertimos en lo que somos. Fue cuando nos preguntamos por el misterio de la existencia y generamos respuestas; buscamos el significado del mundo y se lo dimos. Fue cuando contamos las primeras historias y las transmitimos de generación en generación, historias fantasiosas que entrañaban significados profundos y míticos sobre el misterio de la existencia.

Nada nos hizo y nos hace tan humanos como la creación de mitologías. Es el origen de todas nuestras religiones, de nuestra forma de ver el mundo, de todos los arquetipos con los que piensa nuestra mente, de todos los estereotipos sociales y roles de comportamiento.

Fue hace unos catorce mil años cuando los hielos se retiraron a su actual posición, nuestro planeta comenzó a calentarse y eso permitió que, al paso de relativamente poco tiempo, los humanos desarrollaran la agricultura. Toda nuestra forma de vida se transformó para siempre y comenzó lo que hoy somos; todo nuestro sistema social jerárquico y de dominio, la estructura familiar, la idea de la ley, el Estado y la propiedad, las primeras ciudades, las primeras religiones, y lo más importante: la primera gran división obligatoria del trabajo entre hombres y mujeres. Construimos los roles de género.

Antes de eso éramos cazadores recolectores. Los humanos deambulábamos el mundo en gran medida detrás de nuestra comida, ocupando un escalafón bastante bajo en la cadena alimenticia. Cazábamos animales pequeños y recolectábamos frutos, semillas, bayas y granos que nos proveía la tierra en nuestro andar. Aquel ser humano sentía una profunda gratitud hacia la tierra, su primera protectora, su primera madre y, con el andar del tiempo, su primera diosa.

Vivíamos en grupos de no menos de cincuenta y no más de cien. Trabajábamos poco y nos preocupábamos menos. Vivíamos en la naturaleza en lugar de someterla, no necesitábamos jerarquías verticales de dominio ni organización del trabajo. No había familias y por lo tanto no había patriarcas. Todos nos necesitábamos por igual para sobrevivir y de eso procedía nuestra igualdad en todos los sentidos.

Había hombres pero no había estructura patriarcal; había mujeres pero no había matriarcado. Existía una simple división de roles: el hombre cazaba y la mujer recolectaba, aunque cada uno asumía la labor del otro de ser necesario. Los hijos eran de todos, todo era de todos, aunque todo era en realidad muy poco. Los nómadas no acumulan. Desde luego, los nómadas no tienen propiedad privada.

Nunca existió un matriarcado, no si se entiende como una época en que dominaran las mujeres y tuvieran el poder. En ese tiempo no existía el concepto del poder, y el dominio es una cualidad masculina de la que no había caído presa la mujer en aquellos ayeres. Existía, eso sí, el *matrilinaje*, es decir, que la pertenencia a un

linaje y una cadena de ancestros dependía de la madre.

Estamos en el mundo de la diosa. Antes de la civilización, que es patriarcal en su esencia, antes de las jerarquías, del poder y del dominio, antes de la agricultura y la acumulación, antes de la guerra eterna, pues no hay guerra sin propiedad privada. Cuando el hombre veneraba a la mujer por dar vida y determinó como femenina a la tierra, la gran dadora de vida.

Ahí, en el inicio de los tiempos humanos, junto con el despertar de la conciencia y el pensamiento, nació la diosa madre, la primera divinidad. El principio femenino es el verdadero principio, de donde todo surge, donde todo acontece, el espacio donde pueden ocurrir el tiempo y el espacio, es el universo siendo y conteniendo todo, el vientre donde nace la vida, la matriz universal donde todo ocurre, la madre tierra, la que a todos acoge, la que siempre da y siempre se entrega, es la tierra que da sus frutos, la que da vida en todos los sentidos.

El principio femenino es nacimiento, es el caos donde puede existir el cosmos. La diosa es siempre madre, es siempre virgen, es siempre fecundada por el sol, es siempre cortesana de los dioses, es la que siempre recupera su doncella, como la tierra a la que representa.

Es la que da la vida, la que la sustenta, y es la que finalmente termina con ella, la que recibe después de la vida para así morir y renacer. Es la muerte que es gloriosa, pues es sólo una transformación más en una existencia eterna. No hubo un tiempo en el que dominaran las mujeres, hubo un tiempo en el que dominó lo femenino. Lo femenino es el despertar, todo comienza siempre en el lado Yin de la existencia.

De la última glaciación emerge triunfante el *Homo sapiens* como la única especie humana sobreviviente, después de miles y miles de años de deambular en un mundo congelado. Antes de eso fue el mundo de la diosa. Que la diosa se transformara en dioses y los dioses en Dios fue un proceso absolutamente económico y político, que no hubiese ocurrido sin la agricultura y la civilización.

Durante esos cien mil años en que caminamos por un mundo muy diferente al actual, un planeta mucho más frío, congelado a la mitad, con escasez de tierras cálidas y fértiles, vivíamos de lo que la tierra nos ofrecía, y siempre ofrecía lo necesario. Por eso fue diosa y madre. También comenzamos a enterrar a los muertos, por eso la divinidad femenina era también muerte. Pero aquellos humanos veían que todo brotaba siempre de la tierra, por eso la diosa fue renacimiento y transformación.

A lo largo de esos cien mil años previos a la agricultura y los imperios, los humanos hacíamos estatuillas de arcilla que representaban mujeres de anchas caderas, símbolo de fertilidad y vida. Esas figuras, conocidas hoy como Venus paleolíticas, han sido halladas a lo largo de toda la gran masa euroasiática, desde China hasta Europa occidental, y cuentan efectivamente con decenas de miles de años de antigüedad.

En un planeta donde todo es cíclico, como todo en una existencia eterna en permanente transformación, los hielos se retiraron a los polos, los ríos comenzaron a

fluir y a formar fértiles valles de tierras cálidas que ahora recibían el líquido vital. Todo eso permitió que los seres humanos descubrieran y desarrollaran la agricultura. Hace unos doce mil años comenzaron a existir aldeas agrícolas en torno a dichos valles. Todo cambió para siempre.

Ese acontecimiento es conocido como la revolución agrícola, y revolucionó por completo la vida humana. Todo lo que hoy somos como sociedad se deriva de aquel lejano episodio de nuestra historia. De ser nómadas y vivir en la naturaleza, pasamos a ser sedentarios y vivir de explotar la naturaleza, pasamos de ser cazadores y recolectores a agricultores, de la igualdad a las jerarquías, de la colaboración a la competencia y la guerra.

Ahí está el origen de la familia y la propiedad privada, el germen del Estado y, desde luego, el origen del llamado patriarcado: la organización de toda la sociedad en una estructura vertical y autoritaria de dominio, a la que tristemente nos hemos acostumbrado tanto que hoy vemos como normal, más allá, no concebimos que se pueda vivir de otra forma. Tampoco las mujeres, que al final compiten por los niveles de poder de esa estructura patriarcal.

Ese nuevo mundo fue el mundo de los dioses. En sociedades de orden jerárquico encabezado por hombres, las mitologías se transformaron lentamente hasta que los panteones quedaron encabezados por dioses masculinos, y las diosas, únicamente consortes, siguieron relacionadas con tierra, amor, muerte y fertilidad... valores secundarios en sociedades que exaltan el poder, el dominio y la guerra.

Las diosas sobrevivieron en otros papeles, algunas se convirtieron en demonios y, con el paso de la agricultura simple a los estados agrícolas y a los primeros imperios, lentamente se empoderaron los dioses solares, siempre masculinos, siempre poderosos, siempre viriles, siempre fecundado a la tierra, a la diosa... pero ya no en el equilibrio armonioso perfecto.

Todo pueblo nómada depende de lo que le ofrece la tierra, ése fue el poder de la diosa. Pero en organizaciones agrícolas todo cambia. Se sigue dependiendo de la tierra, desde luego, pero ahora se comprenden los ciclos de los que depende la agricultura, que es la fuente de toda subsistencia y de todo poder.

Ciclos solares que hoy conocemos como estaciones. Ahora se sabe que la tierra, femenina, depende de la fuerza que le inyecta el sol, masculino. Todos los pueblos antiguos veneraron a la tierra que les daba sus frutos y la vida, pero también al sol, que al fecundar la tierra hacía todo eso posible.

Siempre el sol emergía de la tierra, siempre llegaba al cenit, siempre comenzaba su descenso a la oscuridad del inframundo a combatir a la oscuridad, y siempre renacía triunfante. Cada día y cada año, el sol y la tierra vivían su romance, su milagroso eclipse de vida.

La tierra no puede dar si no recibe. La tierra, siempre pasiva y receptiva, siempre materna, recibe la fuerza masculina del sol. El sol se entrega a través de la tierra, la tierra entrega gracias al sol. La tierra sin sol es estéril y el sol sin tierra es fuerza

inútil.

Todo esto comenzó a ser representado en forma de relatos fantasiosos y sobrenaturales que hoy conocemos como mitologías, la fuente de la más profunda sabiduría humana. Pero como no comprendemos lo que somos, ni qué nos hizo humanos, hemos tomado el conocimiento sagrado de los mitos y nos hemos quedado con lo más superficial, con el relato literal, la fantasía, en lugar de comprender que nosotros, los humanos, lo simbolizamos todo, y que detrás del símbolo está la sabiduría más sagrada de nuestra humanidad, nuestro origen y nuestro camino de vuelta a casa.

Entonces, comenzamos a pensar de manera simbólica hace unos ochenta mil años, lentamente creamos el producto más importante de nuestro pensamiento simbólico: el lenguaje. A partir de ahí concebimos y contamos historias que entrañaban un conocimiento profundo sobre nuestro origen y destino, el misterioso milagro de nuestra conciencia, nuestra razón de ser y el significado de la vida, de la naturaleza y nuestra profunda relación con ella.

Vivíamos de lo que nos daba la tierra, a la que convertimos en diosa, y comenzamos a crear y transmitir historias al respecto. La tradición oral hizo sobrevivir las historias mitológicas por decenas de miles de años; evidentemente estas narraciones se transformaban con el andar del tiempo, pero no importaba, pues lo relevante no era la historia literal, sino su contenido simbólico. Hablamos de las historias de la diosa, y en general de las atribuciones divinas y sobrenaturales a la naturaleza.

Hace unos doce mil años comenzamos a agruparnos en aldeas agrícolas en torno al delta del Nilo, del Tigris y el Éufrates, del Indo y del Yangtsé. Así, viviendo juntos, la transmisión de las mitologías se hizo más fácil y más común, pero siguieron dependiendo de la transmisión oral hasta el desarrollo de la escritura, que nació alrededor del año 3500 a.C.

Conforme se consolidó la escritura, se escribieron los relatos mitológicos y los humanos nos confundimos en cuanto a ellos. Al quedar escrita, la sabiduría de las mitologías comenzó a morir, pues de pronto era más importante la fidelidad al relato que su profundo significado simbólico.

Todas las escrituras sagradas y místicas de la humanidad están narradas en forma de cuentos, poesía, parábolas, esto es así porque es la única forma de intentar decir con palabras algo cuya comprensión va mucho más allá de la razón y por lo tanto de las palabras.

Todas las culturas contaron mitos similares, en realidad contaron lo mismo, pero de formas absolutamente diversas a causa de la infinitud de la creatividad humana.

Todos los grupos de seres humanos trataron de explicarse el mundo y su razón de ser, su origen o su eternidad, el papel de la especie humana en esta inconmensurable existencia, la fuerza y voluntad que subyace a todo lo que existe y, desde luego, la maravillosa dualidad del universo, representada, como de ninguna otra forma, por la

mujer y el hombre. Todos hicieron mitos al respecto, todos eran sobre el equilibrio de las fuerzas del cosmos, y conforme se desarrolló la estructura patriarcal, todos se prostituyeron.

¿Qué es y cómo nace esa estructura patriarcal? Nace de una forma muy simple ante el intento humano de administrar la agricultura.

Imaginemos la vida del cazador recolector. Vive al día, aunque vive sin miedo, no acumula porque es nómada y porque la experiencia le dice que el día siguiente volverá a encontrar lo necesario. La subsistencia del grupo depende del trabajo coordinado y colaborativo de todos, no es necesaria una organización compleja y, derivado de su estilo de vida, esos grupos humanos no tienden a crecer demasiado.

Ahora dimensionemos la revolución que es la agricultura, la capacidad humana de obligar a la tierra a dar ciertos cultivos. De pronto la posibilidad de sembrar permite, por primera vez, guardar para el futuro, aparecen los excedentes en la historia de la humanidad, y con ellos el comercio. Pero también aparece la necesidad de permanecer en un solo territorio, y de cuidarlo y protegerlo, por lo que de pronto nace la casta de los guerreros.

El mismo territorio que alimenta a cien cazadores recolectores puede alimentar a cinco mil agricultores. Las poblaciones crecen, los miembros de una comunidad dejan de conocerse. Muchos se dedican directamente al cultivo, otros a proteger las tierras; los humanos se establecen y construyen cosas y casas permanentes; ahora hay que defender esas cosas y casas. Nace el apego y el miedo a perder.

Los excedentes se comercian, con lo que nacen los comerciantes y, con ellos, los intermediarios. El sedentarismo permite también la ganadería en vez del pastoreo y comienza la domesticación de animales; se suma entonces esa actividad económica, y como de un animal se puede aprovechar todo, nacen también los peleteros, y así surge la artesanía. Ahora hay más artículos que comerciar y esa actividad se hace más compleja.

Ya tenemos agricultores, ganaderos, artesanos, comerciantes, intermediarios, guerreros, constructores. Al existir guerreros hay armeros, y se descubre cómo manejar los metales; nacen los herreros y ellos elaboran mejores armas y herramientas en general, principalmente para el cultivo, lo cual requiere también de carpinteros. El metal que usan los herreros hay que sacarlo de la tierra, es necesario contar con trabajadores que se dediquen a dicha labor.

La sociedad es cada vez más compleja, la agricultura simple, de temporal, no es suficiente. Se construyen canales de riego y pozos, nacen los ingenieros. Es necesario guardar los granos excedentes en inmensas trojes, hacen falta constructores, y como para construir hace falta piedra, nacen los canteros y picapedreros. Toda esta complejidad emergida de la agricultura hace necesario que alguien organice a toda la nascente sociedad. Nace la clase gobernante.

Ahora alguien gobierna, alguien manda y ejerce el poder, alguien administra la riqueza producida por todos y almacena los granos, alguien comanda a los guerreros

y, definitivamente, alguien cobra impuestos, pues es menester sostener a cada vez más personas que no se dedican directamente a actividades productivas; esto es, los gobernantes, administradores, burócratas y guerreros. Unos comienzan a vivir del trabajo de otros.

Y claro, que el poder lo ejerzan unos y no otros requiere explicaciones, discursos que legitimen el poder del que lo tiene. Nacen los sacerdotes que, basados en las mitologías, ponen los mitos al servicio del poder. Unos gobiernan a otros porque son hijos de los dioses, representantes de los dioses, o los dioses mismos encarnados.

A esta sociedad hay que organizarla, así es que, con base en la recién inventada escritura, se elaboran leyes, que básicamente explican por qué unos mandan y otros obedecen, y establecen castigos para los que no se someten. Junto con las leyes nacen evidentemente los jurisconsultos, hoy llamados abogados.

Pero con la escritura también se desarrollan los números, ahora calculamos mejores cifras, cobramos impuestos; ahora tenemos leyes y leyendas que los justifican. Nacen los contadores y los escribanos.

Toda la sociedad depende de la agricultura, del cultivo y la cosecha, pero cada vez es menor la proporción de la población que se dedica a eso, por lo que es fundamental despojar a los campesinos de su producto, siempre con una justificación jurídica y religiosa. Nacen así las ciudades, los reinos y los imperios, y desde luego, los impuestos.

Todo eso es la estructura patriarcal, la idea de un gran padre que los protege a todos, aunque para ello deba ejercer la violencia; es por el bien de todos. Esto me duele más a mí que a ti, asumen hasta el día de hoy los padres antes de ejecutar el castigo. Pocos mandan y muchos obedecen, se trata de convencerlos de que es por su bien, pero al que no se deje someter se le castiga.

Eso es patriarcado. Se plantea que, sin el orden del patriarca, sea el jefe de familia, el líder del clan o el faraón, todo retornaría al caos. Se habla del pasado cazador recolector como la época oscura de dicho caos, derrotado por la civilización encarnada en el patriarca que trae el orden.

Se construyen mitologías que explican precisamente el paso del caos al orden, se venera el orden, se mantiene el miedo a volver al caos en caso de desobediencia, y se establecen rituales cíclicos que le recuerdan al colectivo la importancia del orden que encarna el patriarca.

Nada de lo anterior se puede lograr sin la violencia. Así pues, el patriarcado es una estructura vertical de la sociedad, llena de jerarquías, niveles sociales, roles de comportamiento incuestionables, propiedad privada de pocos y miseria de muchos, leyes a favor de los de arriba por más que se argumente que son para los de abajo, premio y castigo según se cumplan o no los requerimientos sociales.

Como toda la estructura depende de la violencia, se normaliza la violencia, se vuelve heroica y romántica en las narraciones mitológicas, se exalta la guerra por sacerdotes y gobernantes, se enaltece la muerte en combate, se minimiza al individuo

para glorificar el valor del colectivo.

Y como ningún poder imperial podría imponerse de manera directa sobre todo un colectivo, se va construyendo lentamente la estructura familiar, donde el jefe de familia es el pequeño emperador y su familia su imperio; sus hijos, mujeres y parientes son sus súbditos, y su palabra es ley. Se aprende ahí la jerarquía, el sometimiento y las leyendas que justifican el poder, la guerra y la violencia.

Evidentemente esta sociedad compleja exigía una división de roles cada vez más marcada, pero no sólo entre hombres y mujeres. Para el súbdito común, el campesino y el artesano, no hay libertad alguna de elección, y son sometidos por igual, sean hombres o mujeres. En la cúpula podía haber de hecho hombres o mujeres y sometían por igual.

Ninguna mujer en Egipto comenzó a vivir mejor y a superar al hombre cuando gobernó Cleopatra o Hatshepsut. Ninguna inglesa mejoró su condición como mujer bajo el reinado de Elizabeth o Victoria, así como ninguna rusa lo hizo bajo el mandato de Catalina la Grande o cualquier otra de las zarinas.

Ninguna austriaca se liberó bajo el reinado de María Teresa, no mejoraron las condiciones de la mujer castellana bajo el mandato de Isabel la Católica, o de la mujer francesa bajo el yugo de Catalina de Médici. Ninguna mujer de la india salió de su opresión con Indira Gandhi o en Pakistán con Benazir Bhutto, así como ninguna argentina se ha liberado del yugo patriarcal bajo el gobierno de Cristina Fernández. Todas ellas, mujeres empoderadas en una estructura patriarcal.

Es así como Estado, dioses y familia nacen juntos, en una absoluta interdependencia. Así nació, unos tres mil quinientos años antes de nuestra era, la llamada civilización. Desde entonces hasta hoy se ha hecho cada vez más compleja, pero su estructura básica no ha cambiado en milenios.

Cambió mucho, eso sí, el imaginario de lo divino. Con el paso de cazadores recolectores a agricultores, de nómadas a sedentarios, de sociedades horizontales a verticales, la diosa se transformó en dioses y finalmente los dioses en Dios, fundamento ideológico y mitológico de todo patriarcado.

## LA HISTORIA DE LA DIOSA

La religión como hoy la conocemos, como veneración a Dios o a varios dioses, con escrituras sagradas, dogmas y rituales, es como todo, una construcción cultural, otra de tantas cosas que es capaz de crear la ilimitada creatividad de la mente humana. Ésa es nuestra imagen y semejanza con Dios: la capacidad de crear.

Desde que existe la civilización existe la ilusión del poder y la obsesión de dominio. Desde entonces todas las estructuras culturalmente construidas por el ser humano han servido de una u otra forma para afianzar el poder, para legitimar la fuerza y la guerra, para moldear el comportamiento social. La religión es una estructura, y como tal se aprende en sociedad.

Sin embargo, hay una religión natural, ya que la idea misma de divinidad, de veneración, de fuerzas más allá del mundo material, tienen su origen decenas de miles de años antes del nacimiento de la civilización. Los cultos organizados son producto social y están al servicio del poder, pero mucho antes de eso, los humanos sentían respeto, amor y veneración por la tierra, el principio femenino, la diosa.

Hemos viajado ya unos ochenta mil años en el pasado, a los tiempos en que nuestra especie comenzó a desarrollar, por razones absolutamente desconocidas, el pensamiento abstracto y simbólico. A partir de ese momento, todo en la vida humana es un acto de simbolismo, y eso comienza precisamente por las mitologías y los relatos acerca de lo divino.

Con la revolución agrícola llegó la era de los dioses, antes de eso el mundo era el dominio de la diosa. Mucho antes de la civilización y la agricultura, pero ya con pensamiento abstracto y simbólico, con plena conciencia de existir, y por lo tanto de la muerte, el ser humano sentía asombro ante poderes y fuerzas evidentemente superiores a él.

El mundo existía, eso estaba claro. Aquellos humanos no se preguntaban por el origen, sino que se limitaban al asombro de lo existente, una vida en eterna transformación, el misterioso fenómeno de la muerte, pero la evidente gloria del renacimiento. No hacían falta dogmas ni doctrinas para saber que la vida es eterna. Todo brotaba de la tierra, todo existía por un tiempo, al final la vida terminaba momentáneamente para volver a la tierra y así finalmente renacer.

La tierra era madre, protectora, dadora de vida y fertilidad, refugio temporal tras la ilusión de la muerte y fuente de renacimiento. Si la tierra daba vida a los humanos tenía sentido que lo femenino diera vida al universo. Mucho antes de la civilización eso era la religión. Ella era la diosa. La eterna madre tierra. No necesitaba templos,

dogmas, sacerdotes o escrituras.

Cuando el mundo vivía la última era de hielo, los diversos grupos humanos a lo largo del planeta tuvieron siempre alguna forma simbólica de reconocer este principio, de venerar a la tierra como madre y como diosa. Finalmente, todos los pueblos humanos, por distintos y distantes que estuvieran, vivían de la tierra.

El planeta se descongeló y con el tiempo los humanos desarrollaron la agricultura; para entonces los acompañaban decenas de milenios de tradición oral sobre la divinidad femenina, parte fundamental del inconsciente colectivo. La revolución agrícola, al hacer más compleja la vida humana, hizo también más complejo el concepto de lo divino y, sin perder a la diosa, lentamente nacieron los dioses.

Un nómada recolector y cazador venera a la tierra como su única fuente de vida; un hombre sedentario y agrícola venera también a la lluvia y al sol, elementos indispensables, junto con la tierra, para mantener la vida. Tierra y sol fueron probablemente la primera dualidad divina y las leyendas de la tierra, eternamente virgen, eternamente fertilizada por el sol y eternamente madre, se filtraron en todas las nuevas mitologías de la civilización agrícola.

A lo largo de toda la redondez del planeta, los humanos, que al principio vivían de lo que daba la tierra, la veneraron de formas diversas. Con el tiempo todos desarrollaron la agricultura, siempre dependiente de la lluvia y el sol, y todos incluyeron estos nuevos elementos al panteón divino. La dualidad de lo femenino como principio, y lo masculino como fuerza vital, vivieron en equilibrio desde el origen de la agricultura hasta el nacimiento de la civilización.

La tierra y el sol viven un eterno romance, la danza perpetua del Yin y el Yang, de lo femenino y lo masculino. La tierra otorga la vida y sustento a los humanos, pero para ello necesita la energía con que la alimenta el sol.

Cada día el sol emerge de las entrañas de la tierra, nace de ella como todo y como todos. Todo nace de lo femenino. Cada día el sol alimenta la tierra mientras lleva a cabo su sempiterno viaje por la bóveda celeste. Llega al cenit y comparte todo su ser para comenzar lentamente su descenso.

Ocaso, el sol vuelve hacia la tierra de la que nace y penetra de nuevo en sus entrañas para luchar contra las tinieblas y renacer triunfante cada día. Morir y renacer es lo que hace el sol, es lo que hace lo masculino, y lo hace gracias a la tierra, gracias a lo femenino.

Yin y Yang se oponen, se complementan, se fusionan y cada uno contiene al otro. Así ocurre con toda la danza de la existencia. Cada hombre tiene dentro de sí la fuerza femenina que lo ayuda a morir y renacer, cada mujer lleva dentro de sí la fuerza masculina que fomenta la creación.

Pero comprender la agricultura y vivir de ella, entender cómo obtener los frutos de la tierra de manera constante, requiere de conocer el ciclo completo de sol, eso que hoy llamamos año. El ciclo agrícola fue, como todo en la vida humana, simbolizado a través de relatos divinos y mitológicos.

La diosa que siempre es virgen, el dios que siempre nace y la fertiliza, la diosa que siempre queda preñada y entrega sus frutos, el dios que siempre descansa, la tierra que siempre recupera su virginidad. El eterno romance entre la tierra y el sol. Hoy les llamamos estaciones.

Al principio todo es frío, todo parece muerte y desolación, aunque en realidad hay esperanza pues siempre ha habido renacimiento. La tierra es virgen y no ofrece frutos. Es invierno, el sol ha nacido triunfante en el solsticio, pero aún es débil.

Los días suceden a las noches y el sol lentamente va tomando fuerza, las noches son todavía más largas que los días, pero cada vez menos. Finalmente, el día y la noche tienen la misma duración. Equinoccio, comienza la primavera, la temporada de la vida. El sol comienza a verter su fuerza vital sobre la tierra, comienza a calentarla y fertilizarla, a prepararla para poder dar vida. La tierra pierde su virginidad.

Ahora cada día es un poco más largo que la noche, el sol avanza triunfante a lo largo del año sin dejar de fertilizar la tierra. De que la diosa pierda su virginidad depende toda la vida. La tierra está lista y los humanos siembran. Agradecen al dios y piden a la diosa. Las plegarias siempre son respondidas.

El sol llega a toda su gloria. Solsticio, el día más largo, los humanos celebran. La diosa fertilizada comenzará a dar sus frutos, mientras que el sol, cansado, comienza a disminuir su fuerza, los días son aún más largos que las noches, pero cada vez son más cortos. Los humanos comienzan a levantar la cosecha y agradecen. La noche va ganando terreno hasta que finalmente dura lo mismo que el día. Equinoccio de otoño.

El otoño simboliza que se acerca el momento del año dominado por el frío, la oscuridad y las tinieblas. Es momento de recoger todos los frutos otorgados por las divinidades. Hay que levantar la cosecha, agradecer, festejar y comenzar a prepararse para guardarse en las cabañas mientras el frío domina el mundo.

Es otoño, la época de la transformación. Todo lo que estaba vivo comienza a marchitarse para finalmente morir, pero un morir temporal que siempre se convierte en renacer. La llegada del otoño simboliza la llegada de la era dominada por lo femenino; la transformación, la creación perpetua.

La noche es más larga que el día y es cada vez más larga. Tras agradecer la cosecha y celebrarla, los humanos comienzan a guardar sus granos para finalmente guardarse a ellos mismos. Se acerca la muerte total, una muerte renovadora, la noche del año avanza, lo femenino domina.

Finalmente llega la noche más larga del año. Solsticio de invierno. Todos están expectantes. Como cada día el sol penetra en las entrañas de la tierra para renacer el día siguiente, pero ahora tarda más en surgir de nuevo del inframundo. Incertidumbre.

Pero finalmente el dios sol vuelve a nacer. El sol triunfante comienza nuevamente su ciclo. Es la noche del año. Todo duerme para despertar, como siempre. Todo muere para renacer. La tierra se enfría y queda incapacitada para dar fruto alguno, la diosa recupera su virginidad en espera de que el sol vuelva a arrebatársela, y en esta eterna danza sexual dan vida a toda la existencia.

Los primeros imperios y estados de la historia humana nacieron en el tercer milenio antes de nuestra era, en Egipto, Mesopotamia, el Indostán y China. Todos comenzaron su vida más o menos de la misma forma, pequeñas aldeas agrícolas cercanas a los ríos, unas se hacen más prósperas que otras, algunas crecen, hay sequías y cosechas, los cultivos se pierden y las aldeas pelean entre sí.

Unas conquistan a otras, algunos caudillos poderosos someten a otros y de pronto un solo individuo controla varias aldeas. Algunas crecen y devienen en ciudades que también se pelean y se conquistan; así nacen los reinos y, continuando el mismo proceso, los imperios.

Pero invariablemente todos tuvieron su origen en pequeñas aldeas agrícolas que surgieron a lo largo de algunos miles de años después de la última glaciación, pequeñas aldeas que mantenían las antiguas costumbres de sociedades sin muchas jerarquías, una muy leve división de roles de género y, sobre todo, comunidades que habían heredado el culto a la diosa madre, tierra y virgen que se venían contando los humanos desde tiempos ancestrales.

Estas pequeñas organizaciones transitaron lentamente hacia la llamada civilización, y mientras sociedades más complejas introducían nuevos dioses, el culto a la diosa permanecía al tiempo que se iba fusionando con los nuevos conceptos de divinidades. Con el paso de siglos y milenios, con el apoyo de la tradición oral legendaria, más el impulso de la escritura, la diosa alumbró a los dioses, en muchos casos precisamente como madre de todos ellos.

Pero conforme más compleja se hacía la organización social, más crecían las ciudades, más pobladores había y más guerras se desataban, más se hacía evidente el dominio de la fuerza y la violencia, así como la necesidad de los guerreros. De pronto parecía que el hombre y lo masculino eran más importantes para la supervivencia de la comunidad.

En el terreno de lo mitológico y religioso esto significó que la diosa, las diosas, perdieran importancia, mientras dioses solares y de guerra iban ocupando el lugar preponderante. De pronto la guerra, el sometimiento y la conquista, eran más importantes que la agricultura misma. Diosas agrícolas menos importantes cedieron su lugar a dioses más poderosos y bélicos. Comenzó el mundo de los dioses, con lo masculino al mando.

Las sociedades agrícolas complejas necesitaban cada vez más jerarquía, lo cual se vio reflejado en las historias divinas. Diversas generaciones de dioses luchando hasta establecer una clara jerarquía entre ellos. La organización social en la tierra era un reflejo de la organización de los cielos. Ese discurso legitimó la desigualdad desde las primeras religiones humanas hasta los grandes monoteísmos de hoy.

La religión, los dioses y la mitología pasó a ser algo controlado por los gobiernos, y las principales teogonías comenzaron a contar historias de cómo las fuerzas del orden derrotaban el caos. La agricultura requiere de un esfuerzo colectivo, todo logro social requiere un esfuerzo colectivo y, en ese tenor, era fundamental venerar el orden

por encima de todas las cosas. La gente del campo veneraba la naturaleza, la gente de las ciudades veneraba el orden sedentario que triunfaba sobre el caos nómada.

Las diosas pasaron a ser consortes, responsables de las artes, del amor, de la agricultura y la tierra, pero el dominio de lo masculino, impuesto por los humanos, llegó a la estela celeste.

Sin embargo, el inconsciente colectivo de los pueblos, formado por milenios de mitologías orales, de relatos contados por generaciones, aunado al hecho de que la tierra seguía siendo fuente de vida de todo y de todos, hizo que la diosa, por más que se sincretizara, nunca fuera desplazada.

Todas las primeras civilizaciones de la historia mantienen el culto a una diosa madre y virgen, de la tierra, del amor, de la prosperidad, de la muerte y de la transformación. Isis entre los egipcios, Ishtar entre los acadios, Inanna en Sumeria, Gea entre los griegos, Durga en el Indostán, o incluso las diversas formas de Tonantzin, diosa madre entre los pueblos nahuas; sea como la propia Tonantzin y su sincretismo en Guadalupe, Coatlicue o Coyolxauhqui.

En todo el mundo antiguo que gira en torno al Medio Oriente, esto es, Egipto, Mesopotamia, Arabia, griegos, persas y más adelante romanos, se fusionó el culto a Isis, Ishtar, Astarté o Inanna; diosa madre, diosa del amor y diosa de la muerte y la transformación, es decir, de la resurrección.

La egipcia Isis fue probablemente el origen de este culto sincrético a la diosa; la gran hechicera, gran diosa madre, reina y madre de los dioses, diosa de la maternidad, fertilidad y nacimiento, fuerza fecundadora de la naturaleza, Señora del cielo, la tierra y el inframundo, la divinidad única, la más grande entre los dioses y diosas.

Pero la civilización patriarcal siguió su curso, la guerra y la violencia fue la constante en el ir y venir de pueblos e imperios, la violencia se convirtió en el pilar de la civilización, y en ese mundo apuntalado por la fuerza bruta, el hombre ocupó definitivamente el mando. Siempre llegó a haber mujeres en el poder, pero al mando de estructuras que debían de mantener, lo cual lograron exacerbando sus propias características masculinas.

Pueblos, ciudades, reinos e imperios siguieron sucediéndose unos a otros desde el inicio de la civilización hasta aproximadamente el año 1200 antes de nuestra era, tiempos en los que, por razones aún no comprendidas del todo, probablemente un cambio climático, hubo un gran colapso de civilizaciones, una era caótica que se prolongó por unos cinco siglos.

Por razones igualmente poco esclarecidas, fue entre los años 800 y 300 antes de nuestra era cuando la humanidad vio un renacer de las civilizaciones. Pero a partir de ese momento los politeísmos masculino-femenino se transformaron en politeísmos férreamente patriarcales, con diosas en lugares secundarios y dioses solares a la cabeza.

Poco a poco los dioses solares dieron lugar a los monoteísmos masculinos, donde lo divino femenino desaparece o adquiere posiciones absolutamente secundarias. La

diosa se transformó en dioses y los dioses cedieron su lugar ante Dios; en ese proceso, el lado Yin de la existencia fue paulatinamente aniquilado y la existencia quedó en un absoluto desequilibrio del que no se ha recuperado.

## EL CAOS Y EL ORDEN

**E**l caos siempre amenaza con volver. Todo surge siempre del caos, un principio absolutamente femenino. Caos es el océano primigenio de todas las posibilidades; es decir, ese estado antes de que todo ocurra, en el que existen todos los posibles. La potencia absoluta de todo. Ese espacio vacío necesario para la existencia, la matriz divina.

Lo femenino es el espacio para que las cosas ocurran, lo masculino es las cosas ocurriendo; femenina es la potencia y masculino el acto, la energía y la materia, el caos originario y el cosmos, que es el orden del caos. El caos siempre amenaza con volver porque siempre está latente, pues la existencia es creación y creatividad pura, y todo universo surge de un caos.

Para el humano civilizado, agrícola y sedentario, ese estado es el orden, un estado superior al caos anterior, cuando eran nómadas y cazadores recolectores. La civilización no se origina en un momento de la historia y simplemente se deja que siga existiendo, pues las fuerzas del caos terminarían por devorarla. La civilización es un esfuerzo constante, un eterno mantener el orden, lo cual, en la visión patriarcal, incluye necesariamente el poder y la jerarquía.

Ese poder debe manifestarse constantemente por parte de quien lo ostenta, y esa jerarquía la deben recordar todos los demás. Toda mitología sagrada incluye rituales cíclicos que le recuerdan al hombre el precio de la civilización, y el precio aún más grande de no tenerla. Mitos y ritos que programan en el ser humano la necesidad de la estructura patriarcal.

En el mundo de la diosa no había civilización como hoy se concibe, es la famosa noche de los tiempos. No había grandes familias divinas ni furia de titanes, no había jerarquías. Pero desde el nacimiento de los primeros Estados e imperios agrícolas, alrededor del año 3500 antes de nuestra era, donde el poder siempre se legitima en lo religioso, surgen los grandes relatos divinos o teogonías: las historias de los dioses que vencen el caos y regalan a los humanos el don de la civilización.

Desde aquellos lejanos tiempos se desarrollaron imperios como el egipcio, el acadio, el sumerio, el hitita, el hicso, el parto, el babilónico, nombres que poco nos dicen hoy. Todos ellos desarrollaron relatos creacionistas, origen del mundo y del orden, batallas de los dioses, y todos ellos conservaron siempre, de alguna forma, el culto a la gran madre, a la diosa.

Como la mente humana construye sobre lo construido, y todas las culturas influyen en otras, aquellos relatos mitológicos sobrevivieron por milenios, adaptados

y sincretizados, hasta colarse en las escrituras monoteístas de judaísmo, cristianismo e islam, religiones que nacieron mucho después, pero adaptando los mismos mitos.

Nada es para siempre y la primera generación de imperios cayó. Aquel orden volvió al caos originario. Los antiguos imperios se desarrollaron a lo largo de poco más de dos milenios hasta llegar a una misteriosa frontera de la historia. Alrededor de los años 1200 a 1100 antes de nuestra era, prácticamente todos los antiguos imperios comenzaron a desmoronarse. El caos emergió para devorar al cosmos.

El hombre agrícola y sedentario era, en muchos aspectos, más vulnerable que el nómada cazador recolector. La agricultura aseguró el alimento, en teoría, pero también hizo que imperios completos dependieran del monocultivo y del éxito anual de la cosecha, lo cual los hacía excesivamente frágiles. Cualquier variación en el clima, una helada o una sequía, podía terminar con todo el orden. Y así fue.

Alrededor del año 1200 antes de nuestra era comenzaron a suscitarse una serie de cambios climáticos que acabaron con lo que entonces era la civilización. Sequías, heladas e inundaciones destruyeron el equilibrio agrícola. Pueblos enteros padecieron hambrunas, y tres días de hambre colapsan cualquier civilización. La guerra se apoderó de aquel primer mundo civilizado.

Reinos y ciudades enteros fueron abandonados, otros más fueron saqueados por hordas salvajes, pueblos completos migraron en busca de subsistencia, lo cual necesariamente significó guerra. El cosmos cedió su terreno ante al caos, hubo destrucción y, como siempre, un renacer. Del caos siempre emerge de nuevo el cosmos.

En el Mediterráneo hacen su aparición los pueblos del mar, hoy conocidos como griegos, que saquearon y destruyeron Creta, el imperio hitita, la civilización mesopotámica y mantuvieron a Egipto en un siglo de guerra. Es la misma época en que aparecen los hebreos, desde algún lugar impreciso de Arabia, e invaden Canaán y el Fértil Creciente; más al oriente los arios invaden el Indostán y en el extremo del Pacífico, el pueblo zhou destruyó a la dinastía Shang reinante en China. Fue todo un reacomodo de la civilización y de los pueblos.

Entre los años 1200 y 800 antes de nuestra era, el caos se apoderó del mundo nuevamente. Cinco siglos de reacomodo y guerras acabaron con el orden existente, pero como tras todo fin del mundo, el mundo resurgió sobre las cenizas del anterior. Una nueva era generó un nuevo tipo de imperios que requerían nuevos mitos, que fueron tomados y adaptados de los mitos anteriores. Se iba imponiendo lo masculino en la mitología y la religión, con lo femenino siempre oculto entre líneas.

De los años 800 a 300 el pensamiento humano floreció en toda la franja que va de China a Grecia, y en ese breve lapso histórico la humanidad conoció a Lao Tse y Confucio, al Buda, a Zoroastro, a los profetas hebreros, a Heráclito, Demócrito y Platón. Nuevos pensadores y nuevos pensamientos dieron nueva vida a la civilización.

Es en aquel ayer de la historia cuando nacen las civilizaciones que nos influyen

hasta hoy. Se unifica China bajo la dinastía Qin, comienza la expansión del budismo por Asia, nace el Imperio persa y el hinduismo como hoy lo conocemos, surge el reino de Israel, comienza la época de oro de los griegos y ocurre la mítica fundación de Roma. Todo lo que hoy somos, hacemos, creemos y pensamos está emparentado con aquellas culturas.

Pero la mente humana no olvida nada, ni individual ni colectivamente. La diosa seguía presente en el inconsciente colectivo y logró filtrarse entre las nuevas ideas religiosas. Lo divino femenino se difuminaba ante la fuerza Yang, pero se mantenía siempre ahí, sutil como es lo femenino.

Los nuevos politeísmos, los de tipo olímpico, eran familias de dioses, prácticamente todos hermanos y parejas, como entre las familias gobernantes, donde un gran hombre poderoso estaba al mando de todo, con hermanos hombres un poco menos poderosos, dirigiendo fuerzas sobrenaturales, con otros hombres menos poderosos encabezando elementos menos importantes, y con hijos hombres compartiendo el poder. Casi todos estaban casados y sus mujeres, las diosas, tenían a su cargo labores más delicadas y menos valoradas.

Los relatos de lo divino, como siempre, terminan siendo una calca simbólica de la organización social. En civilizaciones donde los hombres han tomado de manera exclusiva el poder, las atribuciones y cualidades femeninas de la existencia comienzan a ser menos valoradas y colocadas como inferiores en relación con las atribuciones y cualidades masculinas. Es decir, es en ese momento cuando los patriarcados se hacen además machistas.

La pregunta vital aquí, desde luego, es cómo o por qué los hombres se hicieron del poder. ¿Por qué con el tiempo la mujer, tan valorada en el pasado, perdió importancia?

Es simple, antes de la agricultura el poder no era necesario, aquellos recolectores eran iguales y desarrollaron una religión natural, asombro y veneración por la naturaleza, principalmente a la tierra, a la diosa. Hombres y mujeres cazan, recolectan y pastorean por igual, compartían los hijos en comunidad y la propiedad privada no existía.

Con el nacimiento de la agricultura nació el poder y la religión organizada, la jerarquía vertical, el liderazgo de pocos sobre muchos, es decir, el patriarcado.

Con el paso de milenios, las aldeas agrícolas se van convirtiendo en pueblos y algunos de ellos en ciudades; la sociedad se hizo más y más compleja, además de agricultores ahora hay artesanos, constructores, comerciantes y, evidentemente, sacerdotes y gobernantes. Es decir que el producto agrícola debe de alcanzar cada vez para más personas que no se dedican a la agricultura. Las civilizaciones comienzan a acumular y comienza el miedo a perder. Del miedo siempre nace la guerra.

Entre más compleja se hacía la sociedad, era cada vez más difícil vivir sólo de la propia producción agrícola; las guerras de conquista y dominio comenzaron a ser la base de las civilizaciones. Nace el pensamiento imperial que nunca más volvió a

desaparecer de la mente humana, y civilizaciones que dependían de la guerra comenzaron a ser dominadas enteramente por hombres. El patriarcado genera guerra y la guerra perpetúa el patriarcado, desde el inicio de la civilización hasta la actualidad.

Esta nueva generación de imperios fue mucho más violenta. Fueron más poderosos, con mejores armas y ejércitos, y mucho más expansionistas y conquistadores, imperios con pretensiones de universalidad, de conquistarlo todo, de dominar el mundo.

Fue el caso, por ejemplo, del Imperio persa, del imperio de Alejandro Magno y más adelante de Roma; de los imperios islámicos, y mucho más adelante en el tiempo, del más despiadado y destructivo de todos: el británico, el imperio cuyos tres principales patriarcas fueron mujeres.

Entre más grande y poderoso es el imperio, más compleja es su organización, más rígida su estructura y mucho más patriarcal se va haciendo la religión. Los nuevos imperios veneraron a dioses solares, y de ahí lentamente se transitó hacia el monoteísmo masculino. Este tránsito aparentemente religioso fue siempre un movimiento político: un solo Dios, un solo emperador que lo representa, poder absoluto.

Así, el Imperio persa creció en torno al mazdeísmo, primera religión monoteísta de la historia, que dejó su legado en forma de judaísmo, cristianismo e islam. El pueblo hebreo conquistó y ocupó la tierra de Canaán con su dios Yahvé, dios de guerra, señor de los ejércitos; en Roma el poder imperial creció en torno a cultos solares como el mitraísmo y el Sol Invicto, hasta que el emperador Constantino los fusionó y sincretizó en el culto cristiano, destruyendo para ello el mensaje de Jesús. Siglos más adelante, los árabes se extendieron de España a la India con el fervor religioso en torno a Alá.

Cuando la guerra se convierte en el eje de los imperios, el aspecto masculino ha ganado la batalla. El conflicto, la competencia y la división son más importantes que la agricultura misma. Dioses de guerra se imponen ante diosas de la agricultura y la tierra, la competencia se impone ante la colaboración, el conflicto ante la unidad. Se exagera lo masculino hasta hacerlo omnipotente y único. Nacen los monoteísmos donde Dios es Él y en los que aparentemente no hay lugar para la diosa.

La diosa pertenecía a la noche de los tiempos, era la religión natural y no organizada del cazador recolector. El hombre agrícola reconoció lo divino femenino en la tierra, pero también lo divino masculino en el sol, dos principios fundamentales. Los agricultores veneran el ciclo agrícola.

Pero los grandes imperios que van naciendo dependen, por encima de la agricultura, de la imposición del orden, de que unos pocos administren el trabajo y la riqueza de todos. Por eso en los imperios nacen las religiones masivas y organizadas controladas por el Estado, donde lo divino es jerárquico, el hombre se impone a la mujer y no se venera ni la tierra o el sol, ni al ciclo agrícola, sino la guerra como algo

necesario para que del caos surja el orden.

En el año 380 el cristianismo se impone como culto oficial y único permitido del Imperio romano, un cristianismo absolutamente masculino, que es una adaptación de la religión imperial, el Sol Invicto, que a su vez es un culto derivado del mitraísmo, la religión persa donde el único Dios, Ahuru Mazda, tiene un hijo salvador, Mitra, que nace a través de una virgen. Otra variante mitológica de los antiguos relatos de la tierra y el sol.

De pronto sólo hay dioses solares, o más aún, un solo dios masculino. Pero, aunque Dios es eterno, la idea de que tiene un hijo a través de una virgen es la forma en que la diosa, la madre, la tierra, se infiltró en el nuevo pensamiento religioso. Así, por un lado, Dios no tiene origen, pero por el otro, Dios nace, y nace, evidentemente, de una mujer, pues lo femenino es el principio de todo.

Lo divino masculino y femenino se hacen trampa mutuamente. Lo femenino parece desaparecer del panorama sagrado, pero se esconde entre las leyendas de la madre virgen. Lo masculino mantiene el aspecto femenino en los relatos, pero le arrebató su divinidad, pues la madre de Dios es humana. Más aún, se adapta un mito de los tiempos oscuros del cazador recolector; la maternidad es lo único que puede sacralizar a la mujer. La mujer sólo se realiza si es madre, o si es virgen.

El cristianismo desarrolló toda una iconografía virginal, y esas imágenes de la madre virgen de Dios fueron tomadas de las imágenes egipcias de la diosa Isis amamantando al dios Horus.

Isis, diosa de tiempos antiguos, que no es sino una representación de la diosa que siempre protege, la tierra que siempre otorga y entrega, que siempre es virgen pero fecundada por el rayo del sol, ahora llamado Espíritu Santo, la tierra que siempre recibe tras la muerte y provoca la transformación. Por eso a la virgen cristiana, como vestigio mítico de la diosa madre, que es tierra y por lo tanto muerte, es a la que se le pide protección “ahora y en la hora de la muerte”.

El problema de no comprender cómo funciona el pensamiento humano, esto es, a través de símbolos, abstracciones, mitos y arquetipos, es lo que hace que los relatos más divinos, sagrados y profundos sean tomados de forma literal, y su sabiduría más insondable sea olvidada para siempre en aras de defender el dogma, es decir, el relato literal.

## EL ORDEN DEL CAOS

La civilización requiere del orden, y el orden en algo tan complejo como la civilización requiere de jerarquías, de niveles sociales, humanos y divinos, de división del trabajo y organización colectiva del mismo; es decir, depende de leyes y de fuerza para imponerlas, y requiere de una clara división de roles, tanto entre las clases sociales como entre los géneros.

Los roles de género no surgieron en tiempos modernos, no son una imposición del hombre a la mujer para mantenerla sometida, la guerra de los sexos no es tan marxista como parece; es decir, no es necesariamente una lucha más entre explotadores y explotados, aunque no deja de serlo.

Pero es más bien estructuralista, es decir, es la continuidad, a lo largo de cientos y miles de años, de estructuras socioculturales que fueron lentamente construidas, en inconsciente complicidad, por hombres y mujeres, respondiendo a necesidades de cada época. Hoy vivimos una sociedad patriarcal y machista que ha sido construida lentamente por ambos géneros. Esa estructura se ha volcado violentamente contra ambos, hoy la padecen, de maneras muy diferentes, tanto hombres como mujeres.

Hoy esa estructura los ataca a ambos, y ambos deben de trabajar en conjunto para desmontarla y sustituirla por algo basado en el equilibrio y en la colaboración, en una estructura en la que, aceptando que somos diferentes, sepamos comprendernos y, desde nuestras diferencias, ser igual de plenos y felices.

El problema es el valor que la mente, y por lo tanto la cultura humana, le da al pasado y a la tradición. La mente prefiere el pasado porque lo conoce, y la mente necesita conocer para poder cumplir con su función evolutiva: la sobrevivencia.

El pasado recae no sólo en el patriarcado, sino en el miedo, la desconfianza y la violencia. Esos son los pilares de nuestro mundo, los cimientos que debemos de cambiar. Cambiar hombres por mujeres, machismo por feminismo, patriarcado por un supuesto matriarcado, no es en absoluto un cambio.

La cultura y la civilización veneran el pasado y la tradición precisamente porque ven en ellos la única posibilidad de orden. Si las cosas funcionan hoy, es porque las venimos haciendo como en el pasado, ése es el pensamiento dominante que evidentemente asume que todo cambio es potencialmente devastador.

Nada ha cambiado de los antiguos imperios a los modernos estados. Toda la civilización es un eterno refrito con relatos, discursos y símbolos más complejos. El mejor ejemplo de eso es la pirámide social, idéntica en los últimos seis o siete mil años.

En el antiguo Egipto, hasta arriba estaba el Faraón y la pequeña clase de nobles y gobernantes, divinos todos ellos, que ayudaban a gobernar. Debajo estaba la eterna casta sacerdotal, los cuentacuentos; es decir, los que escriben, enseñan, mantienen, perpetúan, transmiten y adaptan las mitologías que explican por qué tiene que haber un mando, y por qué lo ejercen unos en específico.

Debajo de ellos está la también eterna casta de los guerreros, la fuerza de golpeo; los que defienden del ataque de otros pueblos, pero ante todo defienden a los gobernantes de su propio pueblo. En resumen: los que mandan, los que justifican el mando y los que lo imponen por la fuerza. Ninguno de ellos produce riqueza, sino que viven de la riqueza producida por aquellos a los que dominan y administran, los de abajo.

Los de abajo lo sostienen todo, lo producen todo y se quedan con casi nada. Pero están convencidos por los cuentacuentos de que eso es normal, o subyugados por la fuerza de golpeo para aceptarlo. Eso afecta a hombres y mujeres por igual, sin importar si es hombre o mujer quien está hasta arriba.

Los de abajo también tienen niveles. Hasta arriba de este abajo están los comerciantes, siempre aspirando a subir; los artesanos, viviendo para el comerciante; y el campesino, el que da de comer a todos y a veces no tiene para comer.

Esa pirámide nunca ha cambiado. Era igual en el imperio chino, persa o romano: muy pocos que mandan, algún tipo de casta sacerdotal justificando el mando, y una casta guerrera imponiéndolo. Debajo de ellos siempre los comerciantes, artesanos y campesinos.

En Roma, origen de nuestra civilización, cosmovisión y estructura social, todo era exactamente igual, hasta arriba el emperador y la élite gobernante, debajo la casta sacerdotal, esa que evolucionó del paganismo politeísta a los monoteísmos de estado, y de ahí al cristianismo, siempre legitimando el poder.

Por debajo estaban los guerreros, siempre dispuestos a mantener ese orden que también los beneficia; son las clases no productoras de riqueza que viven de la riqueza producida por otros. Por debajo había comerciantes, artesanos y campesinos produciendo la riqueza.

La Edad Media fue lo mismo: reyes y nobles, sacerdotes, guerreros y los de abajo. La era monárquica tiene a un rey que es nombrado por Dios, una casta religiosa que impone esa mitología y una inquisición que quema a quien no se la cree.

Por debajo había comerciantes, artesanos y campesinos. Ése fue el esquema que destruyó la Revolución francesa, la revolución en la que la clase comerciante, la burguesía, los futuros capitalistas, derrocaron a la monarquía.

Después de ese cambio todo siguió igual, sólo que con menos reyes y coronas. Hasta arriba hay una clase gobernante y el nuevo discurso legitimador se llama democracia. Sigue habiendo una clase sacerdotal que nunca ha generado riqueza, y las fuerzas de golpeo que mantienen el orden. Debajo están los productores de riqueza. Pero, desde los antiguos imperios hasta hoy, el orden depende de esta

jerarquía y de que ésta cambie lo menos posible.

Todas las religiones, nacionalismo incluido, han promovido como valor el aceptar el nivel social. En el capitalismo liberal de hoy simplemente se tendió una maravillosa trampa: convencer a los de abajo de competir eternamente entre ellos con la ilusión de subir por una estructura que es más inamovible que nunca. Esa ilusión se mantiene con el consumo sin fin convertido en valor, y relacionando esa capacidad de consumo con la valía del ser humano.

Y así como siempre fue vital mantener roles sociales, desde los orígenes de la civilización hasta tiempos modernos, el otro garante del orden sobre el caos había sido la división de roles de género. El mundo de hoy, donde esas estructuras se resquebrajan día con día, nadie entiende su lugar, pocos están conformes con el suyo, todos están confundidos y la sociedad está llena de violencia.

¿Cómo y cuándo se construyen esos artificiales roles de género? Como siempre, desde el principio, antes incluso de la civilización. Los *Homo sapiens* fuimos cazadores recolectores por decenas de miles de años en un mundo dominado por los hielos de la última glaciación. Las pequeñas sociedades humanas no tenían jerarquías, pero sí nació ahí la primera división de trabajo entre hombres y mujeres, una que surgió por respuesta lógica a las necesidades de entonces: el hombre se dedicaba más a la caza y la mujer más a la recolección.

Es decir que el hombre hacía valer su testosterona, pues la caza requiere mayor grado de agresividad y una especial concentración. Una decena de miles de años de ejercer ese patrón dejó un profundo condicionamiento en el cerebro masculino. Sigue siendo cazador, aunque sea en videojuegos; continúa concentrado, y no tiene idea de qué hacer con la agresividad y violencia que por tantos siglos se le inculcó como valor.

La mujer recolectaba; es decir, buscaba todo tipo de variedades comestibles de frutos, granos, cereales, tubérculos y plantas, eso no le requería la menor violencia que, además, no estaba implícita en su cuerpo, que producía diez veces menos testosterona. Necesitaba más curiosidad, más atención divergente, más capacidad de distinguir colores. Decenas de miles de años también dejaron una huella condicionante en el cerebro femenino.

Fueron las mujeres las que descubrieron la agricultura, que requiere un gran esfuerzo físico, por lo que esta actividad quedó en manos de los hombres, quienes no por ello dejaron de cazar.

Pero además comenzó la necesidad de defender la tierra, labor que también recayó en el hombre y su mayor proclividad a la violencia. La mujer siguió recolectando, y ahora que las condiciones permitían alimentar a más miembros de la colectividad, también comenzó a reproducirse más, lo cual era de vital importancia para la subsistencia de toda la comunidad.

Surgió una gran división entre la casa y el mundo, y la mujer se quedó más tiempo en la primera mientras que el hombre exploraba el segundo. El hombre ejerció la

propiedad privada sobre tierra, mujer e hijos, con lo que lentamente nació la estructura familiar, en la que, desde entonces hasta hoy, se absorben y aprenden todas las estructuras mentales: en familia se aprende y se normaliza el patriarcado.

En casa y familia los nuevos miembros de la sociedad asumen como normal que hay una estructura, una jerarquía y una tradición que debe respetarse, aunque no se comprenda. Ahí se aprende que hay un Estado y se asume que es lo único lógico; ahí se aprende que hombres y mujeres viven en eterna batalla, que el hombre ejerce el poder de manera directa y burda, y la mujer lo hace de manera indirecta y sutil. En la familia se aprende la guerra de los sexos y se asume que es normal.

En la familia se introyectan todos los esquemas sociales y se normalizan; se aprende el concepto del bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, las formas en que se hacen las cosas y las formas en las que no se hacen. Se aprende ahí el nacionalismo y la religión, se aprende a callar y obedecer, se aprende que Dios es padre y hombre, que por ser hombre es Dios y por ser padre es todopoderoso e incuestionable, se aprende que la mujer quedó fuera del relato divino.

En la familia se aprende que el hombre trabaja y provee, que es el rey del castillo y tiene una autoridad intrínsecamente superior. Es el capitán del barco, el timonel, el juez. Se aprende que la mujer depende del hombre, que eso es bueno, normal y deseable, se aprende por lo tanto de manera inconsciente una intrínseca inferioridad. Se aprende un conflicto de poder entre hombres y mujeres.

Por eso es tan correcto decir que la familia es la célula de la sociedad... pero difícilmente nos atrevemos a cuestionarla y a pensar que en muchos aspectos es una célula cancerígena.

Como todo en la vida humana, la familia no era antes como es ahora, también ha ido evolucionando, construyéndose con base en el pasado. En los albores de la civilización agrícola, las sociedades ya podían mantener a más miembros, a la vez que necesitaban ese aumento de integrantes para poder llevar a cabo el esfuerzo colectivo de la agricultura y la guerra. Por eso las familias eran mucho más grandes, y desde luego polígamas.

Y no, nunca los hombres se reunieron a conspirar para establecer la poligamia como una forma de dar rienda a sus impulsos sexuales locos y desenfrenados. Así como los cazadores recolectores no podían permitirse crecer como comunidad, los agricultores guerreros no podían permitirse no hacerlo: la reproducción se convirtió en un valor máximo, y como toda ley social del inicio de la civilización, se le endilgó a Dios, quien de pronto dijo “creced y multiplicaos”.

Crecer y multiplicarnos, tan fundamental para sobrevivir hace miles de años, es parte de lo que nos aniquila hoy en día. Pero quedó como tradición y valor divino, por lo tanto, no se cuestiona su origen histórico. Todas las costumbres nacen por una necesidad, luego cesa la necesidad, pero ya no se altera la costumbre.

Multiplicarse era fundamental para cualquier sociedad, y ese crecimiento demográfico siempre fue promovido desde el poder. En una sociedad agrícola y

guerrera siempre son necesarios más campesinos y más hombres dispuestos a matar y a morir. Entre las muertes derivadas de un estado de guerra perpetua, más las enfermedades y malas condiciones de vida, era indispensable programar en hombres y mujeres la idea de la reproducción como valor.

En la tradición del judaísmo, heredada por cristianismo e islam, fue el creced y multiplicaos achacado a Dios, pero todos los imperios tuvieron diversas formas de inculcar dicho valor a través de los mitos y leyendas con los que siempre se ha educado y programado a la sociedad. Dar hijos para la polis entre los griegos, dar súbditos al emperador entre los persas, ciudadanos para defender a Roma, creyentes para defender e imponer a Dios, o camaradas para servir al Gran Hermano.

Ante la obsesión de la reproducción, vista desde arriba como una herramienta más de poder, la poligamia es también un valor. La mujer sólo puede dar un hijo al año, el hombre puede dar uno diario. Así va surgiendo la estructura familiar clásica de los pueblos semíticos del Medio Oriente, el clan, tan popular entre árabes y judíos incluso hasta nuestros días.

La misma y constante necesidad de hacer crecer la comunidad hizo que los seres humanos descubrieran la necesidad de mezclarse; comenzó así hace miles de años lo que el antropólogo francés, Claude Lévi-Strauss, denominó como intercambio simbólico de hermanas; es decir, las comunidades intercambian mujeres y, junto con ellas, regalos, rituales y eventualmente cultura.

El crecimiento de las familias tipo clan hacía cada vez más difícil buscar elementos externos, y fue así como se construyeron las estructuras fundamentales de parentesco; es decir, se desarrolló la idea de padre, hijo, primo, sobrino, tío, etcétera, como una forma de determinar con quién sí y con quién no podía llevarse a cabo el acto de reproducción. La familia es, como todo en la actividad humana, una construcción.

Pero los clanes son tan grandes que se hacen poderosos, y rivalizan entre sí por el dominio. Conforme los grandes imperios, como el persa, los griegos y el romano, determinaron el panorama político, económico y social del mundo antiguo, fue evidente que la existencia del clan generaba la división del poder. Grandes familias siempre eran grandes rivales políticos, y desde entonces comenzó la historia del divide y vencerás.

Un gran imperio con un gran emperador, y éste es el caso muy específico de Roma, fomentaron el desarrollo de familias más pequeñas, la familia nuclear, donde mujeres, hijos, y algunos otros parientes allegados, vivían bajo el techo y la protección del paterfamilias, amo y señor de todo y de todos, un pequeño emperador en su pequeño imperio.

Fue así como en Roma, como una necesidad política y siendo una réplica en miniatura del Estado, nació la familia a la que hoy tanto nos aferramos como si fuera la voluntad de Dios. Esa familia no puede sino ser patriarcal y transmitir el patriarcado machista de generación en generación, pues para eso nació. Una vez más,

no importa si al mando de esa estructura se encuentra un hombre o una mujer. El patriarcado no es el sexo del que manda, es la estructura misma.

El hombre manda y la mujer obedece. Así nació la familia, así la perpetuaron las mujeres, así les convino a ambos géneros por mucho tiempo. La mujer está confinada a la casa familiar y el hombre está confinado a las legiones guerreras y al campo de batalla. Ninguno de esos papeles fue ni es fácil, pero llevamos poco más de dos mil años repitiéndolo de manera inconsciente.

La mujer se sometió a cambio de protección, y el hombre cobró cada vez más caro esa protección. Se atribuyó más y más derechos con el paso de los siglos, se otorgó a sí mismo más poderes y facultades, más prerrogativas, al tiempo que limitaba los derechos en la mujer y la consolidó como madre, únicamente madre, o cualquier otro papel siempre en relación con un hombre: la hija de, la esposa de, la madre de...

La maternidad como único valor de la mujer se terminó de consolidar en la Edad Media, durante el dominio absoluto de la patriarcal Iglesia católica y sus dogmas machistas. La maternidad, regalo divino de la biología, fue convertida en prisión por la cultura; en obligación, en dogma, en el único valor como ser humano que podía tener la mujer.

La única alternativa a la maternidad era la virginidad. Maternidad o virginidad, es decir, someterse a través del sexo o renunciar a él en absoluto. No es de extrañar que el sexo esté tan contaminado y lleno de estigmas en nuestra actual sociedad. Convertimos nuestro mayor regalo, nuestro más grande poder místico y divino, en nuestro más amargo veneno.

En el siglo V de nuestra era cayó el Imperio romano. Cayó la estructura política, pero no sus estructuras mentales. Sobrevivió la familia al estilo romano, que llevaba más de siete siglos perpetuándose, y sobrevivió la Iglesia católica, institución fundada por el emperador Constantino, como un apéndice de poder del imperio, en el año 325. Es decir que para cuando cae Roma, familia e imperio llevaban ciento cincuenta años perpetuando la estructura católica que a su vez preservaba el esquema familiar e imperial.

En la Edad Media la Iglesia fue la heredera del imperio, y lo fue durante mil años. Dios era hombre, y a través de un Espíritu Santo masculino, tuvo un hijo varón. Hubo una mujer en el proceso porque no había otra opción. Este dios masculino mantenía una jerarquía de hombres, y sólo un hombre, el sacerdote, podía ser intermediario entre la divinidad y los humanos. Evidentemente se construyeron dogmas y teologías para justificar el machismo de Dios, y decir que no era machismo.

## EL VIENTRE SAGRADO

**E**n el principio era el caos, el océano primigenio de todos los posibles, la existencia conjunta y simultánea de todas las posibilidades. Todo lo existente siendo a la vez, el infinito existiendo al mismo tiempo, todas las dualidades de las que se conforma la existencia, mezcladas sin límite o frontera alguna. En el principio era ese misterio eterno que algunos llaman Dios, pero que no tiene nombre y, menos aun, género.

Todo era caos y era necesario que aquello se transformara en cosmos, en orden, en las cosas ocurriendo una tras otra y no de forma simultánea. No había ni tiempo ni espacio y por eso es que nada podía ocurrir, nada podía desplegarse más allá de esa simultaneidad.

Entonces Gea emergió en ese caos originario, de esa nada que lo contenía todo. Gea, la tierra, la gran madre, la de amplio pecho, la eternamente madre, la matriz del universo, el espacio para que todo ocurra, la morada segura de todos los inmortales y los mortales. El espacio vacío femenino permitió que el mundo comenzara a ocurrir. De Gea, autoengendradora en ese caos amorfo, surgió Eros, el más bello de los dioses. Gea era el espacio para que algo pudiese ocurrir, Eros ocurría en todo instante.

La *Teogonía* de Hesíodo es el libro del Génesis de los griegos en el que se cuenta el mito sobre el origen. Con diferentes palabras, fábulas y metáforas, todos los mitos sobre el origen cuentan lo mismo, cómo el caos se hizo cosmos, cómo de la nada surgió todo, cómo la unidad se fragmentó en dualidad y después en la multiplicidad de seres, cómo lo masculino y lo femenino, los dos aspectos básicos de la existencia, dan origen a todo, cómo parecen estar en conflicto, pero cómo en realidad son dos caras de la misma moneda: la existencia misma.

Es Hesíodo el que nos cuenta la historia de Gea como origen de todo, lo femenino como principio divino fundamental. Junto con Gea, y no de ella, surge Eros, principio masculino, para completar la dualidad. Eros como amor, el amor como la fuerza que da origen al mundo. Eros como deseo creador y creativo que hace que exista la posibilidad de que todo exista en Gea. Lo masculino existe en lo femenino.

Había muchos tipos de amor para los griegos. Eros es el amor como principio divino, y por eso era dios del amor y de la atracción sexual; es decir, Eros es creador de un mundo de dualidades, y al mismo tiempo es la atracción entre esas dualidades para que tiendan siempre a la unidad. Es otro Yin-Yang: Gea es Yin, el espacio, la matriz, el vientre infinito; Eros es Yang, la fuerza creadora que no podría crear sin el espacio creativo. Femenino y masculino como fusión perfecta.

Gea engendra de sí misma a Urano, el cielo masculino, que se extiende sobre ella

fertilizándola eternamente; otra manifestación mitológica del ciclo agrícola, en la que todo ocurre porque el sol y la tierra viven su eterno romance. Pero nada podía realmente existir en Gea, porque ella y Urano estaban pegados el uno al otro, unidos por Eros.

Fue por ello que Gea empujó a Urano hacia arriba, se convirtió en el firmamento y permitió que hubiera espacio. En ese espacio brotan las dualidades, luz y oscuridad, día y noche, tierra y mar, pero para que en el espacio pueda existir la existencia, es necesario que exista tiempo; por eso de Gea y Urano, en ese espacio que ya es femenino-masculino, surge Cronos, el tiempo. Como bien nos dijo Einstein milenios después, y los vedas milenios antes, espacio y tiempo son de hecho una misma cosa.

Pero como los mitos, antes de ser petrificados por la religión, están siempre vivos, Eros se convirtió en protagonista de muchas historias que, de diversas formas, cuentan lo mismo. Una de estas fábulas míticas y místicas es la de Psiquis y Eros, dos divinidades que viven un tormentoso romance que sigue hasta nuestros días. Hablamos de la mente y los pensamientos.

Psiquis es mente y alma, entidad incomprendible que, para los griegos antiguos, siempre estuvo claro que eran una misma cosa. Fue la tradición occidental posterior la que ubicó el alma como algo relativo a la religión, y la mente como algo relativo al cerebro. Todavía para Agustín de Hipona, en el siglo V, estaba claro que la razón era una facultad del alma, es decir, de la psique.

Alma y mente, ese algo incomprendible, infinito y eterno en el que todo ocurre, y que es por lo tanto un principio femenino. El vacío en el que se manifiesta el todo, la pantalla en blanco por la que transitan todos los pensamientos. La mente o alma como concepto femenino, es ese eterno continuo en el que todo ocurre, el lienzo donde todo se plasma, lo que todo recibe y todo percibe. Del que todo surge y a donde todo vuelve. Nuevamente el vientre infinito, sagrado y eterno.

Psique es la mente, es femenina y caótica, llena de posibilidades, es pasiva y receptiva. Eros, el amor masculino, la fuerza que ordena hacia un fin, el deseo que es el impulso originario para cualquier creación. Etimológicamente, Psique significa soplo o aliento, y en griego es una palabra femenina, de donde surgen conceptos como el *spiritu*, masculino en latín, *femenino* en arameo... es el Espíritu Santo como feminidad divina, finalmente el amor de Dios.

La materia es una ilusión, lo sabían aquellos antiguos griegos, lo tenía muy claro Hesíodo alrededor del siglo VIII antes de nuestra era, y esto mismo fue fundamento de la tradición védica por lo menos ocho siglos antes de Hesíodo, y fue la base del hinduismo, y fue lo que la física cuántica descubrió en el siglo XX. El universo, mucho más que un gran mecanismo, es un gran pensamiento.

Eso es lo femenino y lo masculino, eso es Psiquis y Eros, la mente y los pensamientos. Detrás del mito de su eterno y tormentoso romance, ésa es la realidad que se esconde. La mente, ese espacio femenino, vacío, pasivo y receptivo, es donde ocurren todos los pensamientos, esa acción masculina.

Los pensamientos ocurriendo en la mente, eso es la existencia, el Yin-Yang que forma el Tao, Dios creando eternamente el mundo, cada uno de nosotros, cada ser humano, tú creando eternamente el mundo a través de tus pensamientos, de la mezcla y fusión de lo femenino y lo masculino. Un mundo que será tan conflictivo o pacífico como lo sean nuestros propios pensamientos. Tu guerra y tu paz son la guerra y la paz del mundo.

## LA DIOSA QUE SE CONVIRTIÓ EN BRUJA

**H**ubo un tiempo en que el sexo no fue pecado y a los dioses no les importaba la forma en que se practicara. Griegos y romanos, nuestros ancestros culturales, crearon civilizaciones patriarcales y machistas en las que la mujer fue relegada a posiciones inferiores, pero no le era negada ni arrancada su sexualidad; la virginidad era una opción religiosa en muchas tradiciones, pero nunca una imposición, y a falta de conceptos tan cristianos como culpa y pecado, relacionados con el sexo, el hombre no le temía a la mujer.

Dentro de aquel patriarcado finalmente había diosas que, aunque fueron relegadas, dejaban clara la presencia de lo femenino en lo divino. Había sacerdotisas y mujeres poderosas, y el hombre no dejaba de reconocer en la mujer algún tipo de poder extraño que ellos no poseían, ese contacto con lo sagrado, con las fuerzas naturales, esa relación con la siempre sagrada madre tierra. La mujer no dejó de ser mágica ni hechicera.

La cultura católica medieval llenó al hombre de miedo hacia la mujer, y fue así como de pronto la diosa se convirtió en bruja.

Culturalmente todos en occidente somos hijos de la tradición llamada judeocristiana. Uno puede o no ser creyente, puede ser ateo consumado, pero dos mil años de cultura moldearon la mente de los occidentales. La mente occidental es una estructura cristiana, y la estructura de nuestras creencias nos limita, tanto a hombres como a mujeres.

Hoy en occidente somos hijos de la Edad Media y sus conceptos de verdad absoluta, de Dios hombre, juicioso y castigador, del mundo como valle de lágrimas, el sufrimiento como virtud y el placer como pecado, y por lo tanto el sexo, el mayor de los placeres mundanos, como el más grande y terrible de los pecados. De ahí la idea de un dios esquizofrénico que crea el sexo, ordena crecer y multiplicarse, dota al sexo de placer y luego lo prohíbe so pena de infierno eterno.

Ese dios, que no es realmente Dios, no siente amor por el ser humano, no es el amor eterno, es una mezcla de la necesidad del miedo como control social, con la herencia de los dioses olímpicos, poderosos, caprichosos y vengativos, que se divierten con las frágiles marionetas humanas.

Sólo así se puede comprender la idea de un dios que supuestamente ama, pero juzga y condena, que llena a sus hijos de impulsos e instintos que luego les prohíbe, que les da un cuerpo sensorial capaz de sentir placer para luego prohibir el placer, y que para colmo llena de placer el sexo, al cual te obliga para reproducirte, pero te

condena si lo disfrutas, aunque Él mismo lo llenó de disfrute. El ser humano medieval sólo podía ser esquizofrénico.

Invadidos por el miedo inventamos estructuras materiales y mentales para protegernos. Con el tiempo, cada una de esas estructuras se convierte en una prisión. En la Edad Media, con ese terrible concepto de un dios que, aunque es omnipotente, se siente herido por las acciones humanas, y aunque es creador de todo el universo, se ocupa y preocupa de quién tiene sexo con quién, desarrollamos miedo al sexo.

La Europa medieval no deja de ser heredera de Grecia y Roma, culturas machistas patriarcales, y tiene como otra raíz un cristianismo que nace del judaísmo, siempre patriarcal y machista, obsesionado con el sexo y con Dios como regulador de la actividad sexual humana. Esa Europa dominada por hombres convirtió a la mujer en bruja.

El sexo y su placer son una maldición, son el camino asegurado a una eternidad en medio de las sulfurosas llamas del infierno. El hombre se excita ante la presencia de la mujer, siente arder su deseo sexual, y en lugar de hacerse responsable de sus sensaciones y emociones, asume que es la mujer la que está causando algo en él, y ya que le causa un deseo que es la fuente del más terrible de los pecados, el placer sexual, es evidentemente una concubina de Satanás, una terrible enviada del demonio para condenar a los inocentes hombres.

La mujer pasa de diosa en el paganismo a bruja en el cristianismo, porque es deseable y prohibida. Los hombres proyectan la culpa de su deseo pecaminoso en la mujer y se lavan las manos. Todo temor se convierte en odio, y es así como el hombre termina odiando a la mujer.

Toda la estructura mental de los hombres era determinada por los religiosos, y no había mente más torcida y temerosa con respecto al sexo que la de los hombres religiosos. El sexo se hizo pecado; la mujer, bruja, y el hombre, víctima. Eso pasa si dominan los hombres; de hecho, difícilmente las mujeres habrían convertido el sexo en pecado, pues son mucho más proclives a comprender su poder, finalmente fuerza creativa.

Lo femenino es pasividad. La mujer recibe. En el plano más denso, el material, eso se manifiesta con la mujer literalmente recibiendo al hombre; a niveles más sutiles, más energéticos y espirituales, la mujer recibe energía, recibe poder y sabiduría. Con el sexo, la mujer puede establecer un puente con lo sagrado, con lo eterno.

Una cultura dominada por hombres, en la que Dios es el discurso legitimador de poder y la existencia de la jerarquía se justifica con la necesidad de una cadena de intermediarios con Dios, la conexión divina de la mujer representaba un peligro. Al hombre se le contaminó el sexo con miedo, y a la mujer se le contaminó con culpa. Los dos perdimos.

El miedo a la mujer creció a lo largo de siglos, y evidentemente se magnificó, con lo que las leyendas en torno a la maldad intrínseca de la mujer se hicieron cada vez

más retorcidas. Fue así como hombres muy temerosos y enfermos desarrollaron la idea del súcubo y el íncubo; las dos formas en que los demonios actuaban a través de las mujeres.

Los demonios buscan reproducirse para dominar el mundo y ganarle la batalla a Dios, lo cual desde luego deja en entredicho Su omnipotencia, pero no pueden hacerlo a falta de semen, por lo que deben robar dicho líquido esencial a los hombres.

Es así como los demonios toman forma de mujer para seducir a los hombres con sus malas artes y hacerlos caer en el pecado del sexo. Esas mujeres, que no son sino demonios disfrazados, sólo buscan provocar al hombre, llevarlo al acto sexual y así robarle su semen. Son llamados demonios súcubos.

Una vez que el diablo en forma de mujer ha robado el semen al inocente del hombre, toma entonces forma de hombre, que con el semen que ha robado y demonizado, busca seducir a una mujer para preñarla de un demonio. Éste es un demonio íncubo.

Así pues, toda mujer es un potencial demonio que busca poblar la tierra de diablos. Entre más hermosa, seductora o inteligente es la mujer, mayor es su potencial diabólico. Con el paso del tiempo y para no errar, quedó claro que todas las mujeres eran brujas y aliadas de Satanás.

Esta paranoia llegó a su máximo extremo casi al final de la Edad Media, cuando dos dominicos bastante dañados por toda esa cultura esquizofrénicamente misógina, Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, escribieron el tristemente célebre *Malleus Maleficarum*, conocido como *El martillo de las brujas*, texto avalado por el papa Inocencio VIII, en el que se describen todas las maneras en que las mujeres, brujas todas ellas, amenazan la santidad del hombre.

Se describe a la mujer como la culpable del pecado original, la causante de la caída de toda la humanidad, aliada con el mismísimo Diablo desde que probó el fruto prohibido, cómplice satánica para llevar a la humanidad a la perdición a través del sexo. Todas las mujeres eran una amenaza, todas eran débiles mentales y con absoluta inferioridad espiritual, todas llenas de deseos insaciables, y todas ellas concubinas de Lucifer. Las hogueras se encendieron por toda Europa.

Los tiempos del fanatismo religioso comenzaron a terminar supuestamente con el Renacimiento y llegaron teóricamente a su final con la Ilustración; sin embargo, al día de hoy, diversas formas de ese tipo de pensamientos ocupan la mente de hombres atormentados, y la Iglesia sigue siendo una institución misógina que considera a la mujer un ser humano de segunda categoría, indigno de ser enlace entre el humano y Dios, como si eso fuese necesario, y que tiene, como máxima aspiración en la vida religiosa, ser monja y atender al sacerdote.

Como los seres humanos somos un amasijo de patrones de conducta, condicionamientos psicológicos irracionales y ataduras inconscientes al pasado, lo cierto es que poco cambió con la Ilustración y el laicismo. Grandes pensadores del siglo XVIII como Rousseau, seguían considerando a la mujer como un ser humano

inferior cuya única labor era servir y apoyar al hombre. No es culpa de Rousseau, desde luego, sino de milenios de imposición cultural.

La principal evidencia de que muy poco cambió el pensamiento con respecto a la mujer, es que ni siquiera tras la Revolución francesa, con su libertad, igualdad y fraternidad, la mujer fue tomada en cuenta como igual. Incluso hubo países donde, en el momento de otorgar el voto a la mujer, se estipulaba que era a los treinta años. Algo así como decir que la razón que el hombre es capaz de ejercer a los dieciocho, a la mujer le lleva unos doce años más.

Claro que para el siglo XIX ya no se creía en brujas, no públicamente por lo menos, pero la mujer no dejaba de ser apéndice del hombre. Posición asumida incluso por las mujeres, transmitida de mujer a mujer, de generación en generación, porque finalmente la mujer, igual que el hombre, es una mixtura y confusión de todo lo que siglos de tradición y cultura le han programado.

Es decir que en el patriarcado medieval no sólo se enseñó al hombre a temer y odiar a la mujer, sino que se enseñó a la mujer a odiarse a sí misma y transmitirle ese odio a sus hijas. Por eso la primera liberación, la única en realidad, debe de ser mental, y no hay liberación mental cuando hay odio.

Las estructuras que ha creado la humanidad en su conjunto desde el inicio de la civilización están basadas en el miedo, en la defensa y el ataque, y por lo tanto en el rencor y en el odio. Pobre humanidad despojada por sí misma de lo más sagrado.

Pobres hombres, enseñados milenariamente a ser fuertes y poderosos, a medirse unos con otros, a ir a la guerra, a no mostrar sus sentimientos ni tocar sus emociones. Pobres hombres, desposeídos por sí mismos del beso y el abrazo hacia otro hombre, programados para la eterna competencia, engañados por la cultura y la civilización, haciéndoles creer una ficticia superioridad. Pobres hombres enseñados a distanciarse de su propio lado femenino y privarse del amor, la compasión, la intuición, la colaboración. Pobres hombres, educados para sentir miedo hacia la mujer.

Pobres mujeres, enseñadas milenariamente a ser débiles y sumisas, a ser segundo plano y apéndice, programadas para entenderse ellas mismas como inferiores, para verse con culpa. Condenadas a vivir soportando los diferentes rostros de la humillación de quien se siente superior y educada para entender su sometimiento como una ley de Dios. Pobre mujer, que hereda milenios de rencores, culpas y miedo con respecto al hombre.

Pobre humanidad partida en dos, enseñada por sí misma a lo largo de milenios, a fragmentarse a sí misma, a separarse, a temerse. Pobres seres humanos tratando de ser felices sin saber cómo hacerlo, tratando de amarse cuando aprenden generacionalmente a temerse. Pobre humanidad que ha aprendido a odiarse.

Así pues, no se trata sólo de que la mujer se libere de lo económico, político y social, sino que se libere del inconsciente odio, no a la mujer sino a lo femenino, y desde luego, que se libere de la reacción mental de odiar al hombre. Evidentemente es fundamental que el hombre, empoderado o no, se libere del miedo y rechazo a lo

femenino que viene arrastrando desde el origen del patriarcado. Sólo en el amor total es posible ser libre, y sólo en esa libertad amorosa es posible encontrar la paz.

## LA HISTORIA DE ADÁN Y LILITH

**E**n el principio creó Dios los cielos y la tierra, una vez más el mundo creado a partir de dualidades; creó lo femenino y lo masculino, a Gea y a Urano. Pero la tierra estaba desordenada y vacía y las tinieblas cubrían el abismo, ahí está el caos griego, junto con su Tártaro y su abismo insondable. Pero el espíritu de Dios se movía sobre las aguas, ahí está el amor, ahí está Eros como fuerza creadora.

Siguen las dualidades femenino-masculinas del relato bíblico; la luz y la oscuridad, el día y la noche, el horizonte como frontera entre los cielos y los mares, y también la división de los mares y la tierra. Creó Dios los frutos de la madre tierra, divididos en géneros para poder multiplicar el fruto, creó el sol y la luna, las estaciones, y con ello el año. Creó finalmente, siempre con base en dualidades, el ciclo agrícola. Digno relato para un pueblo agricultor.

Finalmente creó Dios a todos los seres vivos, siempre divididos en géneros para que de su unión surgiera nueva vida, y para culminar su obra creativa decidió dar vida a la humanidad, como no podía ser de otra forma, divide en géneros que, como en el resto de la creación, eran mitades igual de importantes, opuestos que se fusionan y son dos caras de la misma moneda.

Por eso, cuenta el relato bíblico, creó Dios al hombre a su imagen y semejanza, varón y hembra los creó. Basta el primer capítulo del Génesis para ver la similitud mitológica con las demás culturas de la zona, y para notar que el hombre y la mujer al mismo tiempo fueron creados opuestos, pero en igualdad y como contrapartes en perfecto equilibrio, de cuya unión depende la vida y la existencia.

Por eso confunde el capítulo dos, en el que Dios vuelve a crear en dualidades en un formato un tanto más resumido. Pero en esta nueva versión crea todo en dualidades menos a la humanidad, pues solamente hace al hombre del polvo para depositar en él su alma viviente. Toda una existencia de dualidades creadas el unísono, para rematar la obra con la creación de un hombre solo.

Y estando el hombre solo es que Dios lo coloca en el jardín del Edén y así, solo, es cuando le ordena labrar el huerto, con lo que de hecho ya tenía que trabajar mucho antes de la célebre expulsión, y es cuando le prohíbe probar del fruto del árbol de la conciencia del bien y el mal. El punto aquí es que no hay Eva cuando se establece la prohibición... y claro, que no hay Eva cuando ya en el primer capítulo Dios había creado en igualdad al hombre y a la mujer.

Es entonces cuando, a pesar de que ya habían sido creados varón y hembra a semejanza de Dios, el creador descubre que Adán está solo y es menester hacerle una

compañera. Adán fue hecho del barro y le fue insuflado el soplo divino, Eva fue creada de la costilla del hombre, en un claro signo de sumisión y dependencia. Claro que también establece Dios que deben unirse, con lo que determina la fusión de lo femenino y lo masculino. Lo más importante de todo el relato: estaban desnudos. Había inocencia y por eso había paraíso.

¿Pero qué fue de la primera mujer, la que fue creada en el primer capítulo del Génesis en igualdad con el hombre? En fuentes talmúdicas y en versiones apócrifas del Génesis se aclara el misterio. La primera mujer de Adán se llamó Lilith, y como su contraparte que era, era absolutamente su igual, lo cual disgustó mucho al primer hombre, que gustaba de ejercer dominio sobre su mujer.

El relato simbólico del poder gira en torno al sexo. Adán iba sobre Lilith, y cuando ella quería invertir papeles Adán se negaba a estar abajo y asumir inferioridad. El conflicto de egos de la pareja queda muy claro en el relato sobre el origen, así como la triste realidad del sexo usado siempre como moneda de cambio en este conflicto.

Algunas versiones apuntan a que Adán se quejó ante Dios y la mujer insumisa fue expulsada del paraíso; otras señalan que fue Lilith la que decidió marcharse para poder vivir en libertad, por lo que pronunció el nombre secreto de Dios y salió del Edén para siempre.

Sea como sea, por eso el hombre está solo en el segundo capítulo, por eso Dios decide hacerle una compañera y por eso la genera de su costilla, para dejar claras las jerarquías. Evidentemente el patriarcado metió mano negra en las escrituras.

¿Pero quién es Lilith en realidad?, ¿de dónde emerge?, ¿de qué mitología ancestral llega para pasar de diosa a demonio, que fue justo lo que le ocurrió? Es un mito antiguo de diosa terrenal que la tradición hebrea convirtió en origen de demonios.

Históricamente nada se sabe del pueblo hebreo antes del año 1200 de nuestra era. No sólo no hay un único registro o prueba del famoso éxodo, sino que de hecho es clara la evidencia de que nunca existió. Los hebreos comenzaron a escribir su historia cientos de años después del supuesto éxodo, mientras que los egipcios registraban minuciosamente su historia unos dos mil años antes; jamás se escribió nada sobre una huida masiva de esclavos y, de hecho, si algo así hubiese acontecido, el imperio egipcio se hubiera desmoronado desde sus cimientos, en vez de sobrevivir mil doscientos años más.

De los hebreos hay noticias alrededor del año 1200 antes de nuestra era, cuando una serie de tribus provenientes de Arabia invaden Canaán, donde someten y conquistan a los demás pueblos, como amoritas, arameos y filisteos. Con el paso del tiempo, como todo pueblo invasor, desarrollan el mito que justifica sus conquistas.

Pero finalmente los hebreos están invadiendo Mesopotamia, donde desde unos dos mil años antes de su llegada había escritura y mitos plasmados, mitos sobre el origen; el más importante de ellos, hoy conocido como Enuma Elish, es el relato

sumerio de la creación, que es básicamente la versión que cuenta el Génesis.

Había otros textos como el poema de *Gilgamesh*, de donde sale el diluvio y donde aparece Inanna, la diosa que vivía en un árbol en cuya base vivía enroscada una serpiente, y en cuyo interior vivía Lilith, la doncella de la desolación.

Lilith es, desde tiempos sumerios, la mujer que decidió estar sola antes que someterse al hombre. De los mitos acadios y sumerios es de donde el pueblo hebreo toma la inspiración de su Génesis, y es Lilith la mujer que Dios crea en igualdad con Adán, a Su imagen y semejanza, la mujer que decide exiliarse del paraíso, pues no hay Edén donde hay sometimiento.

Lilith es milenariamente una mujer divina asociada con Inanna, la diosa madre, tierra, muerte y transformación, un mito que los hebreos, fieles a su monoteísmo masculino, deciden demonizar. Ése es el destino de Lilith, quien se va del paraíso y se une en pecaminoso amasiato con el demonio Asmodeo, y quien se dedica a procrear demonios. Así es como la mujer insumisa y desobediente resulta ser la fuente original del mal.

Eva es tomada de la costilla del hombre, parece ser un apéndice; sin embargo, es su papel y no el masculino el que resulta crucial para la humanidad. Es ella la que prueba el fruto prohibido, la que tiene el valor de hacerlo, y sobre quien judeocristianamente recae la culpa del pecado original y la expulsión del paraíso, pero ésa es tan sólo la interpretación machista patriarcal del mito.

Eva no deja de ser lo femenino, no deja de ser la madre y la tierra, es por eso ella quien habla con la serpiente, símbolo de la inteligencia, y es ella quien prueba el fruto del conocimiento, de la conciencia, de la sabiduría, y lo encuentra bueno.

Es la parte femenina, pasiva y receptiva, quien puede recibir sabiduría. No puedes llenar de agua un cuenco que ya está lleno, diría un budista, y eso es precisamente lo que ocurre en este mito; la sabiduría germina en la pasividad femenina.

No hay que olvidar que la diosa, y es lo que Eva nunca deja de representar, es la madre, la tierra, la muerte y la transformación, en otras palabras, la resurrección, el volver a suceder. Morir y renacer, ése es el significado profundo de lo que representa Eva. Ella, la tierra, recibe el fruto, Dios había dicho que de probarlo morirían, y morir es fundamental para renacer. Con Eva comienza el periplo sagrado de la humanidad.

Pandora es la Eva de los griegos. Ella abre una caja, es decir, un vientre, un útero, un espacio vacío, una mente, y de ella se escapan todos los tormentos de la humanidad, es decir, los pensamientos. Así comienza nuestra historia. Eva no es la caída de la humanidad, sino el principio de su elevación; con Eva comienza nuestro camino a convertirnos en dioses.

Sin embargo, la evolución del mito en manos cristianas nos arrojó a una Eva culpable, madre pecadora e indigna que nos condenó a todos al sufrimiento, cuando éste es derivado de perder la inocencia. Eva, en efecto, nos quitó la inocencia, nos dio el conocimiento y la conciencia. Sí, eso conlleva sufrimiento y dolor, pero es el inicio del ascenso espiritual. Eva, nuestra madre, es el inicio de nuestra apoteosis.

Pero más allá en las profundidades míticas, es fundamental entender a Lilith y a Eva como dos caras de la misma moneda femenina. Finalmente, ambas son la madre, la tierra y la diosa, en ambos casos denigradas por interpretaciones patriarcales de un mito femenino.

Eva es sumisa y su desobediencia es la causa de todos los males, Lilith es libre y madre de demonios. Adán es inocente... pero nunca hubiésemos comenzado un camino espiritual y divino dependiendo de él.

## UNA ILUSTRACIÓN MASCULINA SIN LUZ FEMENINA

La principal desigualdad política y social entre hombres y mujeres comenzó, irónicamente, con la Revolución francesa, ésa que nunca obtuvo, porque nunca buscó, libertad, igualdad y fraternidad.

Desde la caída del Imperio romano, en el siglo V, y hasta el siglo XV, durante la llamada era feudal, hombres y mujeres eran bastante iguales, por lo menos dentro del noventa y ocho por ciento de la población, que eran precisamente los siervos feudales, los campesinos. Hombres y mujeres tenían los mismos derechos: ninguno. El machismo era un fenómeno que podía verse dentro del resto de la población: el dos por ciento, los nobles.

La mujer y el hombre feudal trabajan por igual para poder estar un poco por arriba del límite de la subsistencia. Había, desde luego, diferencia de roles, la misma que la gente del campo venía arrastrando desde la revolución agrícola, unos doce mil años atrás; la mujer permanecía más en la casa y el hombre más en el campo. Esto era básicamente porque la mujer pasaba la mitad de su vida embarazada, y aquello no fue derivado de una conspiración masculina: no había píldora anticonceptiva.

En la vida cotidiana, el hombre se dedicaba a labores que requerían más esfuerzo físico, como la agricultura, en la que también colaboraba la mujer; la ganadería, la herrería o la guerra. La mujer se dedicaba a organizar y cuidar los granos, cuidar y alimentar el ganado doméstico, elaborar ropas. Los dos vivían mal.

Las actitudes machistas que podía tener un hombre, eran principalmente por imitar los modos de los poderosos. El machismo es finalmente poder. Eran nobles y no plebeyos, los que usaban a la mujer como mercancía a intercambiar en el matrimonio, siempre en busca de ventajas políticas; eran nobles los que imponían cinturones de castidad, y eran nobles los que se adjudicaron un derecho tan torcido como el de pernada, o primera noche.

Una serie de acontecimientos entre el siglo XV y el XVI, como la invención de la imprenta, la era de las exploraciones, el descubrimiento y conquista de América, y la Reforma protestante, cambiaron radicalmente el mundo europeo. Comenzó el auge del comercio, el empoderamiento de los comerciantes, la llamada burguesía, y el viejo continente experimentó un auge económico sin precedentes. Fue en esa época cuando nacieron las grandes monarquías.

De hecho, la era de las grandes monarquías poderosas comenzó en España con el empoderamiento de una mujer, Isabel de Castilla; en Francia, con el dominio de otra

mujer, Catalina de Médici, y en Inglaterra no se consolidó una monarquía imperial hasta que gobernó la reina Elizabeth. Rusia, siempre atrasada en relación con Europa, llegó a su momento de gloria en tiempos de la Revolución francesa bajo el mandato absoluto de Catalina la Grande.

En la era monárquica se desarrolló la burguesía como la clase social más poderosa económicamente y, como ya se ha visto, fue esa clase aspiracional la que copió los modos machistas de las clases políticamente dominantes. La burguesía siempre fue muy patriarcal y machista, y al estilo de la nobleza, convirtieron el matrimonio en un contrato de propiedad privada y a la mujer en una mercancía.

Las mujeres fueron la mitad del impulso de la Revolución francesa, nada las detuvo al salir a las calles, empuñar armas, blandir sables o disparar cañones; al tiempo que proveían alimentos a los combatientes y atendían heridos. Sin las mujeres, dicha revolución jamás habría triunfado.

Pero en aquel 1789 las mujeres no luchaban por reivindicaciones feministas, sino sociales; la gran fuerza de choque de aquella revolución contra la monarquía fueron las clases sociales de hasta abajo, donde hombres y mujeres compartían por igual la miseria. Fueron las mujeres del pueblo las que salieron a pedir pan cuando morían de hambre, y se dice que fue otra mujer, la reina María Antonieta, la que respondió que si no tenían pan, comieran pasteles.

Pero entre el pueblo llano y la nobleza había crecido la más poderosa de las clases sociales; la burguesía. Ellos eran los comerciantes, los banqueros, los primeros industriales, los abogados y pensadores, y dentro de ese grupo fue que surgieron los grandes filósofos del siglo de las luces, los llamados Ilustrados.

La Ilustración fue un movimiento de filosofía económica, política y social que, básicamente, planteó nuevas estructuras y discursos de poder. El más importante de ellos fue el proponer que la soberanía no emanaba de Dios hacia el soberano, sino directamente desde el pueblo. Soberanía popular contra derecho divino, no fue más que el discurso legitimador de una clase social que, por más adinerados que fueran, eran plebeyos y no tenían acceso al poder.

En ese sentido se puede decir que la Ilustración fue el marco teórico de la Revolución francesa; las teorías que justificaban a la burguesía para arrebatar el poder a los monarcas. Pero las revoluciones, aunque son siempre pensadas por los de en medio para quitar a los de arriba, son peleadas por los de abajo, a quienes los de en medio deben convencer con bonitas ideas y discursos. Libertad, igualdad y fraternidad fueron las palabras con las que la burguesía convenció a las masas de pelear su revolución.

Patriarcal y machista, como se había hecho la burguesía, los principales exponentes de la Ilustración fueron hombres, y uno de los temas que sacaron al debate fue precisamente el del papel de las mujeres en la sociedad, en ese nuevo mundo que aspiraban a construir.

Probablemente el más famoso de todos estos pensadores fue Jean Jacques

Rousseau, quien en su libro *Del contrato social* expone precisamente el tema de la soberanía popular, y al igual que otros grandes de la época, dilucidó extensamente sobre la educación como base de una verdadera libertad.

Sin embargo, para Rousseau, la educación no debía ser igual entre hombres y mujeres. Muy importante era que los hombres supieran de ciencias sociales y exactas, de historia, matemáticas, filosofía o álgebra; pero la educación de las mujeres, sostenía, debía estar siempre pensada en relación con los hombres, una educación basada en complacerlos, serles útiles, criarlos de niños y cuidarlos al ser ancianos; ser grata compañía y hacerles la vida placentera, ser buenas madres y esposas. Un pensador antirreligioso que pensaba igual que la Biblia; ése era el papel natural de la mujer.

En las clases sociales inferiores, las mujeres, al igual que los hombres, aspiraban a una vida digna; en clases sociales más acomodadas, buscaban también la participación política. Estaba claro que había que acabar con la monarquía, pero aún no se esbozaba cómo sería el nuevo tipo de gobierno, desde luego, no había comenzado a existir la democracia.

Lo que sí quedó muy claro fue que los nuevos hombres, que aspiraban a un nuevo tipo de poder para construir un nuevo mundo, no pensaban en incluir a las mujeres. Fuera por ego, miedo, tradición, costumbre, imitación o inconsciencia, muy pocos pensadores de la Ilustración y muy pocos líderes de la revolución las plantearon como iguales.

En ese sentido, el feminismo comenzó con un hombre: Marie Jean Antoine Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet, quien en 1790 publicó *Sobre la admisión de las mujeres en el derecho de ciudadanía*, en el que expone argumentativamente el porqué deben ser consideradas en absoluta igualdad para la construcción de una nueva sociedad, si en verdad aspiraba a ser diferente al régimen derrocado.

Los hombres, esgrime Condorcet, violan el principio de igualdad que enarbolan, cuando excluyen irracionalmente a la mitad de la especie humana en la formación de leyes. Incluso los más inteligentes y eruditos caen estúpidamente ante el poder del hábito, cuando no ven la contradicción de hablar de igualdad de derechos y no considerar a la mitad de la población.

Efectivamente el hábito se impuso, y la igualdad de los revolucionarios se limitó a los hombres, quienes agradecieron mucho a las mujeres los servicios prestados a la causa, pero no les otorgaron ningún derecho.

Condorcet redactó un esbozo de constitución para Francia en el que se garantizaba la equidad de género, principalmente en la política y la educación, pero el marqués militaba en el bando moderado de los girondinos, y las revoluciones siempre son ganadas por los radicales, en este caso los jacobinos de Robespierre, y en esa revolución de fraternidad Condorcet fue arrestado y condenado a muerte por pensar diferente. Al parecer se suicidó en su celda en 1794.

La otra gran defensa de las mujeres vino por parte de una mujer, Olympe de

Gouges, quien, en vista de la exclusión femenina en la *Declaración de derechos del hombre y el ciudadano*, de 1789, publicó en 1791 la *Declaración de derechos de la mujer y la ciudadana*.

Olympe se enfrentó directamente a Robespierre por la equidad y fue acusada de sediciosa, condenada a muerte y guillotina en 1793. En ese mismo año se prohibieron los clubes políticos femeninos; la mujer debía volver al hogar y dejar las cosas públicas a los hombres.

También en 1793, el diputado André Amar pronunció un discurso contra la participación femenina en la política y el gobierno, al sostener que el orden social dependía de que cada sexo se ocupara de su función natural que, en el caso de la mujer, era educar a los nuevos ciudadanos, preparar el espíritu y corazón de sus hijos para las tareas públicas, cuidar de la casa y promover la virtud entre los suyos. Ésa era su labor patriótica.

En el régimen monárquico hubo reinas grandes y poderosas por casi toda Europa, no en Francia donde no tenían ese derecho, pero el nuevo régimen libre, ilustrado y laico, que tanto cuestionaba el orden del antiguo régimen, pretendía dejar a la mujer exclusivamente en el trabajo doméstico.

La Revolución francesa triunfó, derrocó a la monarquía, la cabeza de Luis XVI rodó en enero de 1793 y todo comenzó a empeorar para la mujer. En 1795 se prohibió su presencia en cualquier actividad política, bajo amenaza de arresto si no se retiraban a sus domicilios a cumplir su labor doméstica.

Faltaba Napoleón, un hombrecillo fundamental para la historia de la Europa moderna, pero con un enorme complejo de Edipo, megalómano y de terrible autoestima. Europa entera pagó sus trastornos psicológicos.

Napoleón es el perfecto ejemplo del macho con obsesiva necesidad de demostrar superioridad y poder, de ejercer dominio, de controlarlo todo. Napoleón es el perfecto ejemplo del daño que una cultura patriarcal puede causar en la mente de un hombre.

En el terreno de lo político, social y jurídico, Napoleón significó el encumbramiento de la misoginia de los hombres de la Ilustración. En el *Código Civil napoleónico* se consagró el papel de la mujer como un apéndice supeditado al hombre en toda la vida civil. La mujer debía obediencia al padre y al marido, requería permiso masculino para trabajar fuera del hogar y, desde luego, el adulterio femenino era un delito más grave que el masculino.

En el plano personal es particularmente interesante comprender a Napoleón y su relación con las mujeres. Básicamente les tenía mucho miedo, era un hombre muy débil y frágil ante la presencia de lo femenino, absolutamente inseguro de sí mismo, derrotado siempre por esa terrible necesidad de demostrar su gran virilidad, aunque algo en lo profundo de su ser siempre le decía que, sin importar lo que hiciera o lograra, no sería suficiente.

El miedo de Napoleón a las mujeres, así como su neurótica e insegura relación con ellas, se puede ver con claridad en la correspondencia que intercambiaba con

Josefina. Por un lado, siempre la quiso controlar, siempre trató de imponerse a la distancia e implantar su dominio, pero al final sus cartas no eran sino súplicas de amor y reconocimiento; era como un niño pequeño pidiendo constante reafirmación de su mujer amada. Siempre preguntaba si aún lo amaba, si no había perdido el interés en él, si estaba satisfecha con sus logros, si otros hombres se habían vuelto de pronto más importantes que él.

Y esa relación de neurosis ante lo femenino se puede comprender absolutamente estudiando su causa profunda: la relación de Napoleón con su madre. Napoleón nació, como todos, en una cultura patriarcal que exigía el arquetipo del hombre poderoso que impone y demuestra su poder, y fue lo que el pequeño corso intentó hacer toda su vida: demostrar; y la persona a la que siempre intentó demostrarle su grandeza, siempre infructuosamente, fue su madre.

Napoleón nació y creció en una familia patriarcal, el gran patriarca de esa familia fue precisamente Letizia Ramolino, su madre. Incluso siendo el hombre más poderoso de Europa, Napoleón no hacía nada sin consultarlo con ella y recibir su aprobación, aprobación que sólo otorgaba si estaban de acuerdo con ella los que siempre fueron sus hijos consentidos; el más inteligente, José, y el rebelde, Lucien. Grandes berrinches de niño pequeño y herido hacía constantemente el emperador cuando no obtenía la aprobación de su madre.

En un nivel psicológico, todo lo que hizo Napoleón a lo largo de su vida fue buscar esa aprobación materna. Nunca la obtuvo. Ni siendo emperador de Francia, y prácticamente de Europa, logró el consentimiento de su madre, quien, como máximo gesto de desdén, no asistió a la coronación imperial de su hijo.

La falta de amor y aceptación materna lo persiguió toda su vida. Por eso nunca se sintió amado y aceptado por Josefina, por eso siempre intentó controlarla, comportamiento que jamás tendría con su madre, y por eso trataba de demostrarle su poder a su esposa. No importaba si ella lo aceptaba o no, en la mente de Napoleón fue donde todas las mujeres siempre lo rechazaron.

Así pues, el emperador de Europa sentía profundos rencores hacia su madre, y por añadidura a todas las mujeres, porque así es como funciona la mente humana. La mente generaliza experiencias individuales para vivir la ilusión de conocerlo todo. El conflicto de un individuo, hombre o mujer, contra lo que llaman patriarcado, es la generalización del conflicto personal, individual, íntimo, contra su propio patriarca, sea su padre o su madre.

Los problemas de una mujer o un hombre con las mujeres son manifestaciones del conflicto con la madre, así como los problemas con los hombres son manifestaciones del conflicto con el padre. Hay cosas en las que Freud sí tenía razón. Finalmente, en una sociedad fundamentada en la familia patriarcal, el padre y la madre son el arquetipo de hombre y mujer que desarrollan los individuos. Ahí están sus patrones repetidos, sus temores, aspiraciones, anhelos y contradicciones.

De ahí surgen el tipo de odios y amores, de amistades y enemistades; de ahí

surgen las elecciones de pareja, las expectativas depositadas en dichas personas, y por lo tanto los conflictos de la relación, así como la compulsión a repetir el patrón, elegir siempre el mismo arquetipo y poder corroborar la condena: todos los hombres o mujeres son iguales.

Podríamos analizar la mente de cada misógino pensador de la Ilustración y encontraríamos patrones muy similares. No tiene sentido, simplemente es importante ver que el patriarcado y el machismo hacen daño a la mente y realidad de mujeres y hombres de todas las épocas y en todos los niveles sociales, y que nunca encontraremos ningún tipo de paz mientras no liberemos nuestra mente del pasado.

El tema es que la Revolución francesa limitó la igualdad, libertad y fraternidad a los hombres, y Napoleón simplemente fue el culmen de todo lo anterior. Es por eso que esa inequitativa Revolución francesa fue el origen de los movimientos feministas. Lucharon junto al hombre contra la tiranía de los monarcas, y luego tuvieron que luchar contra la tiranía del hombre común.

Hombres y mujeres lucharon juntos en la Revolución francesa. Antes de eso, ambos géneros eran igual de oprimidos por la monarquía, fueran de hombres o de mujeres las testas coronadas. Por más igualdad, libertad y fraternidad que pregonaran los pensadores de la Ilustración, casi todos ellos fueron recalcitrantemente misóginos. Buscaban la igualdad de los burgueses con los nobles, pero no la de las mujeres con los hombres.

La burguesía ilustrada que se hizo del poder demostró ser exactamente igual de ambiciosa y miserable que la monarquía derrocada. Hermosos discursos, pero una sola ambición: el poder. Como clase social, la burguesía traicionó al proletariado, y como cuestión de género, los hombres traicionaron a las mujeres.

La traición de clase generó nuevas olas revolucionarias del proletariado contra la burguesía, pensadores como Marx y textos como el Manifiesto Comunista. La traición de género dio origen al feminismo y, su lucha, a pensadoras como Mary Wollstonecraft y textos como *La vindicación de los derechos de la mujer*. Básicamente se exigía que las mujeres disfrutaran de los mismos derechos que, luchando codo a codo con las mujeres, obtuvieron sólo los hombres.

De hecho, fue la británica Mary Wollstonecraft, madre por cierto de la famosa Mary Shelley, autora de *Frankenstein*, quien más mordazmente lanzó críticas a Rousseau. Coincidió con él en su pensamiento político, de manera muy especial en la idea del francés de que toda distinción de clase, cuna o riqueza, es absolutamente artificial y claro, la británica no dejaba de señalar la contradicción intrínseca de que Rousseau no quisiera ver en las diferencias de género la misma construcción artificial que veía en las demás.

Ante la definición que aquel hacía de la educación para las mujeres, Wollstonecraft señaló que Rousseau quería que éstas usaran su razón para pulir sus cadenas y no para romperlas. Es importante agregar aquí que esta gran precursora del feminismo abogaba por una igualdad social y legal, pero tenía y dejaba muy en claro

que hombres y mujeres eran, de hecho, diferentes, con cualidades y características diferentes, pero con la misma capacidad de usar la razón.

De igual forma dejó muy en claro que el objetivo de la lucha femenina no era que las mujeres tuvieran más poder sobre el hombre, sino sobre sí mismas. Con los estereotipos sociales que en el siglo XXI se construyen para las mujeres, incluso por las feministas, cabría preguntarse si tienen ese poder.

Tras la Revolución francesa, el proletariado no sólo quedó hasta abajo y sin oportunidades, sino más oprimido que nunca por el naciente mundo industrial. A lo largo del siglo XIX, estaba claro para el hombre común que el enemigo no era el otro sexo, eran los poderosos. Hombres y mujeres de la monarquía y la aristocracia sometían a hombres y mujeres del pueblo.

Fue el siglo de Marx y el *Manifiesto del Partido Comunista*. El famoso final de ese texto, “Proletarios del mundo, uníos”, no hacía distinción de géneros, pues la igualdad de la mujer en las clases bajas era evidente; podía compartir la miseria y las jornadas laborales de catorce horas con el hombre. Lo hacían, en efecto, con salarios menores por el mismo trabajo, pero eso no era causa, culpa o responsabilidad de sus hombres, eso tenía que ver con la estructura, y eso pasaba, de hecho, aunque al mando de dicha estructura estuviera una mujer.

El XIX fue el siglo de la construcción de la democracia occidental, una construcción lenta y penosa que no terminó de consolidarse hasta el siglo XX. Por eso la historia del feminismo como lucha social, como búsqueda de igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, está limitada a la historia de la democracia.

Hablar de feminismo es hablar de derecho al voto. Mucho se habla de que las mujeres no podían votar, pero muy poco se habla de que, en términos generales, los hombres tampoco. Esa historia, contada como lucha sufragista, hace caer en el error de pensar que los hombres siempre han votado en la historia, siempre a lo largo de siglos, y que sólo las mujeres eran excluidas de este estéril, vacío e inútil acto de ilusión de poder.

De hecho, limitar la historia de la desigualdad de la mujer a la historia del voto, es destruir esa historia y esa lucha. Hoy las mujeres votan en cada país donde los hombres lo hacen. Votan, tienen derecho a ser votadas, y mujeres muy poderosas han estado y están en la cumbre, en la cumbre de una sociedad jerarquizada y patriarcal que no están desmontando. En la cumbre de la jerarquía, manteniendo la estructura de sometimiento, y sometiendo a hombres y mujeres por igual.

Pensar que el voto hace libre al ser humano, sin importar su género, es la principal forma de perpetuar la sutil esclavitud de los tiempos modernos.

Fue en Francia donde nació la idea moderna de la democracia, a raíz la revolución de 1789. Sin embargo, ningún gobierno fue electo democráticamente hasta 1848, cuando, sólo hombres, votaron por Luis Napoleón Bonaparte, presidente hasta 1852 y emperador, bajo el nombre de Napoleón III, hasta 1870. Nadie votó en ese periodo, la democracia resurgió, sólo para hombres, y ese país que se dice cuna de la libertad y la

democracia no les otorgó ese derecho a las mujeres hasta 1944.

Pero la historia de las luchas feministas, limitadas al hecho de votar, es famosa por los hechos de Inglaterra y de Estados Unidos. Estados Unidos nació como país democrático en su guerra de independencia, en 1776; las primeras elecciones fueron hasta 1789 y fueron sólo para hombres. En esa otra cuna de la democracia, las mujeres se presentaron a las urnas en 1920.

En Inglaterra, país por excelencia de los movimientos sufragistas, las mujeres no pudieron votar hasta 1918, mismo año en que obtuvieron ese derecho los hombres. Antes de eso sólo existía el sufragio censitario, es decir, limitado a hombres que tuvieran cierta posición económica y social. Monarquía como siempre ha sido, el problema para Inglaterra no eran las mujeres, sino los plebeyos.

Curioso el caso de Inglaterra y su Imperio británico. El país de las luchas sufragistas, el viril imperio que dominó el treinta por ciento del planeta con presencia en todos los continentes, el reino de hombres orgullosos de su hombría y su poder, pero cuyo poderío imperial se debe a tres grandes mujeres: la reina Elizabeth en el siglo XVI, gran creadora e impulsora del imperio, la reina Victoria en el siglo XIX, quien lo llevó a su etapa de máxima gloria, y Margaret Thatcher en el siglo XX, quien le dio un efímero renacimiento.

Así es como el caso de Francia o Estados Unidos, creadores, impulsores y defensores de la democracia, se toma como si fuera el común, ahí donde efectivamente las mujeres tardaron en tener igualdad de derechos legales. En el resto de Europa, hombres y mujeres obtuvieron el voto al mismo tiempo y fue hasta el siglo XX. Eso no ha liberado a ninguno de los géneros.

La construcción de la democracia en América Latina es muy diferente. Ahí, sin excepción, el voto fue primero para hombres y mucho después para mujeres. Esa América tan machista, herencia de España, de la cultura latina, de Roma y de la cultura árabe, otorga hoy el derecho a votar y ser votadas a las mujeres, pero es en los paradigmas mentales y culturales en la que esa igualdad está muy lejos de existir. Eso, de hecho, ocurre a diferentes niveles en cada país y en cada cultura.

En el mundo actual la lucha femenina no debería ser por el voto o la democracia, discurso subyugante del mundo laico, sino para aprovechar esa democracia, esa Ilustración, ese laicismo, esa independencia del pensamiento religioso patriarcal dominante, para por primera vez cuestionar el tradicional rol femenino que venía imponiéndose durante miles de años, en un mundo donde toda división de género es caduca e innecesaria.

Pero la lucha real, tanto de hombres como mujeres, debería ser por la libertad de autodefinirse con total y absoluta independencia de las necesidades y los movimientos de la sociedad.

Si bien limitar el feminismo a la lucha por el voto, es limitar por completo lo femenino; la mujer en la democracia pudo y puede pugnar por leyes que le otorguen control sobre su cuerpo y la reproducción. En ese sentido, el voto y la democracia, en

una sociedad de ciencia y tecnología, libera a la mujer de la biología y convierte la reproducción humana en una opción, en un mundo que no necesita más reproducción humana.

Confundir la lucha femenina con votar, ser votada o hacer leyes, es limitarla a lo político, cuando el verdadero feminismo, o masculinismo, es mucho más amplio, mucho más existencial, filosófico, espiritual y místico. Es humanismo. Es reclamar el derecho a definirse uno mismo, séase hombre o mujer, en absoluta libertad, completamente libre de la historia y del pasado. Una historia y un pasado de miedo y odio que es imperativo dejar de perpetuar.

Sólo en absoluta unidad del hombre y la mujer, y más aún, de lo masculino y lo femenino dentro de cada hombre y cada mujer, será posible encontrar la paz en la guerra de los sexos.

## INFIERNO Y PARAÍSO

Una estructura basada en el poder y en el dominio, y por lo tanto en la violencia, sólo puede producir guerra. Patriarcado y civilización han ido creciendo de la mano desde la revolución agrícola, por eso civilización ha sido también sinónimo de guerra.

La civilización nació con pensamiento imperial, esto es expansión, imposición, sometimiento, conquista. Los humanos hemos evolucionado en muchas cosas, pero dentro de este tipo de estructura, nada evolucionó más que nuestra capacidad de destruirnos.

Hasta el siglo XVIII las dinámicas de la guerra habían cambiado muy poco, y lo más importante, aunque cada líder estaba dispuesto a ir a la guerra con tal de imponer sus razones y obtener sus deseos, la guerra siempre fue un medio para alcanzar el fin, y se buscaba que la guerra terminara. En el siglo XX la guerra es el fin en sí mismo y no se busca ganarla, no se busca que termine nunca, ya no se hace la guerra para obtener algo, se hace por la guerra misma.

Fue en el siglo XIX cuando la guerra comenzó a cambiar. A principios de dicha centuria, Napoleón aún combatía con infantería, caballería y artillería, con un estilo no muy diferente al de los últimos milenios. La última gran guerra de ese siglo, la franco-prusiana, fue la primera gran guerra industrial, luchada con armas que los gobiernos compraban a sus propios industriales. En el siglo XX los industriales se hicieron del poder, fue así como la guerra se convirtió en un fin en sí misma.

Fue durante las guerras mundiales, mientras Europa veía morir a ochenta millones de hombres en treinta años, y desfilar a ciento ochenta millones de soldados por campos de batallas, cuando los poderosos descubrieron el potencial de la guerra como negocio. Fue también cuando, en el máximo límite de la espiral de violencia, la guerra pasó del campo de batalla y los soldados al terreno de las ciudades y los civiles. Con tal de ganar dejó de importar destruir todo aquello que se quería ganar.

Ningún hombre o mujer de la primera mitad del siglo XX hubiera optado por padecer las terribles guerras mundiales. Ningún hombre consciente hubiese querido sufrir el trauma de las trincheras, de morir por defender intereses de poderosos disfrazados de ideales nacionalistas. Ninguna mujer hubiese optado voluntariamente por ver marchar al padre, al hermano, al hijo o al esposo a terribles e inhumanos campos de batalla.

Y, sin embargo, la parte occidental de la humanidad se dejó arrastrar a la barbarie de las guerras mundiales. En su momento, emocionados, los hombres partieron al campo de batalla, y las mujeres los despidieron con el romántico heroísmo del

guerrero.

En esas guerras cambió todo, unos cuantos poderosos de las grandes potencias movieron a millones de masas humanas a moldear un nuevo mundo según sus intereses. Ésa es la historia de todas las guerras. Los individuos son convertidos en masas con la idea del pueblo, de Dios, de la nación, y se matan por millones por mantener los privilegios de muy pocos, de unos cuantos. Nunca lo hemos cuestionado, lo podemos ver en las guerras del pasado y pensamos que no aplica a las del presente.

Hace dos mil quinientos años, cada espartano hombre era programado desde su más tierna infancia para estar dispuesto, deseoso incluso, a dar la vida por su ciudad. Cada mujer era programada para ver como algo romántico, heroico y feliz la muerte del hombre. Cada mujer, cada esposa y madre podía enorgullecerse de la valentía con la que moría el hijo o el esposo.

En la primera mitad del siglo XX, ciento ochenta millones de hombres se convirtieron en máquinas de matar, ochenta millones de cadáveres masculinos cubrieron el suelo europeo. El hombre le había prohibido a la mujer ocupar espacios en la sociedad, la industria y la economía que ahora, ante la ausencia de hombres, le pedía llenar. Comenzó la liberación de la mujer.

El problema, desde luego, es que la mentalidad de la humanidad y su civilización continúan siendo patriarcal y machista, por lo que la libertad de la mujer es muy relativa, y siempre más complicada de ejercer que la del hombre. La mujer es cada vez más libre de competir y subir dentro de la estructura patriarcal que esclaviza a todos.

Hoy la mujer es igual y es libre en teoría. Hoy también puede matar y morir en campos de batalla, también puede ser parte de un ejército, empuñar armas, dar órdenes de ataque, planear estrategias bélicas. Hoy la mujer es libre de morir como moría el hombre, de matar como él mataba. La mujer de hoy es libre de ser tan asesina como el hombre ha sido desde el inicio de la civilización. Qué equivocado camino ha tomado la libertad.

La mujer de hoy vota, trabaja, consume y compite. Lo hace aun en absoluta desigualdad, desde luego, pero votar, trabajar y consumir son actos y hechos que nada tienen que ver con la libertad. La mujer que rompió las cadenas del hogar paterno o conyugal, y que se liberó del mito de la costilla de Adán, en gran medida ha quedado prisionera de la sociedad del hombre. Entró a la rueda del hámster de la que tantos hombres quieren salir.

Ahora trabaja más, gana más, consume más y se consume más en la competencia. Fuma y bebe más, usa peores palabras y hasta escupe más lejos. Triste libertad adquirió la mujer liberada.

Millones y millones de esclavos han enaltecido durante milenios la idea de la libertad. La humanidad nunca ha sido libre, y muy pocos individuos han logrado serlo en realidad. La libertad reside mucho más allá de los arquetipos mentales y

estereotipos sociales, más allá de condicionamientos psicológicos, patrones de conducta aprendidos, ideologías programadas, dogmas religiosos introyectados. Más allá del mundo de acción y reacción en el que viven atrapadas nuestras mentes.

El macho nunca fue libre, aunque impusiera su control sobre la sociedad. Nunca fue libre de ser él mismo, el individuo absolutamente único e irrepetible que es imposible ser dentro de la masa humana que se identifica con ideas, tradiciones, pasado, dogmas, nacionalismos y todo tipo de ismos. El hombre rudo, el macho alfa, el líder fuerte, el poderoso, el conquistador, el guerrero, el proveedor, nunca han sido más que la repetición eterna de lo que la estructura social ha requerido de ellos a lo largo de los tiempos.

El macho nunca fue libre. La mujer que reacciona al macho tampoco lo es. La mujer que, prisionera en un mundo diseñado por y para hombres, en un mundo que asesina el lado femenino de la existencia, se deja enredar en la trama de los hombres, en el conflicto y la competencia, en la supremacía, en la ilusión de dominio... esa mujer es tan prisionera del mundo de los hombres como lo es la frágil doncella, la madre abnegada, la musa impoluta, el ama de casa perfecta.

En un mundo herido en su lado femenino, en su receptividad y pasividad, en su quietud y serenidad, en su atención y compasión, en la colaboración y en la empatía. En ese mundo despojado de la mitad esencial de su ser, no hacen falta mujeres que se sometan al hombre, ni las que compitan contra ellos con su misma testosterona. Ni mujeres que perpetúen el dominio del macho a través del hombre, ni las que lo impongan a través de la mujer. Ni la que se aferra al cuento de princesas ni la que quiere despertarlas violentamente.

Votar, trabajar y consumir. A esa triste realidad hemos permitido que se nos limite. Nacer, trabajar, producir, consumir y morir parece ser el máximo ideal de la humanidad moderna, tanto para mujeres como para hombres. Todo el maravilloso e inconmensurable misterio que es la mente humana, limitada a repetir patrones, a identificarse con ideas, a luchar por ideologías, a competir en una carrera interminable y totalmente ficticia.

Decía Nietzsche que el ser hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, una cuerda sobre el abismo, que nuestra especie es un tránsito y no un oasis; es decir, que no estamos completados, sino que vivimos en un maravilloso proceso de sublimación, en un eterno ascenso hacia lo divino.

La especie humana busca completarse. Cada individuo humano debe crearse a sí mismo, realizarse, trascenderse. A la mujer se le convenció de que tan sólo el cumplimiento de su papel biológico la llevaría a esta sublimación, mientras un mundo de posibilidades se abría ante el macho de la especie, al que de cualquier forma se le limitó su realización a ser capaz de morir y matar, de producir y de consumir.

La civilización y la sociedad condenan tanto a hombres como a mujeres, condenas muy diferentes, cargas muy distintas, pero ambos son prisioneros de la propia estructura que construyeron en complicidad a lo largo de milenios. La hembra fue

condenada a la cueva, el macho fue condenado al mundo. Los dos duelen de maneras diferentes.

Pero el mundo de afuera de la cueva ofrece muchas más opciones, más retos, más aventuras, más estímulos a la mente. El mundo afuera de la cueva ofrece poder y control, ofrece dominio; y así el hombre ejerció el dominio, comenzando sobre la mujer. La biología hizo su parte, la cultura hizo la suya, y el mundo fue para el macho de la especie. El equilibrio quedó absolutamente destruido.

Desde que desarrolló el lenguaje hace unos cien mil años, el ser humano rompió las cadenas de la evolución, la comunicación le permitió logros que la genética animal le negaba. Obtuvimos la capacidad del pensamiento abstracto, ahí está la imagen y semejanza, somos absoluta y eternamente creadores. Somos los inconscientes creadores de todo nuestro mundo. La creatividad catapultó al ser humano a alturas donde sus genes tardarían millones de años en llegar, pero la inconsciencia lo sepulta en los abismos más profundos.

Todo en la vida social es una construcción, todo es una creación humana; dioses, reyes, rituales, leyes, símbolos, ideologías. Pero como hemos creado un mundo de dominio y competencia, todo gira en torno a la ilusión del poder. Por eso los dioses y los reyes, los rituales y los símbolos, las ideas y las leyes, giran en torno al poder. Desde el poder construido por los hombres se impusieron y se imponen ideas que someten a la mujer en lo profundo de la mente, que le programan ideas de inferioridad, que la convencen de un orden con el macho a la cabeza.

La liberación de la mujer sólo puede estar en el mundo de las ideas. Y para que exista una liberación de la mujer es fundamental que exista una liberación del hombre. Que ambos se liberen de sus arquetipos, de sus roles de género, de ser la botarga que la sociedad los ha obligado a ser desde el inicio de la civilización.

Hay un solo objetivo en la vida humana y es la felicidad plena y absoluta. Esa plenitud total es el paraíso, y es fundamental deshacernos de la idea de que el paraíso es algo a lo que se aspira tras la muerte. El paraíso, al igual que el infierno, es un estado mental. El paraíso es la paz y el infierno es la guerra.

El patriarcado es una estructura de poder y dominio que, aunque es una creación masculina, ha tenido mujeres al mando desde su inicio. El patriarcado es la estructura, no el sexo del que manda. Si el objetivo del feminismo o la idea de matriarcado es que sean mujeres las que estén al mando de dicha estructura de poder, dominio, violencia y guerra, o que hombres y mujeres compitan con equidad por ese poder, nada hemos logrado. Humanismo es lo que necesitamos.

Hombres empoderados, mujeres empoderadas, o la idea de hombres y mujeres compitiendo sin restricciones por empoderarse, y ser desde arriba los que ejerzan poder y dominio, son sólo diferentes nombres para el mismo infierno. Hombres y mujeres, distintos como son, con igualdad de derechos para ser plenos y felices, liberados de la necesidad de competir y dominar, es el único camino al cielo.

## LA PRISIÓN DE LA GUERRA DE LOS SEXOS

Dos prisiones tienen hoy en día las mujeres: las de su histórico y legendario sometimiento, y las de su novedosa liberación. La prisión de su sometimiento es evidente en los roles de género que se le han impuesto, como una única y limitada forma de ser mujer: ser madre y esposa, ser ayuda y reposo del hombre, ser sumisa y abnegada, ser la administradora de la riqueza generada por el hombre, y estar condenada a vivir como apéndice masculino, como ser nunca autónomo y siempre dependiente.

El legendario sometimiento de la mujer le hizo pensar que hay sólo una forma de ser mujer. No hay libertad en eso y no hay plenitud sin libertad. Mucho más sutil es la prisión de la liberación de la mujer. La mujer de hoy, al igual que el hombre, tampoco es libre de ser simplemente humana y definirse a voluntad, sigue definiéndose con base en los arquetipos construidos socialmente para la mujer.

La liberación le exige ahora ser como hombre, competir contra hombres en el mundo de los hombres y con las reglas de los hombres. De ser la mujer condenada a la casa, pasa a ser la mujer arrojada al mundo, siempre limitando el concepto de mundo al ámbito laboral y profesional y, por lo tanto, económico. La mujer liberada es libre de ser como hombre, es libre de ser un engrane más de la civilización industrial y su irracional producción y consumo masivo de cosas innecesarias.

La mujer liberada es libre ahora de ser tan tradicional como quiera en su rol, o de buscar el camino del hombre, un camino que también fue diseñado con base en los intereses de poder de la sociedad desde que existe la civilización.

Tradicionalmente se educaba a la mujer para caer bien, para ser atenta y amable, ser virtuosa para el hombre, ser culta sólo en ciertos temas, ser reservada y discreta, siempre para beneficio y tranquilidad del hombre. A la mujer se le educó, se le programó, para quedarse en casa como si eso fuera un orden natural; al hombre se le educó para salir al mundo y morir en la guerra.

Se ha educado al hombre en la guerra y el conflicto porque ése ha sido uno de los sostenes de la civilización. Desde el griego orgulloso de morir contra los persas, el romano altivo por matarse contra los cartagineses, o el estadounidense siempre dispuesto a perder la vida contra alemanes, rusos o musulmanes, hasta las guerras del hombre de traje y corbata, el enfrentamiento ha sido siempre el condicionamiento con el que se programa al macho de la especie.

Al hombre se le educa para ser exitoso, poderoso, ambicioso, competidor voraz, macho alfa... eso tampoco es libertad. Y al hombre promedio, el de a pie, el que no

tiene el poder en el patriarcado, se le somete de igual manera a una sola forma de ser hombre, según la cual será socialmente juzgado y etiquetado.

El hombre debe de ser ganador, siempre se la ha dicho eso, y la única forma de ser un eterno ganador es ser violento. Ahora, al tiempo que se le exige ser el ganador de siempre, el campeón, el alfa, el proveedor, el exitoso, se le pide que no sea violento, cuando la violencia es fundamental para la competencia sin fin en la que está, como hámster en una rueda, condenado por la cultura patriarcal. No es fácil ser mujer en el patriarcado, tampoco es fácil ser hombre. Ninguno es libre.

Es fundamental declarar la paz, ser felices, ser libres de experimentar la existencia de la manera absolutamente personal e individual que cada ser humano decida. Responder a roles sociales nunca ha sido libertad, y hombres y mujeres no hemos abandonado esa prisión, antes bien, no dejamos de construirla.

El concepto de masculinidad, virilidad y hombría del patriarcado, limita mucho al hombre. No puede tener miedo, no puede ser sensible, no puede ser amoroso ni tierno. No puede elegir ser buen esposo, buen amante, buen padre, buen ser humano. Tiene que ser buen proveedor. El hombre del patriarcado vive eternamente teniendo que demostrar su valor viril, entendido de la forma en que la sociedad lo ha dispuesto: el poder, el dominio, el dinero, el éxito.

Al hombre, la obligación de ser duro lo obliga a construir una careta, una botarga de sí mismo, una caricatura del macho con un ego súper frágil disfrazado de autoestima, un disfraz que sólo puede mantenerse con violencia.

No puede haber una verdadera liberación femenina sin una liberación masculina. Las dos son vitales para una liberación de la humanidad. Una humanidad liberada de los roles que ella misma ha construido en torno al hombre y a la mujer. Sólo juntos podemos declarar la paz en la guerra de los sexos.

Al hombre se le educa para ser el gran poderoso y esa careta sólo puede mantener a costa de construir y defender un ego gigantesco. A la mujer se le educa para no herir ese ego temeroso de ser descubierto.

Siempre hay disfraces entre el hombre y la mujer, y es imposible amar a un disfraz. Siempre hay lucha de egos y dominio entre hombres y mujeres, y no puede existir el amor en medio de la guerra. Siempre ha existido un sometimiento social y económico del hombre hacia la mujer, y es imposible amar a tu carcelero.

El hombre que se intimida por el éxito de una mujer, es el tipo de hombre que esa mujer exitosa no busca, por lo que a dicha mujer no debería causarle estrago alguno que exista ese tipo de hombre. Pero hay que comprender que, el hombre que se intimida por el éxito de la mujer, no es un cobarde, es un simple prisionero más de la caricatura de los roles de género que hemos dibujado a lo largo de siglos y milenios. Es un hombre producto de la violencia cultural del patriarcado.

La mujer que se somete al hombre, deja que el lado masculino de la existencia, el Yang, genere el terrible desequilibrio de destruir la fuerza del Yin. La mujer que compite contra el hombre, con las reglas del hombre, en el mundo creado por los

hombres, para subir en las escalas y jerarquías desarrolladas por los hombres, es también asesina del Yin, es también un combatiente de la fuerza masculina en este terrible desequilibrio.

Todo es cuestión de roles y todo rol es una construcción cultural. Toda construcción cultural es una estructura elaborada lentamente por todo un colectivo humano a través de los siglos y los milenios. Aunque todos colaboramos lentamente en esa penosa construcción, las estructuras siempre han estado y estarán al servicio del poder. Todo conflicto de roles es un conflicto de poder, y todo conflicto de poder entre los de abajo, sin importar su razón, es en beneficio de los que están en la punta de la pirámide social, los que finalmente viven de la división y el conflicto.

Toda construcción social está al servicio de la subsistencia de la estructura social, y toda sociedad depende del poder. Así pues, todo constructo social tiene como objetivo sustentar el poder. Desde el poder es desde donde se construyen y reconstruyen los arquetipos y los roles. Desde el poder se usan todos los recursos necesarios para encausar la construcción de símbolos, mitos y leyendas que determinan el pensamiento de las masas desde el inicio de la civilización.

Desde antiguas leyendas egipcias, mitologías griegas, teogonías y religiones, arte y literatura, hasta medios masivos y redes sociales, estrategias de comunicación, técnicas de mercado y hasta asesorías de imagen, todo es lo mismo: construir los arquetipos que determinan a una sociedad, sus ideas, aspiraciones y valores, siempre contruidos desde el poder.

El papel del hombre y de la mujer, evidentemente, no queda fuera de esta dinámica. Hoy hay quien piensa que la mujer ya es tan libre como el hombre, la mayoría piensa que está en el camino, pero que aún hay mucho trecho que recorrer. La trampa, desde luego, es que el hombre nunca ha sido realmente libre, y ésa es la libertad a la que se dirige la mujer.

La humanidad jamás ha sido libre desde el inicio de la civilización, una mente que vive la guerra de los sexos no ha dejado de ser prisionera, y sólo en absoluta libertad se puede alcanzar la paz, así como encontrar la plenitud que es nuestra por derecho, sin distinción de género.

## HOMBRES Y MUJERES SIN SENTIDO

Nada hace más terrible la vida humana que la ausencia de sentido, vivir desorientado y a la deriva. Nada es más sombrío que simplemente sobrevivir, y a eso parecemos estar condenados. Sobrevivir por separado y en eterno conflicto, sobrevivir con miedo y por lo tanto sin amor. Es la mayor insensatez y el más escalofriante sinsentido.

Sobrevivimos por separado lo cual es la esencia de la guerra. Sólo en la unidad está la paz. Pero la unión necesaria va más allá de hombres con mujeres, mujeres con mujeres u hombres con hombres. Necesitamos vivir la unión de lo femenino y lo masculino dentro de nosotros mismos, pues es la única forma de buscar y encontrar esa unión en el mundo.

El conflicto de lo masculino y lo femenino en el mundo es resultado de que ese conflicto existe en la mente de cada individuo, a cada individuo se lo heredó la sociedad terriblemente enferma que ha construido y perpetuado estructuras basadas en el miedo.

El origen de dichas estructuras, hace miles y miles de años en el pasado, es precisamente el miedo de los individuos. Con base en miedo se construyeron, con base en miedo e inconsciencia se repitieron, adaptaron y perpetuaron, y así es como individuos temerosos construyeron una sociedad en la que básicamente se enseña de generación en generación a seguir viviendo en el miedo, y por lo tanto en la división, el conflicto, la culpa, el rencor y el odio.

Cosas muy tristes nos hemos enseñado a nosotros mismos, y una de ellas ha sido el miedo entre los sexos, que necesariamente se convierte en rencor, odio, culpa, desconfianza y por lo tanto guerra.

Entonces nos dividimos unos de otros con ideas e ideologías, con estructuras sin alma, pautas de comportamiento, rituales y protocolos, con esas terribles prisiones que son los roles de género. Una sociedad construida con base en el miedo sólo puede vivir en conflicto consigo misma y con las demás; es por eso que la civilización se basó desde el principio en la guerra y por eso quedó en las manos del hombre. Es por eso que prácticamente todas las estructuras sociales están diseñadas para proteger al hombre y dominar a la mujer.

Y así, siempre buscado protección y guía, fuimos estableciendo pautas y caminos, modos de ser convertidos en lo normal y en lo correcto. En una sociedad basada en el poder, esas pautas y esos modos de ser se construyeron para sostener una estructura de poder que resguardara a los poderosos. Toda división de clase, de nivel social, de

rango humano, y desde luego de género, es absolutamente ficticia, un constructo para moldear el comportamiento de los individuos.

Así, se nos enseña a encontrar satisfacción en el cumplimiento de la norma, en ser normales, a buscar el sentido de la vida por los cauces establecidos para ello, y a tratar de encontrar el propósito de nuestras vidas siguiendo las instrucciones del deber ser.

El hombre necesita tener un propósito, durante siglos y milenios lo tuvo claro, aunque nunca lo definió de manera individual. Hoy, el nuevo mundo al que no se acostumbra lo hace sentirse sin un propósito. Se le enseñó a ser fuerte, competitivo y, ante todo, proveedor. Nada importaba si era proveedor, los defectos se perdonaban si era proveedor. Eso lo hacía hombre ante los ojos sociales.

El hombre de hoy aún no entiende cómo ser hombre. Sabe que se cuestiona la forma tradicional de serlo, quizá hasta lo comprende, pero no sólo no entiende de nuevas masculinidades, sino que se enfrenta a un mundo neurótico y esquizofrénico que al tiempo que repudia el antiguo rol, es lo único que sigue educando y perpetuando.

La mujer necesita tener un propósito. Durante siglos o milenios lo tuvo sin cuestionar. Tuvo el propósito socialmente impuesto. En el mundo moderno la mujer busca su propósito, cuestiona los viejos roles y busca otros, pero se ha generado dudas, lucha y conflicto. La mujer liberada vive a veces más esclavizada que el hombre, pues trata de ser hombre y mujer. Es decir que al final se esclaviza a dos roles en lugar de a uno, y es eso a lo que llama libertad, una libertad que también cuestiona.

Y claro, mientras hombres y mujeres buscan su nuevo espacio social en el mundo de hoy, a los niños los educa el internet, las redes, los medios. Mientras hombres y mujeres buscan su camino nadie se ocupa de ellos. Quedan abandonados a que los eduque una sociedad reactiva, violenta, convulsa, reactiva y conservadora, en la que surgen a diario miles de nuevas dudas, sin nadie que sepa dar respuestas.

Vivimos hoy en un mundo que parece más libre que nunca, a la vez que es más esclavista de lo que jamás había sido. Te da más libertad de elegir tu vida, pues se tiene el derecho de ser, hacer y pensar lo que plazca, pero hay cada vez más poder de la industria cultural, de los medios, de las redes, para encauzar absolutamente esa libertad. Hoy, más que nunca, se nos dice qué hacer, qué pensar, qué amar y qué odiar.

Hasta hace no muchos años aún se nos enseñaba a idealizar la imagen del macho, hoy se nos enseña a odiarla. Está claro que ser macho es la forma más estúpida de ser hombre, pero es el teatro al que la estructura social ha arrojado al hombre. Hoy está claro lo innecesario de ese papel, hoy se cuestiona, se critica y se rechaza una masculinidad basada en la violencia, pero lo cierto es que la sociedad del mundo moderno sigue estando estructurada en torno a la violencia. Aún se idolatra al hombre violento.

El hombre de a pie no debe ser violento, pero esa violencia es aplaudida en líderes de todo tipo, y sigue siendo el estereotipo mediático más impuesto. El hombre no debe ser violento, pero en las novelas, telenovelas, películas, series, y todo ese entramado de industria cultural que tristemente marca la pauta de los comportamientos, se venera al hombre violento. Las temáticas mediáticas de ficción giran en torno a la violencia, y aún se relaciona el heroísmo con la violencia.

Más allá de eso, el mundo nunca había exaltado la competencia tanto como hoy. Ser competitivo se inculca aún como valor, y en aras de la equidad, hay que hacer competitivos y competidores a hombres y mujeres. Toda la estructura económica es un capitalismo de competencia. Hay competencia entre empresas, entre corporativos, entre países. Hay competencia para poder figurar en el mercado laboral y sobrevivir. Se compite por un puesto de trabajo, se compite adentro una vez que se ha conseguido. Se compite entre hombres y entre mujeres.

Ya que el mundo es competitivo, la competencia se educa. Se compite para entrar a una escuela, para permanecer dentro, se compite en el patio escolar, se compite para conseguir una buena universidad, se enseña la competencia en el deporte y hasta en las artes. Se estimula la competencia en los medios, en la escuela y en la propia familia, donde se compite incluso por el amor de los padres. En las familias aún se enseñan roles de género; en las religiones, que también compiten entre ellas, aún mandan los hombres, y Dios sigue siendo Él.

## DE REGRESO AL PARAÍSO

Hace ya tanto tiempo que nos exiliamos a nosotros mismos del paraíso que no recordamos nada sobre él. La unidad nos parece una utopía, la paz una quimera y el amor una fantasía irrealizable, una ingenuidad. El conflicto se ha metido de tal manera hasta lo más profundo de nosotros que ya sólo sabemos vivir en guerra. La guerra se ha convertido en la cotidianeidad y la paz ha pasado a ser un accidente.

Cosas terribles nos hemos enseñado los humanos unos a otros. Nos hemos enseñado a ver todo desde el miedo, nos hemos transmitido odios y rencores de generación en generación remontándonos hasta el origen mismo de la civilización. Hemos construido nuestro propio infierno y nos aferramos a él, nos parece normal vivir en la discordia y la división, nuestra mente se aferra al conflicto, lo ve y lo busca en todos lados, cualquier pretexto nos sirve para dividirnos, para sentirnos diferentes.

La existencia real es unidad pura, unidad total. Unidad significa que todos somos uno, que no hay diferencia real entre ningún fenómeno del universo, desde las estrellas en las galaxias más lejanas hasta la delicada fila de hormigas, eternamente siguiendo un camino, entre la estrella más brillante y el átomo más ligero. Todo hecho de la misma materia, materia que es la manifestación de la única energía.

En la unidad todo conflicto es ilusorio, una interpretación humana desde una mente llena de división, de miedo, de resentimientos y de culpa. Desde mentes con esas oscuridades es que los humanos ven el mundo, lo juzgan, lo rechazan, entran en conflicto con él, lo condenan, lo padecen y lo convierten en un campo de batalla, en el escenario de una desgastante competencia sin fin en la que nadie gana nada que no sean ilusiones.

Desde una mente conflictiva, la mente que observa el mundo ve conflicto y sufre. Desde una mente llena de paz la mente percibe la paz del mundo. Desde una mente de luz se percibe amor, lo cual significa unidad, paz, aceptación e inocencia. Desde una mente dominada por las penumbras del miedo, sólo puede verse eso: miedo en vez de amor, división en lugar de unidad, conflicto y no paz, juicio en vez de aceptación, y derivado del juicio y la inminente condena que siempre lo sigue, en vez de inocencia, la mente sólo puede percibir culpa.

Culpa, la emoción falsa que nace de la ausencia de amor a uno mismo y los demás; es decir, de la no aceptación. Culpa porque nos juzgamos, y juzgamos desde expectativas construidas en el pasado por humanos de otros tiempos, con conflictos, necesidades y dolencias de otros tiempos. Juzgamos porque esperamos algo en vez de

aceptar lo que es.

Juzgamos al mundo y a los demás porque no se adaptan a la versión que cada uno de nosotros tiene de cómo deben ser las cosas y, desde luego, nos juzgamos a nosotros mismos por no ser como determina el deber ser de otros tiempos, las expectativas construidas por una sociedad absolutamente esquizofrénica, por no ser como dictaminaron los fantasmas del pasado.

En el pasado remoto, antes de la civilización, dominó lo femenino. En un pasado menos remoto y que lucha por no extinguirse, domina lo masculino. En realidad, domina el conflicto y la confusión. Hombres que anhelan poder ser débiles y frágiles, que buscan su mutilado lado femenino, su compasión y su intuición, su creatividad y sensibilidad. Hombres desgastados por el peso de tener que demostrar a diario que su cromosoma Y es más grande y poderoso que el de otros. Hombres condenados por ellos mismos, su civilización y su cultura, a esta eterna carrera freudiana que sólo puede dejar insatisfacción.

Conflicto dentro del hombre por la libertad de ser otro tipo de hombre, por el derecho de vivir otras masculinidades, por el inalienable derecho a derramar una lágrima, a pedir ayuda y a decir no puedo. Hombres confundidos por una condena que la sociedad les deja caer por ser exactamente como la sociedad del pasado, sus valores y sistemas, sus religiones y políticos, sus medios de comunicación y sus leyendas les dijeron que deberían de ser.

Hombres machos que aprendieron a ser machos de su padre y de su madre, que a su vez lo aprendieron de sus padres y los padres de sus padres. Hombres aferrados al anquilosado arquetipo de ser fuerte, rudo, poderoso e impenetrable. Despistados sujetos masculinos que aprendieron la única forma que en general se ha educado y perpetuado de ser hombre. Hombres aterrados porque ahora es incorrecto o hasta ilegal ser de la única forma que su propia sociedad les dijo. Hombres al borde de la esquizofrenia de recibir desaprobación por la misma actitud que poco tiempo atrás recibía alabanza.

El hombre de hoy no sabe cómo ser hombre. No entiende el mundo que ha dejado de ser mandato de los hombres. Pero nadie le explica amorosa y compasivamente el nuevo mundo y los errores del pasado.

Hoy domina el conflicto y la guerra. El conflicto dentro de la mujer obligada a sobrevivir en un mundo diseñado por hombres y que está por lo tanto basado en la masculina competencia y no en la femenina colaboración. La eterna conflagración interna de la mujer moderna, que tiene nuevos, hermosos y teóricos derechos femeninos en el mundo de los hombres, pero que se ve obligada a renunciar a su feminidad para luchar por su espacio, usando las estrategias y las reglas del lado masculino.

Conflicto en mujeres que rechazan su feminidad, porque la cultura del falo le ha enseñado que lo femenino es inferior. Mujeres educadas por sus madres y abuelas para asumir una inferioridad construida por la sociedad y no por la naturaleza. Un

lado femenino de universo, de la existencia, sometido por la fuerza masculina que domina la mente colectiva de un mundo que ha vivido doce mil años de patriarcado.

Conflicto y competencia entre hombres, desde luego, pues siguiendo la inercia de los últimos miles de años, cada hombre se deja dominar por su cerebro reptil, el más animal sustrato de nuestro encéfalo, donde vive el Ello freudiano que sólo busca placer y poder, donde vive la bestia violenta, la cueva donde aún se aloja el macho alfa que tiene que salir a diario, a cada momento, en cada oportunidad, a demostrar su confundida virilidad.

Competencia entre los hombres que están dominados y sojuzgados por su lado masculino, sin entender que cada opuesto contiene a su contrario, que hay una inmensa fuerza femenina dentro de él, poderosa, creativa y creadora, receptiva, compasiva, intuitiva. Un complemento de su ser que lejos de disminuirlo lo engrandece.

Mujeres dominadas por su lado masculino como única forma de sobrevivir, sumadas a la guerra, a la competencia y a la obsesión de poder. Mujeres que aprendieron, muchas veces de otras mujeres, que lo femenino es menos, que la noche, la oscuridad, la luna, la tierra, la muerte transformadora, la pasividad y receptividad, es intrínsecamente inferior que sus contrarios masculinos. Mujeres confundidas porque esta sociedad las empuja a ser como hombres.

El patriarcado machista no es un conflicto de hombres contra mujeres o viceversa. Es una lucha de lo masculino contra lo femenino en toda la cultura y por lo tanto en cada individuo, sea hombre o mujer. Es una estructura basada en la exaltación de lo masculino, y que por lo tanto ataca lo femenino tanto en mujeres como en hombres. Ambos sexos despojados de la mitad de su ser.

Competencia entre los hombres por las mujeres, por ser el Espalda Plateada de la manada, por el bastón de mando, por el título más rimbombante, los amigos más influyentes, el coche más vistoso, el cheque más grueso, la experiencia más impactante, las pistolas más largas, la hebilla mejor lustrada, el escupitajo que llega más lejos. La terrible guerra por la ilusión de poder, la batalla interminable contra uno mismo, los demás, la cultura, la historia y el pasado.

Competencia entre las mujeres que, alienadas de su lado femenino, han caído víctimas de la masculina característica de la competencia. Mujeres que compiten contra mujeres por los hombres, por los créditos y títulos, por los puestos, por el poder y el mando... al mismo estilo destructivo que ya nos daba la testosterona. El colaborador, creativo, amoroso y compasivo lado femenino, destruido por la masculinidad que las mujeres se ven obligadas a desarrollar en el mundo del falo.

Y desde luego, el conflicto final, la apocalíptica batalla de máxima destrucción. Eterno estado de guerra entre hombres y mujeres. Temerosos ambos, reaccionarios ambos, confundidos ambos. Padeciendo en solitario esa estructura social y cultural que se ha volcado con temible violencia contra los dos géneros. Cada uno culpando al otro, cada uno reaccionario, cada uno encerrado en sí mismo y su historia.

Luchando por separado la batalla de la división que sólo puede ser ganada por la unidad. Aumentando un miedo que sólo puede sucumbir ante el amor, alentando el conflicto que sólo puede ser apaciguado por la verdadera paz, regenerando juicios y lanzando culpas que nos alejan de nuestra original inocencia y pureza.

Todos compitiendo por llegar a un arriba que no existe, pisoteándonos por escalar una montaña por completo ilusoria. Perdidos en el mito de la competencia, engeguados completamente por él, y atrapados en la inmensa rueda de hámster que es la sociedad industrial; convertidos en el engrane que nuestro actual sistema nos condena a ser.

Eternamente produciendo, y eternamente consumiendo el dinero ganado por producir lo producido que luego consumimos... y confundiendo ese feudalismo sublimado con libertad. Esclavos convencidos de ser libres, votando para legitimar un sistema político del que no tienen control, consumiendo para alimentar una economía que los consume, y opinando en redes sociales para convencerse del mito de su libertad de expresión.

La dualidad entre femenino y masculino, al ser dualidad, debe de comprenderse como los dos polos de una única existencia. La realidad es unicidad absoluta, una unicidad que se manifiesta en la absoluta interdependencia existente entre todo lo que existe, la sutil, delicada, exquisita y eterna relación entre cada minúsculo detalle de la existencia.

La dualidad es el primer paso de la fragmentación, y la fragmentación es la base y causa de todo conflicto. El conflicto lo hemos construido juntos hombres y mujeres, en complicidad a veces deliberada y a veces silenciosa, a veces pacífica y a veces violenta, a veces patente y otras tantas ocasiones escondida. Así, juntos e inconscientemente, a lo largo de siglos y milenios, construimos nuestro mundo, nuestro actual infierno, el campo de batalla para matarnos unos a otros por ser X o Y. Sólo juntos podemos desmontar esta estructura y crear otra, una más consciente, más compasiva y basada en la unidad.

La mujer y el hombre han sido corrompidos por el patriarcado. El mundo está desesperadamente urgido de equilibrio, la estabilidad dinámica entre lo masculino y lo femenino. Ambos, hombres y mujeres, como seres totales que somos, contenemos las dos fuerzas. Ambos, como seres rotos que nos ha hecho la sociedad, destruimos esa inmensa fuerza de toda la existencia.

La mujer se está liberando del hombre, pero no de la estructura creada por el hombre, no de su sistema, de su conflictividad y su competencia. No se ha liberado de esa sociedad brutal, aguerrida y despiadada. Llega, compitiendo con reglas masculinas, a la cima de alguna estructura diseñada por el hombre, y se empodera como hombre, domina y somete como hombre. Llega a la cima política y sigue la senda de la guerra creada por el hombre. Esa mujer no está haciendo renacer el poder femenino.

Sólo un hombre y una mujer desnudos pueden declarar la paz. Nuestro mundo

necesita individuos, hombres y mujeres libres, libres de ser hombre o mujer en la forma en que cada quien lo determine, expresando el equilibrio del ser íntegro y completo que somos. Hombres y mujeres libres de roles de género, pero también libres de conflictos, de retos, de competencia, de tener algo que mostrar.

Hombres y mujeres libres del pasado, de la historia, de toda construcción cultural y religiosa, de todo condicionamiento social, de los roles asignados, sea por sumisión o rebeldía. Hombres y mujeres libres de ser simplemente humanos que experimentan la existencia del modo que su corazón les dicte.

Sólo la mujer, libre de ser mujer, libre de la imposición del mundo del hombre, de la brutal y despiadada competencia, libre de la necesidad de demostrar... sólo la mujer que honra su ser como mujer, que acepta como glorioso el aspecto femenino de la existencia, el que incluye y contiene la luna y la noche, la transformación, la receptividad, la fertilidad de la tierra, lo creativo, lo compasivo, lo intuitivo, lo amoroso... sólo esa mujer podrá declarar la paz.

Sólo el hombre, libre de ser hombre, de serlo sin estereotipos, libre del macho y el machismo, de su falso orgullo, de la estúpida arrogancia. Libre de la competencia y de la necia idea de mostrar la virilidad. Sólo el hombre que honra su ser como hombre, que acepta el glorioso aspecto masculino de la existencia, el que incluye el sol y el día, lo activo, lo permanente, lo racional, la voluntad de poder... sólo ese hombre podrá declarar la paz.

Sólo mujeres y hombres libres de ser lo que quieran más allá de los constructos de género, más allá de ismos e ideologías, más allá de conflictos heredados y odios aprendidos. Hombres y mujeres que honren las dos maravillosas fuerzas que conforman su ser, su Psique y su Eros, su Yin y su Yang, su luz y su oscuridad... sólo esos seres humanos podrán declarar y encontrar la paz, en el único lugar donde pueden hacerlo: dentro de sí mismos y por lo tanto en el mundo.

El hombre y la mujer encadenados por su pasado perpetuarán la guerra. No existe la dualidad en el paraíso, sólo podemos volver juntos. La esencia de este mundo es la dualidad y la fragmentación, pero ese mundo dual y fragmentado está en realidad en tu mente. La unidad también está ahí.

La humanidad vive inmersa en el conflicto y una de las más espeluznantes manifestaciones del conflicto eterno es la guerra de los sexos. Como en todas las guerras, sólo tú puedes transitar por el sendero de la paz. La humanidad vive en guerra porque tú vives en guerra, la humanidad vive dividida porque tu mente está dividida.

La guerra de los sexos es la manifestación de tu conflicto interno, el hombre negando su feminidad o avergonzado de su masculinidad, la mujer en conflicto con el hombre o con su ser como mujer. La batalla entre lo masculino y lo femenino se libra adentro de ti, como todas las batallas.

Cada hombre debe de perdonar y perdonarse. Perdonar una tradición de doce mil años que lo obligó a mutilar su ser, y perdonarse a sí mismo por permitir que eso

fuera así. Debe de perdonar a cada hombre y a cada mujer que le haya causado dolor y haya fomentado en su ser la guerra de los sexos. Debe de perdonar a las mujeres a las que teme y perdonarse a sí mismo por haber albergado ese temor. Perdonar los dos aspectos de su ser y perdonarse a sí mismo por haber vivido escindido y por lo tanto incompleto.

El perdón es esa desnudez que nos llevará al paraíso, esa inocencia total, esa ausencia de juicio, esa aceptación. Perdonar es soltar el pasado y vivir libre. Perdonar es el camino a ese misterio que muchos llaman Dios y que en realidad no tiene nombre.

Cada mujer debe de perdonar y perdonarse. Es más difícil para ella porque ha sido el blanco eterno de esta batalla, pero le es más fácil porque su feminidad está más relacionada con el perdón. Perdonar a la historia y la cultura que la sometió y le enseñó a estar atrás del hombre, y perdonarse por haberlo creído y muchas veces transmitido.

Debe perdonar a cada mujer y cada hombre que la haya atacado, en todas las formas que hemos desarrollado para atacar a la mujer. Perdonar a los hombres a los que odia y a sí misma por permitirse albergar odio en su corazón. Perdonar las dos fuerzas combatientes en su interior y perdonarse a sí misma por haber vivido incompleta y escindida.

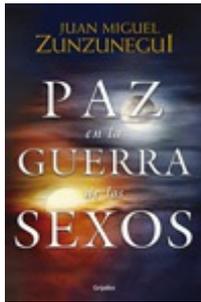
Cada hombre debe comprender a las mujeres de su pasado, debe hermanarse con su propio lado femenino, y por encima de todo debe comprender a cada mujer del presente, a esa mitad de la humanidad que lleva milenios atrapada por una cultura que la ha despojado, que la ha excluido, que la ha minimizado.

Cada hombre tiene que hacer un esfuerzo extra en este proceso de paz, y entender que cada mujer ve toda una historia de violencia en cada individuo masculino. Cada hombre debe buscar la empatía y la comprensión en su lado femenino y comprender que la mujer le tiene miedo, y que tiene razones para ello.

Detrás de todas las guerras hay siempre una buena noticia, y es que eres precisamente tú el que puede declarar la paz. Tú, hombre, mujer... humano, ¿no te has cansado de ser un ser fragmentado?, ¿no te has cansado de tener miedo y sentir rencores?, ¿no te has cansado aún de la guerra?

Declara la paz en ti y le declararás la paz al mundo, perdona al mundo y te habrás perdonado a ti, perdónate a ti y habrás perdonado al otro. Comprende que no has sido libre, que has sido la inercia del pasado, el resultado de la inconsciente repetición de historias y patrones. Asume que has estado dormido y entonces despierta.

Fusiona tus contradicciones, une tu luz y tu oscuridad, sé la hermosa totalidad que eres. No te conformes con menos que todo, con nada que no sea tu original divinidad a la que estás destinado a volver. Las puertas abiertas del paraíso están frente a ti, pero no se pueden ver desde una mente en conflicto. Deja de luchar y vuelve a casa.



La historia del sexo es la historia de la humanidad en guerra contra sí misma. La guerra eterna entre lo masculino y lo femenino que marcó el origen y el devenir de la civilización, desde la revolución agrícola hasta la industrial, desde las antiguas mitologías hasta las estrategias de comunicación masiva, desde los tiempos lejanos en que la divinidad era mujer hasta la guerra de los dioses en que los hombres tomaron el poder.

*Paz en la guerra de los sexos* es un viaje a través de la historia y del universo, desde las profundidades más místicas hasta las más mundanas. Una historia de la humanidad a través de la mitología y la religión, de la filosofía y la ciencia, sociología y psicología, meditación y misticismo, un viaje que comienza con la expulsión del paraíso y trata de indicarnos el camino de regreso.



**Juan Miguel Zunzunegui** nació en 1975 en México, pero sólo se asume como humano. Es ciudadano del mundo y mestizo de todas las culturas. No profesa religión alguna, no carga una ideología y no sigue ninguna corriente política. Es licenciado en comunicación, especialista en filosofía y en religiones, maestro en materialismo histórico y doctor en humanidades. Ninguno de sus títulos le sirve para lo único que en realidad le importa y a lo que se dedica: practicar el amor y vivir en paz.

Facebook/jmzunzu

Twitter: @JMZunzu

[www.jmzunzu.com](http://www.jmzunzu.com)

## Paz en la guerra de los sexos

Primera edición: marzo, 2018

D. R. © 2018, Juan Miguel Zunzunegui

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.  
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,  
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,  
Ciudad de México

[www.megustaleer.mx](http://www.megustaleer.mx)

D. R. © Penguin Random House / Raquel Cané, por diseño de portada

D. R. © Istock, por fotografía de portada

© Fotografía del autor: cortesía de © Lía Rueda

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

ISBN: 978-607-316-326-2

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:  
*Tangram. Ediciones Digitales*

## Índice

Paz en la guerra de los sexos

La guerra y la paz

Más allá de hombres y mujeres

La luz que sólo surge en la oscuridad

La revolución sexual

La estructura patriarcal

La mente machista

El dominio de los hombres

La encrucijada de la incomprensión

Un viaje más allá de los mitos

La historia de la diosa

El caos y el orden

El orden del caos

El vientre sagrado

La diosa que se convirtió en bruja

La historia de Adán y Lilith

Una ilustración masculina sin luz femenina

Infierno y paraíso

La prisión de la guerra de los sexos

Hombres y mujeres sin sentido

De regreso al paraíso

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos

# Índice

Paz en la guerra de los sexos	3
La guerra y la paz	7
Más allá de hombres y mujeres	11
La luz que sólo surge en la oscuridad	13
La revolución sexual	16
La estructura patriarcal	25
La mente machista	32
El dominio de los hombres	36
La encrucijada de la incomprensión	41
Un viaje más allá de los mitos	44
La historia de la diosa	53
El caos y el orden	59
El orden del caos	64
El vientre sagrado	70
La diosa que se convirtió en bruja	73
La historia de Adán y Lilith	78
Una ilustración masculina sin luz femenina	82
Infierno y paraíso	91
La prisión de la guerra de los sexos	95
Hombres y mujeres sin sentido	98
De regreso al paraíso	101
Sobre este libro	107
Sobre el autor	108
Créditos	109